La Poesía de Grecia y Roma

Ejemplos y modelos de la cultura literaria moderna

Esteban Torre



EXEMPLARIA
SUPPLEMENTUM I

Universidad de Huelva
PUBLICACIONES

ESTEBAN TORRE

LA POESÍA DE GRECIA Y ROMA

EJEMPLOS Y MODELOS
DE LA CULTURA LITERARIA MODERNA

La poesía clásica grecolatina constituye un tesoro, sin duda, inapreciable; pero que en gran medida se mantiene oculto, por diversos motivos, a la mirada del público lector. Al desconocimiento generalizado de la lengua griega y al creciente olvido de la latina en los estudios de enseñanza media, viene también a añadirse la barrera infranqueable que la misma erudición filológica puede levantar en ocasiones ante aquellos que buscan en la lectura el sencillo y desinteresado deleite de la belleza literaria. Libros especializados, de gran utilidad para los profesionales de la filología clásica, resultan sin embargo inoperantes para el culto lector, fiel amante de la poesía, aunque no precisamente versado en los pormenores de las técnicas al uso. Las traducciones, por otra parte, representan frecuentemente una imagen desvaída del original, del que sólo se conserva un aspecto parcial de su carácter documental e histórico, prescindiéndose por completo de su valor monumental y artístico. De ahí la oportunidad de la presente obra, *La poesía de Grecia y Roma: Ejemplos y modelos de la cultura literaria moderna*, que proporciona un exquisito conjunto de creaciones poéticas grecolatinas, un espléndido ramillete de poesía selecta, es decir, seleccionada, escogida entre la mejor. En el trabajo realizado por el Profesor Esteban Torre, se ha sabido conjugar la belleza del original -que se ofrece en edición bilingüe: griego/español y latín/español- con la adaptación igualmente excelente de aquella vieja poesía al castellano actual.

(Pasa a la solapa siguiente)

(Viene de la solapa anterior)

En *La poesía de Grecia y Roma* encontrará el lector, además, una rica cantera de valores no sólo estéticos, sino también profesionales y científicos, por cuanto el autor no ha descuidado, en ningún momento, mantenerse realmente fiel al original, por un lado, y por el otro, no ha dejado de remachar su obra con aportaciones bibliográficas y de datos imprescindibles, cuales son sendos índices, biográfico el uno, mitológico el otro, que completan una labor ciertamente meritoria.

El autor de esta obra, Esteban Torre, es Profesor Titular de Teoría de la Literatura en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla, donde imparte actualmente las enseñanzas de «Crítica Literaria», «Fundamentos de Poética» y «Métrica Comparada». Entre sus numerosos trabajos de investigación, figuran los libros *Averroes: La doctrina anatomo-funcional del «Colliget»* (1974), *Ideas lingüísticas y literarias del doctor Huarte de San Juan* (1977), *Sobre lengua y literatura en el pensamiento científico español de la segunda mitad del siglo XVI* (1984), *Fundamentos de poética española* (1986), *Poesía y poética: Poetas andaluces del siglo XX* (1987), además de las ediciones prologadas y anotadas del *Examen de ingenios para las ciencias de Huarte de San Juan* (1976, 1988) y *Florido mayo* de Alfonso Grosso (1992) y *33 poemas simbolistas: Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé* (1995). En 1988 obtuvo el Primer Premio en el II Certamen Nacional de traducción Poética, celebrado en Cáceres.

La Poesía de Grecia y Roma

La Poesía de Grecia y Roma

Ejemplos y modelos de la cultura literaria moderna

Esteban Torre







EXEMPLARIA
SUPPLEMENTUM I

1998

Tipografía
Textos realizados en tipo Garamond de cuerpo 10/12, notas en tipo Garamond de cuerpo 8, cabeceras en versalitas de cuerpo 10.

Papel
Offset ahuesado de 80 g/m^2

Encuardenación
Rústica, cosido con hilo vegetal

Printed in Spain
Impreso en España

ISSN
1138-1922

ISBN
84-95089-88-2

Depósito legal
H-197-97

Imprime
Beltrán S.L.

A María Jesús

ÍNDICE

PRÓLOGO

Este libro es una lectura, y a la vez una invitación a la lectura, de algunas de las más logradas creaciones de los mejores poetas de Grecia y Roma. Y no pretende ser una simple rememoración del pasado, por más que se trate de un pasado glorioso -aunque ya definitivamente desvanecido-, sino más bien una prolongación viva y palpitante de aquella maravillosa poesía. Junto a los textos griegos y latinos -poemas y fragmentos que, dotados de sentido, constituyen unidades poemáticas completas-, se ofrece la traducción en verso de los mismos, que ha procurado en todo momento ser fiel tanto al discurso de la lengua original como a las convenciones métricas y a la idiosincrasia de la lengua castellana.

Nada hay, en realidad, más próximo y connatural a la cultura española, y a las culturas de la llamada civilización de Occidente, que los temas y las formas de la literatura clásica grecolatina. Podría parecer innecesario, por lo tanto, el querer justificar con unas palabras introductorias la presente versión poética de una selecta poesía de Grecia y Roma. Pero conviene hacer, en todo caso, algunas matizaciones. A la altura de los tiempos actuales, en estos años finales del siglo XX, sería incurrir en obviedad el afirmar que nuestra cultura es heredera del mundo grecorromano. Aunque habría que precisar hasta qué punto el hombre de nuestro tiempo es plenamente consciente de ser beneficiario de dicha herencia, y en qué medida se siente verdaderamente impelido a disfrutar de ella.

A mediados de siglo, el profesor Gilbert Highet llevó a cabo la ingente tarea de compendiar y esclarecer, con extraordinaria maestría, el influjo ejercido por Grecia y Roma sobre las literaturas de Occidente. Su obra

La tradición clásica (1949)[1] constituye, en efecto, la primera visión panorámica sobre cómo la literatura -y la cultura- griega y latina ha venido moldeando las manifestaciones literarias -y culturales- de la Europa occidental y de los Estados Unidos de América. Poco antes, los monumentales trabajos de Erich Auerbach, *Mimesis* (1942)[2], y Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina* (1948)[3], habían puesto ya de manifiesto la firme unidad del amplio conjunto de la llamada civilización de Occidente, sentando además las bases para una moderna ciencia comparada de la literatura.[4]

En la obra de Auerbach, entra en juego una veintena de estudios, que se extienden desde la *Odisea* hasta el *Cantar de Roldán*, desde Dante y Bocaccio hasta Shakespeare y Cervantes, desde Schiller a Stendhal, desde los Goncourt a Virginia Wolf. Su capítulo inicial, «La cicatriz de Ulises», está precisamente dedicado a la *Odisea*; aunque, a decir verdad, lo que pretende Auerbach es únicamente establecer una comparación entre el estilo de Homero y el del Antiguo Testamento. Aquí y allá, ocasionalmente, aparecen los nombres de Horacio y de Virgilio, de Sófocles y de Eurípides; pero no existe ni siquiera una mención de Píndaro o de Safo, de Propercio o de Ovidio. Todos estos autores -excepto Safo- se encuentran profusamente citados en la obra de Curtius, si bien con una intencionalidad más erudita e histórica que propiamente estética y literaria.

Sería interminable la lista de los investigadores que, a lo largo de los últimos cincuenta años, han venido dedicando sus mejores esfuerzos a la exaltación de la cultura clásica, muchas veces desde una perspectiva

---

[1] G. Highet: *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford University Press, Nueva York y Londres, 1949. Trad. esp. de A. Alatorre: *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954 (reimp. 1978): «Nuestro mundo moderno es, en muchos aspectos, una continuación del mundo de Grecia y Roma» (t. I, pág. 11); «gran parte de la poesía y de la prosa más excelentes que se han escrito en las naciones occidentales constituyen una corriente continua, que avanza desde su fuente en Grecia hasta el día de hoy» (t. II, pág. 365).

[2] E. Auerbach: *Mimesis: Dargestelle Wirklichkeit in der Abendländischen Literatur*, A. Francke AG, Berna, 1942. Trad. esp. de I. Villanueva y E. Ímaz: *Mimesis: La representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950 (2ª reimp. 1993).

[3] E.R. Curtius: *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, A. Francke AG, Berna, 1948. Trad. esp. de M. Frenk Alatorre y A. Alatorre: *Literatura europea y Edad Media latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955 (2ª reimp. 1976).

[4] Cfr. E. Torre: «Literatura Comparada (Revisión de un concepto)», *RLit.* LIX, 118, págs. 365-385.

estrictamente educacional y programática. Recientemente, Harold Bloom, profesor de la Universidad de Yale, en los Estados Unidos, ha elaborado en su libro *El canon occidental* (1994)[5] una lista de veintiséis autores, que él considera esenciales, en el marco de una tradición occidental «fundada sobre la Ilíada, la Biblia, Platón y Shakespeare».[6] Tanto la *Ilíada* como la *Odisea* son, en efecto, obras «canónicas» según Harold Bloom, y como tales aparecen relacionadas en los Apéndices con los que concluye su libro; pero, en el cuerpo de la investigación, la figura de Ulises no es más que un pretexto para el estudio de Dante[7], y Homero es tan sólo un punto de referencia para el comentario de la narración «El inmortal» de Borges.[8]

La poesía de Grecia y Roma persigue, en cambio, como principal objetivo el trasladar -en la medida de lo posible- la exquisita poesía de aquellos lejanos autores a las expectativas literarias del lector actual, sin obligarle a efectuar un penoso viaje hacia el pasado a través de un angustioso laberinto de fuentes e influencias, problemas textuales y notas eruditas. Lo cual no implica que la lectura de estos poemas no sirva para volver a encontrar en aquel pasado admirable las raíces históricas y la esencia misma de la moderna literatura. Cualquiera de los textos seleccionados puede evocar un sinfín de recuerdos y conexiones a todo lo largo de la historia literaria. Por apoyarnos sólo en un ejemplo, que haga evidente la complejidad de la cuestión, podemos acudir al fragmento «Galatea», parte integrante del pasaje de las *Metamorfosis* de Ovidio conocido como «Canto de Polifemo». El original, que está redactado en perfectos y melodiosos hexámetros latinos, ha tenido diversa fortuna en su peregrinar traductológico por la lengua española. Veamos algunos de los momentos más significativos de los avatares de su traducción, a partir de los versos 789-807 del libro XIII de las *Metamorfosis*, que están dedicados, primeramente, al elogio de los encantos de Galatea, y, después, a la censura de sus defectos.

Como es sabido, Galatea es una nereida, una blanca ninfa, que habitaba en el mar de Sicilia. De ella se enamoró perdidamente, sin ser correspondido, el gigante Polifemo, Cíclope que apacentaba sus rebaños en aquella isla. Este Cíclope siciliano, hijo de Posidón (Neptuno) y

---

[5] H. Bloom: *The Western Canon. The Books and School of the Ages*, Harcourt Brace & Co, Nueva York, 1994. Trad. esp. de D. Alou: *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, Anagrama, Barcelona, 1995.

[6] H. Bloom: *El canon occidental*, cit., pág. 43.

[7] *Ibid.*, págs. 96 y sigs.

[8] *Ibid.*, págs. 481 y sigs.

nieto de Crono (Saturno), es el mismo que aparece descrito por Homero en la *Odisea* como un ser monstruoso, dotado de un solo ojo y de una terrible fuerza, salvaje y antropófago. Como protagonista de una aventura amorosa con la nereida Galatea, tal como la canta Ovidio, es un gigante deforme y agreste, pero animado de humanos sentimientos. Las alabanzas y los reproches que Polifemo dedica a Galatea representan, en la literatura de Occidente, la manifestación más genuina del amante desdeñado (*Met.* 13, 789-807):

Candidior folio nivei, Galatea, ligustri,
floridior pratis, longa procerior alno,
splendidior vitro, tenero lascivior haedo,
levior adsiduo detritis aequore conchis,
solibus hibernis, aestiva gratior umbra,
mobilior damma, platano conspectior alta,
lucidior glacie, matura dulcior uva,
mollior et cycni plumis et lacte coacto,
et, si non fugias, riguo formosior horto;
saevior indomitis eadem Galatea iuvencis,
durior annosa quercu, fallacior undis,
lentior et salicis virgis et vitibus albis,
his inmobilior scopulis, violentior amne,
laudato pavone superbior, acrior igni,
asperior tribulis, feta truculentior ursa,
surdior aequoribus, calcato inmitior hydro,
et, quod praecipue vellem tibi demere possem,
non tantum cervo claris latratibus acto,
verum etiam ventis volucrique fugacior aura.[9]

Una excelente traducción del fragmento ovidiano, en prosa, impecable desde el punto de vista filológico y con absoluta fidelidad al texto, es la que nos ofrece la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas:

Oh Galatea, más blanca que las hojas de la nevada alheña, más florida que los prados, más espigada que el estirado sauce, más brillante que el cristal, más juguetona que el cabrito, más pulida que las conchas que el agua continua desgasta, más agradable que los soles del invierno, que la sombra del verano, más noble que las manzanas, más distinguida que el plátano alto, más resplandeciente que el hielo, más dulce que la uva madura, más blanda que las plumas del cisne y la leche cuajada, y si no me huyeras, más hermosa que un jardín regado. Y al mismo tiempo, Galatea, más cruel que los novillos sin doma, más dura que una encina

[9] P. Ovidius Naso: *Metamorphoses*, ed. F. J. Miller, G. P. Goold, Heinemann, Londres, 1984.

añosa, más falsa que el agua, más escurridiza que las ramas del sauce y las vides blancas, más inconmovible que estos peñascos, más impetuosa que los ríos, más orgullosa que el alabado pavo real, más cruel que el fuego, más erizada que las espinas, más salvaje que la osa preñada, más sorda que los mares, más furiosa que una serpiente a la que se ha pisado, y, lo que principalmente quisiera poder quitarte, más huidiza no ya que el ciervo agitado por claros ladridos sino incluso que los vientos y la brisa veloz.[10]

Mayor interés para este trabajo ofrece la reciente traducción de Ramírez de Verger y Navarro (1995). Además de incorporar los más nuevos avances en la crítica filológica y textual sobre la obra de Ovidio, presenta una traducción que, aun ateniéndose al ritmo de la prosa, conserva la forma externa del hexámetro ovidiano:

«Galatea, más blanca que la hoja del aleño nevado,
más florida que los prados, más esbelta que el alto aliso,
más reluciente que el cristal, más juguetona que el cabritillo,
más pulida que las conchas desgastadas por las continuas olas,
más agradable que el sol en invierno y la sombra en verano,
más noble que las manzanas, más vistosa que el alto plátano,
más brillante que el hielo, más dulce que la uva madura,
más suave que las plumas del cisne y la leche cuajada
y, si no me huyeras, más hermosa que un jardín regado;
pero la misma Galatea es más cruel que los novillos indómitos,
más dura que una añosa encina, más falaz que las olas,
más flexible que las ramas del sauce y las blancas vides,
más inamovible que estas rocas, más violenta que un río,
más soberbia que el admirado pavo real, más cruel que el fuego,
más áspera que los abrojos, más enfurecida que una osa parida,
más sorda que los mares, más implacable que un hidro pisado,
y, lo que especialmente yo quisiera poder quitarte, más huidiza
no ya que un ciervo acosado por sonoros ladridos,
sino incluso que el viento y la voladora brisa.[11]

Si atendemos ahora a la incidencia del texto en la literatura española, no ya como objeto de atención filológica, sino como acicate para la creación o la recreación artísticas, hemos de referirnos ante todo a la *Fábula de Polifemo y Galatea* de don Luis de Góngora. Redactada hacia 1613, representa la expresión más lograda del mito de Polifemo, «probablemente uno de los más antiguos que recuerda la humanidad» en el sentir de Dámaso Alonso, quien lo considera como una invención ge-

---

[10] P. Ovidio Nasón: *Metamorfosis*, trad. esp. de A. Ruiz de Elvira, vol. III, C.S.I.C., Madrid, 1983, págs. 114-115.

[11] Ovidio: *Metamorfosis*, introducción y notas de A. Ramírez de Verger, traducción de A. Ramírez de Verger y F. Navarro, Madrid, Alianza, 1995.

nial, que sabe compaginar la monstruosidad física y moral con la más exquisita ternura[12]. Acude el maestro Alonso a la autoridad del comentarista Pedro Díaz de Ribas, quien en sus *Discursos apologéticos por el estilo del Poliphemo y Soledades* (1624) se siente conmovido por la perfección del canto de Polifemo en el poema de Góngora, que excedería en belleza al modelo ovidiano al reducir la multitud de comparaciones a sólo tres: claveles, cisne, pavo real[13]. He aquí el texto gongorino (Estrofa 46.):

¡Oh bella Galatea, más suave
que los claveles que tronchó[14] la aurora;
blanca más que las plumas de aquel ave
que dulce muere y en las aguas mora;
igual en pompa al pájaro que, grave,
su manto azul de tantos ojos dora
cuantas el celestial zafiro estrellas!
¡Oh tú, que en dos incluyes las más bellas!

La bella Galatea -«fugitiva nieve» en la octava 61- es ahora más suave que los claveles y más blanca que las plumas del cisne, y tan esplendorosa como el pavo real. Los dos últimos términos de la comparación están claramente extraídos del modelo ovidiano (vv. 789 y 802). Por cierto que la blancura de la florida alheña, o aligustre, que invoca Ovidio en el hexámetro inicial del fragmento -*Candidior folio nivei, Galatea, ligustri*- alude a las inflorescencias en forma de racimos cónicos, como copos de nieve, que recubren a esos sencillos árboles, casi arbustos, en primavera. Unió Góngora esta blancura a la blandura de las plumas del cisne (v. 796: *mollior et cycni plumis et lacte coacto*).

Antes y después de Góngora, antes y después de Ovidio, aparece en la literatura universal el tema de Polifemo. Es sabido que Filoxeno de Citera, poeta ditirámbico que floreció entre los años finales del siglo V y los primeros del siglo IV a. de C., escribió un *Cíclope*, del que nos han llegado tan sólo escasos fragmentos, en el que narraba los amores de Polifemo y la ninfa Galatea. Asimismo se sabe, aunque sólo sea por la cita de un verso, que Hermesianacte de Colofón, poeta elegíaco de la primera mitad del siglo III a. de C., dedicó uno de los poemas de su *Leontion* a la aventura amorosa del Cíclope. Esto por lo que se refiere a

[12] D. Alonso: *Góngora y el «Polifemo»*, séptima edición, ampliada, Gredos, Madrid, 1985, págs. 185 y sigs.
[13] *Ibid.*, págs. 746-747.
[14] «Unos textos leen *troncar* y otros *tronchar*, sin que sea posible decidir entre ambas formas», anota Dámaso Alonso (*ob. cit.*, pág. 748). Antonio Vilanova, sin embargo, defiende decididamente la lección *troncar*, «truncar»; cfr. A. Vilanova: *Las fuentes y los temas del Polifemo de Góngora*, 2ª ed., t. II, P.P.U., Barcelona, 1992, págs. 442-444 y 801.

las fuentes griegas, ya que debieron de existir relatos orientales -como ocurre en la «Fábula de Píramo y Tisbe», y en otras de las leyendas recogidas por Ovidio en sus *Metamorfosis*- mucho más antiguos.

En cualquier caso, el primer testimonio del canto de Polifemo, y en concreto de sus alabanzas a Galatea, se encuentra en el Idilio XI de Teócrito, escrito hacia el año 275 a. de C. Dos hexámetros vienen a definir las cualidades de la hermosa Galatea, «más blanca que la leche cuajada, más dulce que un cordero, más animosa que una ternerilla, más tersa que la uva en agraz» (vv. 20-21.):

λευκοτέρα πακτᾶς ποτιδεῖν, ἁπαλωτέρα ἀρνός
μόσχω γαυροτέρα, φιαρωτέρα ὄμφακος ὠμᾶς·[15]

Por lo que respecta a la literatura latina, alrededor del año 40 a. de C., cuando aún estaba Ovidio en su primera infancia, redacta Virgilio su Bucólica VII. Los pastores Tirsis y Coridón compiten en el canto, y en uno de sus turnos, Coridón, que resulta ser el vencedor, invoca a la nereida Galatea, que para él es «más dulce que el tomillo del Hibla, más blanca que los cisnes, más hermosa que la hiedra blanca» (vv. 37-38.):

Nerine Galatea, thymo mihi dulcior Hyblae,
candidior cycnis, hedera formosior alba.[16]

Dieciséis siglos después, Fray Luis de León, de cuyos versos originales ha podido justamente decirse que «bullen en reminiscencias latinas»[17], y cuyo lenguaje poético se encuentra precisamente prefigurado en los motivos y figuras de sus traducciones de autores clásicos, latinos y griegos[18], nos vierte en perfectos endecasílabos los exquisitos hexámetros de Virgilio. Dice así en su traducción de la Égloga VII, 65-68:

Nerine Galatea, más sabrosa
que el tomillo hibleo, y que el nevado
cisne más blanca mucho, y más hermosa
que el álamo de yedra rodeado[19].

Es evidente el influjo que en los versos de Fray Luis hubo de ejercer la Égloga III de Garcilaso (vv. 305-308.):

Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,

---

[15] Theocritus: *Idyllia*, ed. A. S. F. Gow, Cambridge University Press, Cambridge, 1952.
[16] P. Vergilius Maro: *Eclogae*, ed. R. A. B. Mynors, Oxford University Press, Oxford, 1972.
[17] F. Lázaro Carreter: «Fray Luis de León y la clasicidad», en V. García de la Concha y J. San José Lera (eds.): *Fray Luis de León (Historia, humanismo y letras)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996, pág. 23.
[18] L. Schwartz: «Las traducciones de textos griegos de fray Luis y su contexto humanista», en V. García de la Concha y J. San José Lera (eds.): *Ob. cit.*, pág. 527.
[19] Fray Luis de León: *Poesía completa*, ed. de José Manuel Blecua, Gredos, Madrid, 1990, pág. 313.

más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno.[20]

Y claras son también las reminiscencias de la *Arcadia* de Sannazaro, si bien aquí las cualidades que se encomian no son las del cisne (Virgilio, Ovidio) y la leche cuajada (Teócrito, Ovidio), sino las del nevado aligustre, en la línea del poema ovidiano, así como las del florido prado en el esplendor del mes de abril (Montano e Uranio, vv. 101-102.):

Phillida mia, più che i ligustri bianca,
Più vermiglia che'l prato al mezzo aprile...[21]

Pero volvamos al canto de Polifemo, tal como nos lo presenta el libro XIII de las *Metamorfosis* de Ovidio, que sirvió de modelo al poema gongorino. Y recordemos que, antes y después de Góngora, muchas han sido las traducciones, adaptaciones o imitaciones del mismo. Hace ya cuatro décadas que vio la luz la primera edición de *Las fuentes y los temas del «Polifemo» de Góngora*, de Antonio Vilanova. Sobre la base de las anotaciones de los cuatro grandes comentaristas gongorinos del siglo XVII, García de Salcedo Coronel, Ioseph Pellicer de Salas y Tobar, Pedro Díaz de Ribas y Andrés Cuesta, se lleva allí a cabo un análisis exhaustivo de cada una de las sesenta y tres octavas de la fábula. Esta obra, junto con los penetrantes ensayos de Dámaso Alonso, sobre todo *Góngora y el «Polifemo»* (primera edición, 1960), constituye un punto de referencia obligada para cuantos deseen adentrarse en el estudio de ese fascinante repertorio temático de tópicos poéticos grecolatinos, y su proyección en la literatura europea, en especial la italiana y la española. Veamos a continuación algunas de las versiones españolas del canto del Cíclope en los Siglos de Oro, que utilizan como vehículo métrico el verso endecasílabo, y como moldes estróficos las octavas reales. Nos limitaremos en lo sucesivo a la primera parte del canto, es decir, a la serie de las alabanzas.

Pedro Sánchez de Viana, en su versión de *Las Transformaciones* de Ovidio (1589), dedica a los loores de Galatea seis versos de una octava, otra octava completa y los dos primeros versos de una tercera estrofa:

Oh blanca más que flores de la alheña,
florida más que el prado, diosa mía,
derecha más que el álamo, y cenceña,
y clara más que el vidrio, y más que el día
sereno, y más lasciva que el cabrito,

---

[20] Garcilaso de la Vega: *Obra poética y textos en prosa*, ed. de Bienvenido Morros, Crítica, Barcelona, 1995, pág. 239.

[21] I. Sannazaro: *Arcadia*, ed. de Francesco Erspamer, Mursia, Milán, 1990, pág. 71.

cuando es recién nacido, ternecito.
Más lisa que la concha, más graciosa
que el sol de invierno y sombra de verano,
más noble que un manzano, y más hermosa
y más de ver que un plátano lozano.
Más lucia que la helada y más sabrosa
que la madura uva, y a la mano
más blanda que la pluma regalada
del blanco cisne, y más que la cuajada.
Y si no huyes, linda más que el huerto
de dulces aguas siempre proveído...[22]

Dos octavas completas dedica al tema Antonio Pérez Sigler en su traducción de los *Metamorpheos* de Ovidio (1609):

Más que los prados Galatea florida,
más blanca que las flores del ligustre,
más derecha que el olmo, y más lucida
que el vidrio esa tu cara bella y ilustre,
lasciva cual cabrito, más polida
que las conchas a quien el mar da lustre,
más grata que las sombras del verano,
y que los soles del invierno insano.
Más que nobles manzanas colorada
y más que el alto plátano en frescura,
más lucida que nieve congelada,
más dulce que la uva bien madura,
más blanda que la leche ya cuajada
y que pluma de cisne blanca y pura,
y si de mí no huyes, a esto añado
más hermosa que el huerto bien regado.[23]

Si comparamos estas dos versiones, observaremos que ambas se ciñen perfectamente al modelo ovidiano, si bien Pérez Sigler ha sabido distribuir mejor los versos en sus octavas, adaptando la primera a los hexámetros 789-793, y la segunda a los hexámetros 794-797, mientras que las estrofas de Sánchez de Viana quedan incompletas y deslavazadas. Los pareados que rematan las estrofas, siempre rotundos -y chirriantes para el oído moderno-, resultan más aceptables en el trovar de Pérez de Sigler que en el de Sánchez de Viana. Si, para Ovidio, Galatea era más pulida que las conchas desgastadas por el continuo embate de las aguas

---

[22] Ovidio: *Las Metamorfosis*, trad. de Pedro Sánchez de Viana, ed. de Juan Francisco Alcina, Planeta, Barcelona, 1990, pág. 545.
[23] Cit. por A. Vilanova: *Op. cit.*, t. II, pág. 450.

(*levior adsiduo detritis aequore conchis*), en la traducción de Sánchez de Viana sólo se dice que es «más lisa que la concha». Con mayor precisión, traduce Pérez Sigler: «más polida que las conchas a quien el mar da lustre». Por lo demás, Sánchez de Viana se refiere al «aligustre» con el nombre de «alheña», voz de origen árabe, que era más común en la época. Es éste el término que recoge el *Tesoro* de Covarrubias, que define la alheña como «un arbusto llamado de los latinos *ligustro*»[24]. Con respecto a las níveas inflorescencias, explica el diccionario: «Las flores tiene blancas, que del nombre del mismo árbol se llama *ligustra*.»[25]

Como clara imitación del canto polifémico considera Antonio Vilanova el cántico de amor del salvaje Orco, en la *Angélica* de Barahona de Soto (1586). Pero en realidad, más que imitación, lo que encontramos aquí es una copia servil del poema de Ovidio, al menos en lo que concierne a las siguientes octavas (Canto Tercero, estrofas 75 y 76):

Oh más derecha que ciprés y enhiesta,
Angélica gentil, más olorosa
que suele ser por mayo la floresta
de lirio rica, de mosquete y rosa;
más agradable que en la ardiente siesta
el huerto, y más que el plátano preciosa,
y alegre más que el sol al gusto mío
en el invierno, o sombra en el estío.
Más bella, generosa y excelente
que el pero, la camuesa o la manzana,
más lisa que que la concha en su corriente,
o do las friega el mar tarde y mañana;
más dulce que la uva no reciente,
o que el panal que miel destila y mana;
suave y a la mano blanda, en suma,
más que del cisne la menuda pluma.[26]

Precedente muy próximo del poema de Góngora es la *Fábula de Acis y Galatea*, de Luis Carrillo y Sotomayor, cuya primera edición, póstuma, data de 1611. Consta de treinta y cinco octavas, con una dedicatoria de cinco estrofas al conde de Niebla, el mismo al que habría de dirigir también Góngora su *Polifemo*. De la estrofa 16 a la 19, se van alternando las alabanzas y los reproches a la ninfa[27]:

[24] S. de Covarrubias: *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Martín de Riquer, Horta, Barcelona, 1943, 88, b, 65.
[25] *Ibíd.*, 89, a, 2-3.
[26] L. Barahona de Soto: *Las lágrimas de Angélica*, ed. de José Lara Garrido, Cátedra, Madrid, 1981, págs. 200-203.
[27] L. Carrillo de Sotomayor: *Poesías completas*, ed. de Dámaso Alonso, Signo, Madrid, 1936, págs. 149-150.

En la estrofa 16, Galatea es más hermosa que un prado florido, más esbelta que un ciprés, más lustrosa que las aguas corrientes, o cristalizadas, de un arroyo:

No la envidia del cielo, el prado hermoso
-ya por mejor color, ya por bordado
de hermosas flores- ni, con cuello hojoso,
el ciprés a las nubes encumbrado;
no del arroyo aquel color lustroso
-ya en aguas libre, ya en cristal atado-,
ni juntos ciprés, prado, cristal frío,
igualan la beldad del dueño mío.

Y, en la estrofa 18, el color, la blandura, la blancura de la ninfa se comparan a las plumas del cisne, a la leche pura, a la dulce nata, al lirio, a la rosa, al jardín hermoso:

Compite al blando viento su blandura
-de cisne blanca pluma- y en dudosa
suerte la iguala, de la leche pura
la nata dulce y presunción hermosa;
en su beldad promete y su frescura
del hermoso jardín el lirio y rosa.
Y, si mis quejas, ninfa hermosa, oyeras,
leche, pluma, jardín, flores vencieras.

Como hemos tenido ocasión de ver, en todos los ejemplos citados se utiliza el endecasílabo como vehículo del hexámetro latino. En las traducciones de Sánchez de Viana y de Pérez Sigler, así como en las adaptaciones de Barahona de Soto y de Carrillo y Sotomayor, son dos las octavas reales que vienen a reemplazar los nueve versos del modelo original. Un sencilla operación aritmética nos pone de manifiesto que a cada uno de los hexámetros corresponderían unas diecinueve sílabas de la versión castellana. De hecho, si se tiene en cuenta que la medida del hexámetro oscila entre trece y diecisiete sílabas, y que una frase latina requiere generalmente más palabras -y, por lo tanto, más sílabas- en su versión española, no habríamos de considerar del todo inadecuado el proceder métrico de estos traductores españoles del Siglo de Oro.

El empleo del endecasílabo venía impuesto, en realidad, por las directrices literarias del momento. Unas décadas antes, había sido el octosílabo castellano y tradicional el que trataba de prevalecer frente al innovador endecasílabo italianizante. Así, Cristóbal de Castillejo, en la primera mitad del siglo XVI, utilizaba en su versión las redondillas, enlazadas por pie quebrado:

Hola, gentil Galatea,
más alba, linda, aguileña
que la hoja del alheña,
que como nieve blanquea;
más florida
que el prado, verde y crecida
mucho más, y bien dispuesta,
que el olmo de la floresta
de la más alta medida;
más fulgente
que el vidrio resplandeciente,
más lozana que el cabrito
delicado, ternecito,
retozador, diligente;
más polida,
lampiña, limpia, bruñida,
que conchas de la marina,
fregadas de la contina
marea, nunca rendida.
Gracia y brío
agradable al gusto mío,
y del sabor dulce y tierno,
más que soles del invierno
y que sombra del estío.
En color
muy más noble, y en olor,
que manzanas del labrado,
más vistosa que el preciado
alto plátano mayor.
En blancura
más reluciente y más pura
que el hielo claro, y lustrosa,
más dulce que la sabrosa
moscatel uva madura.
Delicada
y blanda, siendo tocada,
más que la pluma sutil
del blanco cisne gentil
y que la leche cuajada.
Y aún diría,
si no huyes a porfía,
como sueles, desdeñosa,
que eres más fresca y hermosa
que la huerta regadía.[28]

---

[28] Cristóbal de Castillejo: *Fábula de Polifemo*, Cruz y Raya, Madrid, 1935, págs. 9-11.

Nueve redondillas, octosilábicas, con sus ocho pies quebrados, tetrasilábicos, que hacen un total de trescientas veinte sílabas. Es decir, corresponden unas treinta y cinco sílabas a cada uno de los hexámetros. De otra manera: cada verso del original latino se traduce por una estrofa castellana de treinta y dos sílabas, o de treinta y seis, si contamos también el pie quebrado. Estamos en presencia, por lo tanto, de una notable amplificación del texto; lo cual es muestra, por una parte, de una evidente pervivencia del gusto medieval, y consecuencia, por otra, de la utilización de versos cortos con rima consonante, que obliga a frecuentes añadidos y circunloquios para adaptar las frases a tan estrictas imposiciones métricas. Así, en la primera redondilla, mediante el recurso a la enumeración, Galatea no sólo es blanca, *alba*, sino también *gentil*, *linda* y *aguileña* (que rima además con *alheña*). En la cuarta redondilla, se recurre a la sinonimia: Galatea es tersa y agraciada, esto es, *polida*; pero también *lampiña*, *limpia* y *bruñida* (que rima con *polida* y con *rendida*). La interpretación y la paráfrasis hacen, en fin, que en la última estrofa la breve expresión «et si non fugias» del pasaje ovidiano se amplifique con el siguiente discurso: «Y [aún diría,] si no huyeses [a porfía, como sueles, desdeñosa].»

En opinión de Marcelino Menéndez Pelayo, la versión que nos ofrece Castillejo del canto de Polifemo constituye un «trozo bellísimo, lleno de gala, de lozanía, de sencillez y de generosa abundancia.» Y añade: «Ovidio no lo hubiera hecho mejor escribiendo en castellano.»[29] También Dámaso Alonso encomia la frescura y la viveza del fragmento, aun admitiendo su carácter a veces desvaído y amplificador, y considera que ninguna de las otras traducciones llega a superarlo.[30]

Pero, a decir verdad, resulta difícil reconocer los frescos y melodiosos versos de Ovidio en las amaneradas redondillas de Cristóbal de Castillejo. Y no es que, de por sí, los hexámetros latinos opusieran una insalvable resistencia a ser vertidos en octosílabos castellanos, sobre todo en aquellas poéticas que, como la de Castillejo, eran totalmente ajenas al ritmo endecasilábico, ya que, en la práctica, sólo disponían del octosílabo como vehículo de expresión métrica. Lo que sucede es que, precisamente por su posición de defensor a ultranza de los antiguos metros castellanos, Cristóbal de Castillejo era el menos indicado para captar el espíritu

---

[29] M. Menéndez Pelayo: *Biblioteca de traductores españoles*, vol. I, C.S.I.C., Madrid, 1952, pág. 326.

[30] D. Alonso: *Ob. cit.*, págs. 195-196.

de la poesía clásica, griega o latina, que los nuevos moldes renacentistas estaban por aquellos años revitalizando.

Desde la perspectiva que nos ofrecen las directrices poéticas actuales, carecería obviamente de sentido el tratar de establecer unas pautas fijas para la traducción castellana del hexámetro latino, y mucho menos para su distribución en estrofas rimadas. Pero sí continúa siendo un tema de vigente debate aquel que plantea si la traducción del verso debe hacerse en verso o en prosa, y, en general, el problema de la traducción de la poesía, sobre todo cuando el texto original está basado en un sutil juego de aliteraciones y correspondencias fono-semánticas, es decir, cuando existe una estrechísima relación entre el sonido y el sentido del texto de la lengua original, que ha de ser restablecida en el texto de la lengua a la que se traduce.[31] En estos casos, parece evidente que la traducción en prosa del verso supone, de entrada, una expresa renuncia a la fiel reproducción de los valores estéticos del original. Como certeramente apunta el profesor y traductor Antonio Alvar Ezquerra, es siempre preferible una disposición «versificada»[32], esto es, en líneas que al menos asemejen versos. Y mejor es aún, sin duda, el empleo de auténticos versos -no ya meramente de líneas con apariencia de tales- que se adecúen a las exigencias de la poética contemporánea. La traducción que aquí se propone, fiel en cuanto ha sido posible a la letra del texto, y respetuosa, sobre todo, a la exquisita música del hexámetro ovidiano, es la siguiente:

Galatea, más blanca que la fronda del nevado aligustre,
más florida que un prado, más espigada que el esbelto aliso[33],
más brillante que el vidrio, más juguetona que la tierna chota,
más tersa que las conchas esmeriladas por el mar constante,
más agradable que la estiva sombra, que los soles de invierno;
más noble que el manzano, más atrayente que el crecido plátano,
más nítida que el hielo, más deliciosa que la dulce uva,
más blanda que las plumas de los cisnes y la leche cuajada;

---

[31] Cfr. E. Torre: *Teoría de la traducción literaria*, Síntesis, Madrid, 1994; en especial, el capítulo 5, «La traducción del verso», págs. 159-207.

[32] A. Alvar Ezquerra: «Introducción general» a Décimo Magno Ausonio: *Obras*, t. I, Gredos, Madrid, 1990, pág. 187.

[33] En el original latino, *alnus*. De ahí proviene el francés *aune*, escrito asimismo *aulne*, que significa en español «aliso». Tal vez proceda también de *alnus* el español «álamo», influenciado por *ulmus*, «olmo». Por «álamo» traduce *alnus* Sánchez de Viana; y por «olmo», tanto Castillejo como Pérez Sigler. El «ciprés» es, en cambio, el árbol invocado por Barahona de Soto y por Carrillo y Sotomayor. En la versión moderna del C.S.I.C., el profesor Ruiz de Elvira opta por «sauce».

y, si tú no me huyeras, más primorosa que un jardín regado.
Y, a la vez, Galatea, más despiadada que un novillo indómito,
más dura que una encina centenaria, más falsa que las olas,
más correosa que las vides blancas y las ramas del sauce,
más insensible que estas firmes rocas, más brusca que un torrente,
más orgullosa que el pavón loado, más punzante que el fuego,
más ruda que un rastrillo, más insociable que una osa encinta,
más sorda que los mares, más desabrida que pisada sierpe;
y, lo que sobre todo quisiera yo poder a ti quitarte,
más huidiza, no ya que el ciervo alzado por los claros ladridos,
sino más todavía que los vientos y que la rauda brisa.

Cada verso de la traducción equivale a un verso del original, sin añadir ni quitar nada, sin alterar el sentido general del texto ni la eufónica intencionalidad de cada una de sus cláusulas. Se ha vertido el hexámetro latino en los moldes métricos de la lengua española de acuerdo con un ritmo endecasilábico[34], en el que se puede apreciar la siguiente estructura: cada verso consta de un arranque endecasilábico, que se completa con un heptasílabo; o bien, de un heptasílabo inicial, que se prolonga con un endecasílabo. El verso resultante goza, en cualquier caso, de una completa continuidad rítmica, por lo que no ha de considerarse como la simple suma de dos hemistiquios de once y siete -o siete y once- sílabas. Este verso puede ser, en suma, una solución aceptable para la traducción y la naturalización en la lengua española del hexámetro, siempre que demos de lado definitivamente al quimérico deseo de conservar la oposición larga/breve -con un número de sílabas que oscile necesariamente entre trece y diecisiete-, o la pretensión de reproducir a todo trance la peculiar estructura morfosintáctica del original latino.

Si las consideraciones que hasta aquí se han hecho sobre el célebre fragmento ovidiano, por más que escuetas y sucintas, se trasladaran a algunos otros de los poemas seleccionados -el famoso *Beatus ille*, el tema del *carpe diem*, los tópicos de la fama, el amor y la muerte, entre tantos y tantos motivos de evocación histórico-literaria-, serían realmente inacabables las páginas de este prólogo, que sólo aspira a invitar al amable lector al disfrute directo de una parte de la selecta poesía -seleccionada, escogida entre la mejor- de Grecia y Roma.

Como autor de esta selección, y de su versión española, he de dejar constancia en todo caso de algunos extremos. En primer lugar, y por lo que se refiere a los criterios observados en la traducción española de los

---

34 Cfr. E. Torre y M. A. Vázquez: *Fundamentos de poética española*, Alfar, Sevilla, 1986, págs. 61-62.

versos griegos y latinos, he seguido como norma general las distintas posibilidades combinatorias que ofrece el ritmo endecasilábico. Con una sola excepción: los fragmentos del Pseudo-Anacreonte, que se insertan en un ritmo octosilábico. Los versos más breves de las *anacreónticas*, de corte marcadamente popular y con una estructura rítmica que se basa en unos soportes métricos muy similares a los del octosílabo castellano, justifican su traducción en versos de ocho sílabas, enlazados en algunas canciones (*Frs.* 1 y 34) por rima arromanzada. Sólo en estos casos, así como en un poema de Catulo (*Carm.* 5), se hace uso de la rima, por entender que se adecúa ésta bien a su carácter ligero y festivo.

Los hexámetros, tanto los griegos como los latinos, han sido reemplazados por versos complejos de ritmo endecasilábico, que se componen de endecasílabos y heptasílabos de acuerdo con las pautas ya señaladas en el comentario del «Canto de Polifemo». Sin embargo, el hexámetro de Homero ha recibido un tratamiento especial. Dada la exactitud geométrica, diamantina, de los versos homéricos, he creído conveniente la utilización sistemática de una fórmula más estricta, que consiste en la combinación de un endecasílabo específico, el sáfico, con un pentasílabo adónico. El verso resultante viene a reproducir así una especie de *cursus planus*, reiterativo, majestuoso y memorizable, que remeda la cadencia del hexámetro original, y quiere ser un sentido y disciplinado homenaje al poeta de poetas, al padre de la más perfecta poesía.

El endecasílabo -o hendecasílabo, como gustan de escribir los helenistas- se mantiene como tal endecasílabo, si bien con las características propias de la métrica castellana. Así, la traducción española del endecasílabo sáfico llevará sus acentos sobre las sílabas primera, cuarta, octava y décima. Del mismo modo, la llamada estrofa sáfico-adónica de Safo (*Frs.* 1, 31 y 34), Catulo (*Carm.* 51) y Horacio (*Carm.* 2, 10) se traduce justamente por una estrofa que consta de tres endecasílabos sáficos y un pentasílabo adónico, esto es, acentuado en su primera sílaba, además de la cuarta.

Para los dísticos elegíacos de Tibulo, Propercio y el Pseudo-Ausonio, compuestos por un hexámetro y un pentámetro, se siguen las normas anteriormente expuestas en lo que concierne al hexámetro; en cuanto al pentámetro, y según las necesidades métricas y rítmicas, unas veces se traduce por un verso compuesto de dos heptasílabos, es decir, por un alejandrino, y otras por la misma combinación de heptasílabo y endecasílabo que se utiliza para el hexámetro. Los dísticos formados por un senario y un cuaternario yámbicos, como es el caso del «Beatus ille» de Horacio (*Epod.* 2), reciben distinto tratamiento: el senario se convier-

te en un alejandrino, esto es, un tetradecasílabo, compuesto por dos hemistiquios heptasilábicos, y el cuaternario en un verso endecasílabo.[35]

En todos los casos, incluso en los poemas de Píndaro o de Sófocles, de discutida y problemática colometría, se ha procurado sustituir lo más fielmente posible cada verso del original por un verso de la traducción, sin alterar nunca el número, y casi nunca el orden, de los versos. En el «Canto al hombre» de Sófocles (*Ant.* 332-375), se respeta también la estructura simétrica de las antiestrofas con respecto a las estrofas.

Con el fin de hacer más asequible la lectura de los poemas, sin que sea precisa la continua consulta de diccionarios, manuales y obras de referencias, se han elaborado unas *Notas biobibliográficas* y un *Glosario onomástico y mitológico*, que espero que sean de utilidad para el culto lector, amante de la poesía, aunque no precisamente experto en Mitología y en Historia de la Literatura Clásica.

He de expresar, finalmente, mi gratitud a muchos amigos y compañeros que han contribuido en gran medida a la realización de este libro con sus ayudas y sugerencias. Entre ellos, debo mencionar a los profesores Máximo Brioso Sánchez, Alberto Díaz Tejera, Rafael Martínez Vázquez, Bartolomé Segura Ramos y Ramón Serrano Cantarín, del Departamento de Lenguas Clásicas de la Universidad de Sevilla, que han soportado con ejemplar paciencia un sinfín de consultas a tiempo y a destiempo. Y no menos he de estar agradecido a los profesores de Teoría de la Literatura José Antonio Hernández Guerrero y María del Carmen García Tejera, de la Universidad de Cádiz; Miguel Ángel Garrido Gallardo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Isabel Paraíso Almansa, de la Universidad de Valladolid. Todos ellos -y, en especial, la profesora María Victoria Utrera Torremocha, de la Universidad de Sevilla, lectora infatigable, vigilante de oído infalible para el ritmo del verso- han proporcionado un estímulo muy valioso a la tarea traductora.

A la hora de decidirme a dar a la imprenta estas páginas, ha sido también determinante la impecable lectura de estas traducciones por parte del poeta y filólogo Luis Alberto de Cuenca. Sus amables comentarios y sus palabras de aliento tuvieron la virtud de disipar ciertos temores y dudas, que surgen inevitablemente cuando se intenta verter en los propios moldes del verso español tan excelsa y ajena poesía. Creo que,

---

35 Recuérdese cómo Fray Luis de León, en su famosa traducción del «Beatus ille», cambia los senarios por endecasílabos, y los cuaternarios por heptasílabos. Al disponer de un número menor de sílabas, se vio obligado a *comprimir* su texto, renunciando a traducir algunos términos e imágenes, por lo que el tono general del discurso -sin menoscabo de su encantadora y melodiosa sencillez- resulta más difuminado y abstracto que el del texto original.

en cualquier caso, y aun prescindiendo de la hipotética valoración que pudiera merecer su versión española, la publicación de *La poesía de Grecia y Roma* quedaría ya suficientemente justificada por la importancia de los textos originales y por su significación en el terreno de la literatura general y comparada.

ESTEBAN TORRE
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Ediciones utilizadas:

Homerus: *Ilias*, ed. T. W. Allen, Clarendon Press, Oxford, 1931; Odyssea, ed. P. von der Mühll, Helbing & Lichtenhahn, Basilea, 1962.
Hesiodus: *Opera et dies*, ed. F. Solmsen, Clarendon Press, Oxford, 1970.
Sapho: Poetarum Lesbiorum fragmenta, ed. E. Lobel, D. L. Page, Clarendon Press, Oxford, 1955.
Pindarus: *Carmina cum fragmentis*, ed. H. Maehler, Teubner, Leipzig, 1971.
Sophocles: *Antigone* (*Sophocle*, Vol. 1), ed. A. Dain, P. Mazon, Les Belles Lettres, París, 1955; para la colometría: Sophocles, Part III, ed. R. C. Jebb, Cambridge University Press, Cambridge, 1900.
Theocritus: *Idyllia*, ed. A. S. F. Gow, Cambridge University Press, Cambridge, 1952.
Carmina anacreontea, ed. M.L. West, Teubner, Leipzig, 1984.
C. Valerius Catullus: *Carmina*, ed. G. P. Goold, Heinemann, Londres, 1983.
P. Vergilius Maro: *Opera (Eclogae, Georgica, Aeneis)*, ed. R. A. B. Mynors, Oxford University Press, Oxford, 1972.
Q. Horatius Flaccus: *Opera (Carmina, Epodi)*, ed. F. Klingner, Teubner, Leipzig, 1959.
Albius Tibullus: *Carminum Libri Tres (Elegiae)*, ed. F. W. Lenz, G. K. Galinsky, Teubner, Leipzig, 1971.
Sex. Propertius: *Elegiae*, ed. G. P. Goold, Heinemann, Londres, 1985.
P. Ovidius Naso: *Metamorphoses*, ed. F. J. Miller, G. P. Goold, Heinemann, Londres, 1984.
Appendix Vergiliana: De Rosis Nascentibus, ed. W. V. Clausen, Oxford University Press, Oxford, 1966.

HOMERO
(SIGLO VIII A.C.)

IL. 23, 65-116

ἦλθε δ' ἐπὶ ψυχὴ Πατροκλῆος δειλοῖο
πάντ' αὐτῷ μέγεθός τε καὶ ὄμματα κάλ' ἐϊκυῖα
καὶ φωνήν, καὶ τοῖα περὶ χροι÷εἵματα ἕστο·
στῆ δ' ἄρ' ὑπὲρ κεφαλῆς καί μιν πρὸς μῦθον ἔειπεν·

εὕδεις, αὐτὰρ ἐμεῖο λελασμένος ἔπλευ 'Αχιλλεῦ.
οὐ μέν μευ ζώοντος ἀκήδεις, ἀλλὰ θανόντος·
θάπτέ με ὅττι τάχιστα πύλας 'Αΐδαο περήσω.
τῆλέ με εἴργουσι ψυχαὶ εἴδωλα καμόντων,
οὐδέ μέ πω μίσγεσθαι ὑπὲρ ποταμοῖο ἐῶσιν,
ἀλλ' αὔτως ἀλάλημαι ἀν' εὐρυπυλὲς Ἄϊδος δῶ.
καί μοι δὸς τὴν χεῖρ'· ὀλοφύρομαι, οὐ γὰρ ἔτ' αὖτις
νίσομαι ἐξ 'Αΐδαο, ἐπήν με πυρὸς λελάχητε.
οὐ μὲν γὰρ ζωοί γε φίλων ἀπάνευθεν ἑταίρων
βουλὰς ἑζόμενοι βουλεύσομεν, ἀλλ' ἐμὲ μὲν κὴρ
ἀμφέχανε στυγερή, ἥ περ λάχε γιγνόμενόν περ·

La muerte de Patroclo I

Tímida el alma de Patroclo, sombra desventurada,
con su estatura y sus hermosos ojos, y con la misma
voz que antes tuvo, y con sus mismas ropas, se le aparece;
y, revolando sobre Aquiles, dijo tales palabras:

- ¿Duermes, Aquiles, y de mí te olvidas? Mientras vivía,
no me dejabas; pero, estando muerto, ¿tú me abandonas?
Tienes que darme sepultura pronto, pues los espíritus,
que son la imagen de los muertos, velan en la laguna:
no me permiten que atraviese el río; sigo, así, errante
alrededor de la mansión de Hades, de amplias entradas.
Dame la mano, por favor: llorando te lo suplico;
no volveré, cuando mi cuerpo yazga sobre la pira.
Nunca ya más, llenos de vida, dentro de la asamblea,
conversaremos separadamente, pues me devora
la odiosa muerte que, al nacer, nos marca nuestro destino.

καὶ δὲ σοὶ αὐτῷ μοῖρα, θεοῖς ἐπιείκελ' Ἀχιλλεῦ,
τείχει ὕπο Τρώων εὐηφενέων ἀπολέσθαι.
ἄλλο δέ τοι ἐρέω καὶ ἐφήσομαι αἴ κε πίθηαι·
μὴ ἐμὰ σῶν ἀπάνευθε τιθήμεναι ὀστέ' Ἀχιλλεῦ,
ἀλλ' ὁμοῦ ὡς ἐτράφημεν ἐν ὑμετέροισι δόμοισιν,
εὖτέ με τυτθὸν ἐόντα Μενοίτιος ἐξ Ὀπόεντος
ἤγαγεν ὑμέτερον δ' ἀνδροκτασίης ὕπο λυγρῆς,
ἤματι τῷ ὅτε παῖδα κατέκτανον Ἀμφιδάμαντος
νήπιος οὐκ ἐθέλων ἀμφ' ἀστραγάλοισι χολωθείς·
ἔνθά με δεξάμενος ἐν δώμασιν ἱππότα Πηλεὺς
ἔτραφέ τ' ἐνδυκέως καὶ σὸν θεράποντ' ὀνόμηνεν·

ὣς δὲ καὶ ὀστέα νῶϊν ὁμὴ σορὸς ἀμφικαλύπτοι
χρύσεος ἀμφιφορεύς, τόν τοι πόρε πότνια μήτηρ.

Τὸν δ' ἀπαμειβόμενος προσέφη πόδας ὠκὺς Ἀχιλλεύς·
τίπτέ μοι ἠθείη κεφαλὴ δεῦρ' εἰλήλουθας
καί μοι ταῦτα ἕκαστ' ἐπιτέλλεαι; αὐτὰρ ἐγώ τοι
πάντα μάλ' ἐκτελέω καὶ πείσομαι ὡς σὺ κελεύεις.
ἀλλά μοι ἆσσον στῆθι· μίνυνθά περ ἀμφιβαλόντε
ἀλλήλους ὀλοοῖο τεταρπώμεσθα γόοιο.

Ὣς ἄρα φωνήσας ὠρέξατο χερσὶ φίλῃσιν
οὐδ' ἔλαβε· ψυχὴ δὲ κατὰ χθονὸς ἠΰτε καπνὸς

Y tú también, divino Aquiles, tienes por desventura
que perecer junto a los fuertes muros de los troyanos.
Y te diré y encargaré otra cosa, si a bien lo tienes.
Manda, oh Aquiles, colocar mis huesos junto a los tuyos,
tal como en vida nos criamos, juntos, en tu palacio;
porque de Opunte me llevó Menecio, siendo muy joven,
a tu mansión por el motivo infausto de un homicidio,
cuando maté sin desearlo al hijo de Anfidamante
tras el furor que me produjo un fútil juego de tabas;
pero en su casa me acogió magnánimo el rey Peleo,
que me educara y nos hiciera amigos inseparables.

Haz, por lo tanto, que la misma urna -vaso de oro
que recibiste de tu augusta madre- guarde los huesos.

Y dijo Aquiles, el de pies ligeros: -¿Cómo has venido,
oh criatura predilecta, a darme tales encargos?
Yo te aseguro que absolutamente todas las cosas
han de cumplirse y de llevarse a cabo como deseas.
Pero abracémonos, siquiera sea por un instante,
para saciarnos con el triste alivio de los sollozos.

Esto diciendo, le tendió los brazos; pero el espíritu
se disipó como si fuera humo -no se podía

ᾤχετο τετριγυῖα· ταφὼν δ' ἀνόρουσεν Ἀχιλλεὺς
χερσί τε συμπλατάγησεν, ἔπος δ' ὀλοφυδνὸν ἔειπεν·

ὢ πόποι ἦ ῥά τίς ἐστι καὶ εἰν Ἀΐδαο δόμοισι
ψυχὴ καὶ εἴδωλον, ἀτὰρ φρένες οὐκ ἔνι πάμπαν·
παννυχίη γάρ μοι Πατροκλῆος δειλοῖο
ψυχὴ ἐφεστήκει γοόωσά τε μυρομένη τε,
καί μοι ἕκαστ' ἐπέτελλεν, ἔϊκτο δὲ θέσκελον αὐτῷ.

Ὣς φάτο, τοῖσι δὲ πᾶσιν ὑφ' ἵμερον ὦρσε γόοιο·
μυρομένοισι δὲ τοῖσι φάνη ῥοδοδάκτυλος Ἠὼς
ἀμφὶ νέκυν ἐλεεινόν. ἀτὰρ κρείων Ἀγαμέμνων
οὐρῆάς τ' ὄτρυνε καὶ ἀνέρας ἀξέμεν ὕλην
πάντοθεν ἐκ κλισιῶν· ἐπὶ δ' ἀνὴρ ἐσθλὸς ὀρώρει
Μηριόνης θεράπων ἀγαπήνορος Ἰδομενῆος.
οἱ δ' ἴσαν ὑλοτόμους πελέκεας ἐν χερσὶν ἔχοντες
σειράς τ' εὐπλέκτους· πρὸ δ' ἄρ' οὐρῆες κίον αὐτῶν.
πολλὰ δ' ἄναντα κάταντα πάραντά τε δόχμιά τ' ἦλθον.

ver ni tocar- y penetró en la tierra dando chillidos.
Lleno de asombro, pronunciaba Aquiles este discurso:

- Hay en la casa de Plutón, oh dioses, almas y sombras;
pero ninguna plenitud de vida: sólo la imagen.
La pobre alma de Patroclo ha estado toda la noche
cerca de mí, para mostrarme cosas insospechadas,
entre suspiros y sollozos: y era muy parecida.

Esto decía, y se sintieron todos llenos de angustia.
Mientras lloraban lastimeramente junto al cadáver,
surge la Aurora de rosados dedos. Hombres y mulos,
como el caudillo Agamenón dispone, salen por leña
de todas partes; y el viril Meriones, fiel compañero
del valeroso Idomeneo, al frente los dirigía.
Llevan los hombres en las manos hachas y legaduras
muy bien trenzadas, y delante de ellos marchan los mulos.
Iban subiendo, descendiendo, dando tumbos y vueltas.

IL. 23, 192-232

Οὐδὲ πυρὴ Πατρόκλου ἐκαίετο τεθνηῶτος·
ἔνθ' αὖτ' ἄλλ' ἐνόησε ποδάρκης δῖος Ἀχιλλεύς·
στὰς ἀπάνευθε πυρῆς δοιοῖς ἠρᾶτ' ἀνέμοισι
Βορέῃ καὶ Ζεφύρῳ, καὶ ὑπίσχετο ἱερὰ καλά·
πολλὰ δὲ καὶ σπένδων χρυσέῳ δέπαϊ λιτάνευεν
ἐλθέμεν, ὄφρα τάχιστα πυρὶ φλεγεθοίατο νεκροί,
ὕλη τε σεύαιτο καήμεναι. ὦκα δὲ Ἶρις
ἀράων ἀΐουσα μετάγγελος ἦλθ' ἀνέμοισιν.
οἳ μὲν ἄρα Ζεφύροιο δυσαέος ἀθρόοι ἔνδον
εἰλαπίνην δαίνυντο· θέουσα δὲ Ἶρις ἐπέστη
βηλῷ ἔπι λιθέῳ· τοὶ δ' ὡς ἴδον ὀφθαλμοῖσι
πάντες ἀνήϊξαν, κάλεόν τέ μιν εἰς ἓ ἕκαστος·
ἣ δ' αὖθ' ἕζεσθαι μὲν ἀνήνατο, εἶπε δὲ μῦθον·

οὐχ ἕδος· εἶμι γὰρ αὖτις ἐπ' Ὠκεανοῖο ῥέεθρα
Αἰθιόπων ἐς γαῖαν, ὅθι ῥέζουσ' ἑκατόμβας

La muerte de Patroclo II

Como la pira de Patroclo estaba sin encenderse,
súbito Aquiles, el de pies ligeros, tuvo una idea:
deja la pira funeraria, llama luego a los vientos
Bóreas y Céfiro, y promete ofrendas y sacrificios;
hace profusa libación, con una copa de oro,
para que acudan a avivar la hoguera, y a los cadáveres
rápidamente los consuma el fuego. Iris, que escucha
tales plegarias, sin demora avisa rauda a los vientos.
Éstos se hallaban celebrando fiestas en la morada
del fuerte Céfiro. Se acerca Iris a la carrera
y se detiene en el umbral de piedra. Cuando la vieron,
se levantaron y rogaron todos que se sentase.
Ella no quiso detenerse, y dijo tales palabras:

- Voy, por encima de las altas olas del ancho Océano,
hacia las tierras de Etiopía, donde los inmortales

ἀθανάτοις, ἵνα δὴ καὶ ἐγὼ μεταδαίσομαι ἱρῶν.
ἀλλ' Ἀχιλεὺς Βορέην ἠδὲ Ζέφυρον κελαδεινὸν
ἐλθεῖν ἀρᾶται, καὶ ὑπίσχεται ἱερὰ καλά,
ὄφρα πυρὴν ὄρσητε καήμεναι, ᾗ ἔνι κεῖται
Πάτροκλος, τὸν πάντες ἀναστενάχουσιν Ἀχαιοί.

Ἡ μὲν ἄρ' ὣς εἰποῦσ' ἀπεβήσετο, τοὶ δ' ὀρέοντο
ἠχῇ θεσπεσίῃ νέφεα κλονέοντε πάροιθεν.
αἶψα δὲ πόντον ἵκανον ἀήμεναι, ὦρτο δὲ κῦμα

πνοιῇ ὕπο λιγυρῇ· Τροίην δ' ἐρίβωλον ἱκέσθην,
ἐν δὲ πυρῇ πεσέτην, μέγα δ' ἴαχε θεσπιδαὲς πῦρ.
παννύχιοι δ' ἄρα τοί γε πυρῆς ἄμυδις φλόγ' ἔβαλλον
φυσῶντες λιγέως· ὁ δὲ πάννυχος ὠκὺς Ἀχιλλεὺς
χρυσέου ἐκ κρητῆρος ἑλὼν δέπας ἀμφικύπελλον
οἶνον ἀφυσσόμενος χαμάδις χέε, δεῦε δὲ γαῖαν
ψυχὴν κικλήσκων Πατροκλῆος δειλοῖο.
ὡς δὲ πατὴρ οὗ παιδὸς ὀδύρεται ὀστέα καίων
νυμφίου, ὅς τε θανὼν δειλοὺς ἀκάχησε τοκῆας,
ὣς Ἀχιλεὺς ἑτάροιο ὀδύρετο ὀστέα καίων,
ἑρπύζων παρὰ πυρκαϊὴν ἀδινὰ στεναχίζων.

Ἦμος δ' ἑωσφόρος εἶσι φόως ἐρέων ἐπὶ γαῖαν,
ὅν τε μέτα κροκόπεπλος ὑπεὶρ ἅλα κίδναται ἠώς,

con hecatombes son honrados: parte tomo yo en ellas.
Aquiles ruega, prometiendo ofrendas y sacrificios,
que vayan Bóreas y el sonoro Céfiro a dar su aliento
sobre la pira donde tristemente yace Patroclo,
por cuya muerte los aqueos gimen y se lamentan.

Dijo, y se fue. Con prodigioso ruido se alzan los vientos,
y se lanzaron esparciendo nubes; y, sobre el ponto,
al restallar el sibilante soplo, crecen las olas.

Pronto llegaron a la fértil Troya, donde cayeron
sobre la hoguera; y el divino fuego se embravecía.
Toda la noche, con su voz vibrante, sobre las llamas
iban soplando; y el veloz Aquiles, toda la noche,
sacando vino de una jarra de oro, iba vertiéndolo
con una copa de figura doble sobre la tierra,
llamando al alma de Patroclo -sombra desventurada-.
Igual que un padre cuando quema al hijo recién casado,
que, al perecer, le sumergió en la angustia más lacerante,
clama así Aquiles al quemar los huesos del compañero,
mientras gimiendo sin cesar, se arrastra junto a la pira.

Cuando el lucero matutino brilla sobre la tierra
y con su velo de azafrán la Aurora cubre los mares,

τῆμος πυρκαϊὴ ἐμαραίνετο, παύσατο δὲ φλόξ.
οἳ δ' ἄνεμοι πάλιν αὖτις ἔβαν οἶκον δὲ νέεσθαι
Θρηΐκιον κατὰ πόντον· ὃ δ' ἔστενεν οἴδματι θύων.
Πηλεΐδης δ' ἀπὸ πυρκαϊῆς ἑτέρωσε λιασθεὶς
κλίνθη κεκμηώς, ἐπὶ δὲ γλυκὺς ὕπνος ὄρουσεν.

nace ya el día y se consume el fuego, muerta la llama.
Fueron los vientos regresando entonces a sus países
por el mar tracio, que gemía a causa del oleaje.
Y, al fin, el hijo de Peleo, hundido por el cansancio,
deja la pira y se abandona en brazos del dulce sueño.

OD. 7, 84-132

ὥς τε γὰρ ἠελίου αἴγλη πέλεν ἠὲ σελήνης
δῶμα καθ' ὑψερεφὲς μεγαλήτορος Ἀλκινόοιο.
χάλκεοι μὲν γὰρ τοῖχοι ἐληλέδατ' ἔνθα καὶ ἔνθα,
ἐς μυχὸν ἐξ οὐδοῦ, περὶ δὲ θριγκὸς κυάνοιο·
χρύσειαι δὲ θύραι πυκινὸν δόμον ἐντὸς ἔεργον·
ἀργύρεοι δὲ σταθμοὶ ἐν χαλκέῳ ἕστασαν οὐδῷ,
ἀργύρεον δ' ἐφ' ὑπερθύριον, χρυσέη δὲ κορώνη.
χρύσειοι δ' ἑκάτερθε καὶ ἀργύρεοι κύνες ἦσαν,
οὓς Ἥφαιστος ἔτευξεν ἰδυίῃσι πραπίδεσσι
δῶμα φυλασσέμεναι μεγαλήτορος Ἀλκινόοιο,
ἀθανάτους ὄντας καὶ ἀγήρως ἤματα πάντα.

ἐν δὲ θρόνοι περὶ τοῖχον ἐρηρέδατ' ἔνθα καὶ ἔνθα
ἐς μυχὸν ἐξ οὐδοῖο διαμπερές, ἔνθ' ἐνὶ πέπλοι
λεπτοὶ ἐΰννητοι βεβλήατο, ἔργα γυναικῶν.
ἔνθα δὲ Φαιήκων ἡγήτορες ἑδριόωντο

El palacio de Alcínoo

Rayos del sol o de la luna daban sus resplandores
a la mansión del generoso Alcínoo, de alto trazado.
Acá y allá, desde el umbral al fondo, se levantaban
muros de bronce con cornisas hechas de lapislázuli:
sólida casa que cerraban puertas áureas por dentro.
Jambas de plata en el umbral de bronce, rectas, se erguían
con el remate de un dintel de plata y cima de oro.
Por ambos lados vigilaban perros de oro y de plata,
a los que Hefesto modeló con sabios conocimientos,
y la mansión del generoso Alcínoo guardan celosos,
siendo inmortales y por siempre exentos de la vejez.

Tras de los muros, multitud de tronos se combinaban
acá y allá, desde el umbral al fondo, con los tapices,
hechos con telas delicadas, obra de las mujeres.
Y se sentaban luego allí los jefes de los feacios,

πίνοντες καὶ ἔδοντες· ἐπηετανὸν γὰρ ἔχεσκον.
χρύσειοι δ' ἄρα κοῦροι ἐϋδμήτων ἐπὶ βωμῶν
ἕστασαν αἰθομένας δαΐδας μετὰ χερσὶν ἔχοντες,
φαίνοντες νύκτας κατὰ δώματα δαιτυμόνεσσι.

πεντήκοντα δέ οἱ δμωαὶ κατὰ δῶμα γυναῖκες
αἱ μὲν ἀλετρεύουσι μύλῃσ' ἔπι μήλοπα καρπόν,
αἱ δ' ἱστοὺς ὑφόωσι καὶ ἠλάκατα στρωφῶσιν
ἥμεναι, οἷά τε φύλλα μακεδνῆς αἰγείροιο·
καιρουσσέων δ' ὀθονέων ἀπολείβεται ὑγρὸν ἔλαιον.

ὅσσον Φαίηκες περὶ πάντων ἴδριες ἀνδρῶν
νῆα θοὴν ἐνὶ πόντῳ ἐλαυνέμεν, ὣς δὲ γυναῖκες
ἱστὸν τεχνῆσσαι· περὶ γάρ σφισι δῶκεν 'Αθήνη
ἔργα τ' ἐπίστασθαι περικαλλέα καὶ φρένας ἐσθλάς.

ἔκτοσθεν δ' αὐλῆς μέγας ὄρχατος ἄγχι θυράων
τετράγυος· περὶ δ' ἕρκος ἐλήλαται ἀμφοτέρωθεν.
ἔνθα δὲ δένδρεα μακρὰ πεφύκασι τηλεθάοντα,
ὄγχναι καὶ ῥοιαὶ καὶ μηλέαι ἀγλαόκαρποι
συκέαι τε γλυκεραὶ καὶ ἐλαῖαι τηλεθόωσαι.
τάων οὔ ποτε καρπὸς ἀπόλλυται οὐδ' ἀπολείπει
χείματος οὐδὲ θέρευς, ἐπετήσιος· ἀλλὰ μάλ' αἰεὶ
ζεφυρίη πνείουσα τὰ μὲν φύει, ἄλλα δὲ πέσσει.

mientras bebían y comían: fiestas interminables.
En pedestal muy bien labrado estaban niños de oro
que, con antorchas en sus manos -para los comensales
que haber pudiera en los salones-, daban luz por la noche.

Cincuenta esclavas en la casa estaban: unas laboran
junto a la piedra de moler, y el rubio grano trituran;
otras se sientan para urdir sus telas: mueven los hilos
en el telar como si fueran hojas de ágiles álamos,
y los tejidos destilar parecen líquidos óleos.

Cuanto el feacio sobrepasa a todos por su experiencia
al conducir una ligera nave, tanto más hábiles
son las mujeres al hacer tejidos; pues Atenea
les enseñó las más hermosas obras, y les dio ingenio.

Fuera del patio hay un jardín, que mide cuatro yugadas,
junto a las puertas, rodeado todo por un vallado.
Crecen allí los espigados árboles más florecientes:
el manzanal, de esplendorosos frutos, con los perales;
la dulce higuera, el verdeante olivo, con los granados.
Pero los frutos no se agotan nunca ni se marchitan
en el invierno o el verano: el Céfiro sopla sin tregua
y determina que unos frutos nazcan y otros maduren.

ὄγχνη ἐπ' ὄγχνῃ γηράσκει, μῆλον δ' ἐπὶ μήλῳ,
αὐτὰρ ἐπὶ σταφυλῇ σταφυλή, σῦκον δ' ἐπὶ σύκῳ.

ἔνθα δέ οἱ πολύκαρπος ἀλῳὴ ἐρρίζωται,
τῆς ἕτερον μέν θ' εἱλόπεδον λευρῷ ἐνὶ χώρῳ
τέρσεται ἠελίῳ, ἑτέρας δ' ἄρα τε τρυγόωσιν,
ἄλλας δὲ τραπέουσι· πάροιθε δέ τ' ὄμφακές εἰσιν
ἄνθος ἀφιεῖσαι, ἕτεραι δ' ὑποπερκάζουσιν.
ἔνθα δὲ κοσμηταὶ πρασιαὶ παρὰ νείατον ὄρχον
παντοῖαι πεφύασιν, ἐπηετανὸν γανόωσαι.
ἐν δὲ δύω κρῆναι ἡ μέν τ' ἀνὰ κῆπον ἅπαντα
σκίδναται, ἡ δ' ἑτέρωθεν ὑπ' αὐλῆς οὐδὸν ἵησι
πρὸς δόμον ὑψηλόν, ὅθεν ὑδρεύοντο πολῖται.
τοῖ' ἄρ' ἐν 'Αλκινόοιο θεῶν ἔσαν ἀγλαὰ δῶρα.

Sobre las peras envejecen peras, y la manzana
sobre manzana, y sobre el higo el higo: perennemente.

Allí plantaron una fértil viña, cuyos racimos
ponen al sol en un espacio llano para secarlos;
otros se toman con sus frescas uvas en la vendimia,
y otros se pisan en lagares: nuevos, verdes los unos,
cuando renacen de la flor; maduros, negros los otros.
Allí, en el fondo del jardín, crecían tablas de huerta
con hortalizas de diversas clases, siempre lozanas.
Tiene dos fuentes: una de ellas corre fertilizando
todo el vergel; bajo el umbral, discurren otros veneros
hacia el palacio, donde van por agua los habitantes.
Ricos regalos que al lugar de Alcínoo dieron los dioses.

εἰ δέ κε λίσσωμαι ὑμέας λῦσαί τε κελεύω,
ὑμεῖς δὲ πλεόνεσσι τότ' ἐν δεσμοῖσι πιέζειν."

ἦ τοι ἐγὼ τὰ ἕκαστα λέγων ἑτάροισι πίφαυσκον·
τόφρα δὲ καρπαλίμως ἐξίκετο νηῦς ἐϋεργὴς
νῆσον Σειρήνοιϊν· ἔπειγε γὰρ οὖρος ἀπήμων.
αὐτίκ' ἔπειτ' ἄνεμος μὲν ἐπαύσατο ἠδὲ γαλήνη
ἔπλετο νηνεμίη, κοίμησε δὲ κύματα δαίμων.
ἀνστάντες δ' ἕταροι νεὸς ἱστία μηρύσαντο,
καὶ τὰ μὲν ἐν νηι÷γλαφυρῇ θέσαν, οἱ δ' ἐπ' ἐρετμὰ
ἑζόμενοι λεύκαινον ὕδωρ ξεστῇσ' ἐλάτῃσιν.

αὐτὰρ ἐγὼ κηροῖο μέγαν τροχὸν ὀξέϊ χαλκῷ
τυτθὰ διατμήξας χερσὶ στιβαρῇσι πίεζον·
αἶψα δ' ἰαίνετο κηρός, ἐπεὶ κέλετο μεγάλη ἲς
Ἠελίου τ' αὐγὴ Ὑπεριονίδαο ἄνακτος·
ἑξείης δ' ἑτάροισιν ἐπ' οὔατα πᾶσιν ἄλειψα.
οἱ δ' ἐν νηΐ μ' ἔδησαν ὁμοῦ χεῖράς τε πόδας τε
ὀρθὸν ἐν ἱστοπέδῃ, ἐκ δ' αὐτοῦ πείρατ' ἀνῆπτον·
αὐτοὶ δ' ἑζόμενοι πολιὴν ἅλα τύπτον ἐρετμοῖς.
ἀλλ' ὅτε τόσσον ἀπῆμεν, ὅσον τε γέγωνε βοήσας,
ῥίμφα διώκοντες, τὰς δ' οὐ λάθεν ὠκύαλος νηῦς
ἐγγύθεν ὀρνυμένη, λιγυρὴν δ' ἔντυνον ἀοιδήν·

Y, aunque os lo implore y os lo ordene, nunca me soltaréis,
y todavía me ataréis con lazos más numerosos.

Mientras hablaba y se instruían todos mis compañeros,
rápidamente la esmerada nave llega a la isla
de las Sirenas: favorable viento la propulsaba.
Desde ese instante se apacigua el viento, y una completa
calma aparece, pues algún demonio duerme las olas.
Mis compañeros recogieron velas, y se sentaron
sobre los bancos de la fina nave: baten el agua,
y con los remos de labrado pino la emblanquecían.

Luego partí con el agudo bronce trozos pequeños
de un pan de cera, que mis fuertes manos fueron prensando.
Pronto la cera se ablandó, cediendo bajo la fuerza
y por la luz del soberano Helios, el Hiperiónida;
y los oídos fui tapando a todos los compañeros.
Éstos me ataron en la nave manos y pies: erguido
junto a la base de la arboladura, quedo enlazado.
Y, nuevamente, sobre un mar de espuma, baten los remos.
Mientras resuenan nuestras voces, huye rauda la nave.
Su cercanía no escapó al oído de las Sirenas,
que se pusieron a entonar un canto muy melodioso:

"δεῦρ' ἄγ' ἰών, πολύαιν' Ὀδυσεῦ, μέγα κῦδος Ἀχαιῶν,
νῆα κατάστησον, ἵνα νωϊτέρην ὄπ' ἀκούσῃς.
οὐ γάρ πώ τις τῇδε παρήλασε νηι μελαίνῃ,
πρίν γ' ἡμέων μελίγηρυν ἀπὸ στομάτων ὄπ' ἀκοῦσαι,
ἀλλ' ὅ γε τερψάμενος νεῖται καὶ πλείονα εἰδώς.
ἴδμεν γάρ τοι πάνθ', ὅσ' ἐνὶ Τροίῃ εὐρείῃ
Ἀργεῖοι Τρῶές τε θεῶν ἰότητι μόγησαν,
ἴδμεν δ' ὅσσα γένηται ἐπὶ χθονὶ πουλυβοτείρῃ."

ὣς φάσαν ἱεῖσαι ὄπα κάλλιμον· αὐτὰρ ἐμὸν κῆρ
ἤθελ' ἀκουέμεναι, λῦσαί τ' ἐκέλευον ἑταίρους
ὀφρύσι νευστάζων· οἱ δὲ προπεσόντες ἔρεσσον.

- Célebre Ulises, fabulosa gloria de los aqueos,
ancla la nave para oír ahora nuestras canciones.
Por estas aguas, en su oscura nave, nadie ha pasado
sin escuchar la dulce voz que fluye de nuestras bocas,
sino que marchan muy felices todos, y con noticias,
pues conocemos que en la vasta Troya mucho sufrieron,
por la divina voluntad, los griegos y los troyanos:
sí, conocemos en la fértil tierra cuanto acaece.

Esto dijeron con su voz hermosa. Quiso escucharlas
mi corazón. Y a mis amigos dije, ceño fruncido,
que me soltaran. Mas siguieron todos sobre los remos.

Hesíodo
(Siglo VIII a.C.)

Op. 414-422

Ἦμος δὴ λήγει μένος ὀξέος ἠελίοιο
καύματος ἰδαλίμου, μετοπωρινὸν ὀμβρήσαντος
Ζηνὸς ἐρισθενέος, μετὰ δὲ τρέπεται βρότεος χρὼς
πολλὸν ἐλαφρότερος· δὴ γὰρ τότε Σείριος ἀστὴρ
βαιὸν ὑπὲρ κεφαλῆς κηριτρεφέων ἀνθρώπων
ἔρχεται ἠμάτιος, πλεῖον δέ τε νυκτὸς ἐπαυρεῖ·
τῆμος ἀδηκτοτάτη πέλεται τμηθεῖσα σιδήρῳ
ὕλη, φύλλα δ' ἔραζε χέει, πτόρθοιό τε λήγει·
τῆμος ἄρ' ὑλοτομεῖν μεμνημένος ὥρια ἔργα.

Las estaciones. Otoño

Cuando el picante sol templa la fuerza de su ardor sudoroso
y el prepotente Zeus vierte en el aire las otoñales lluvias,
haciéndose de pronto mucho más ágil la textura humana
-y, sobre la cabeza de los hombres nacidos a la muerte,
la estrella Sirio, en alto, camina poco con la luz del día
y aprovecha las sombras de la noche-, los árboles, que el hierro
ha de cortar, en esas fechas tienen la mínima carcoma
y esparcen ya sus hojas por la tierra, dejando de echar brotes.
Es el momento de cortar madera: la estación más propicia.

Op. 493-497

Πὰρ δ' ἴθι χάλκειον θῶκον καὶ ἐπαλέα λέσχην
ὥρῃ χειμερίῃ, ὁπότε κρύος ἀνέρα ἔργων
ἰσχάνει, ἔνθα κ' ἄοκνος ἀνὴρ μέγα οἶκον ὀφέλλοι,
μή σε κακοῦ χειμῶνος ἀμηχανίη καταμάρψῃ
σὺν πενίῃ, λεπτῇ δὲ παχὺν πόδα χειρὶ πιέζῃς.

LAS ESTACIONES. INVIERNO

No vayas a la fragua del herrero ni a cálidas tertulias
los días invernales, cuando a los hombres los aparta el frío
de las faenas -aunque el hombre activo también progresa entonces-,
no sea que el rigor de un mal invierno te sorprenda sin bienes
y tengas que frotar tus pies hinchados con tus manos resecas.

Op. 564-570

Εὖτ' αν δ' ἑξήκοντα μετὰ τροπὰς ἠελίοιο
χειμέρι' ἐκτελέσῃ Ζεὺς ἤματα, δή ῥα τότ' ἀστὴρ
'Αρκτοῦρος προλιπὼν ἱερὸν ῥόον 'Ωκεανοῖο
πρῶτον παμφαίνων ἐπιτέλλεται ἀκροκνέφαιος.
τὸν δὲ μέτ' ὀρθογόη Πανδιονὶς ὦρτο χελιδὼν
ἐς φάος ἀνθρώποις ἔαρος νέον ἱσταμένοιο·
τὴν φθάμενος οἴνας περιταμνέμεν· ὣς γὰρ ἄμεινον.

Las Estaciones. Primavera

Y después del solsticio del invierno, cuando completa Zeus
ya los sesenta días, la estrella Arturo viene y abandona
la sagrada corriente del Océano, y se eleva radiante
sobre los firmamentos, por vez primera, al filo de la noche.
La Pandiónida luego, la golondrina del agudo llanto,
se aparece a los hombres cuando nace la nueva primavera.
Antes que llegue, poda tú las viñas: es el mejor momento.

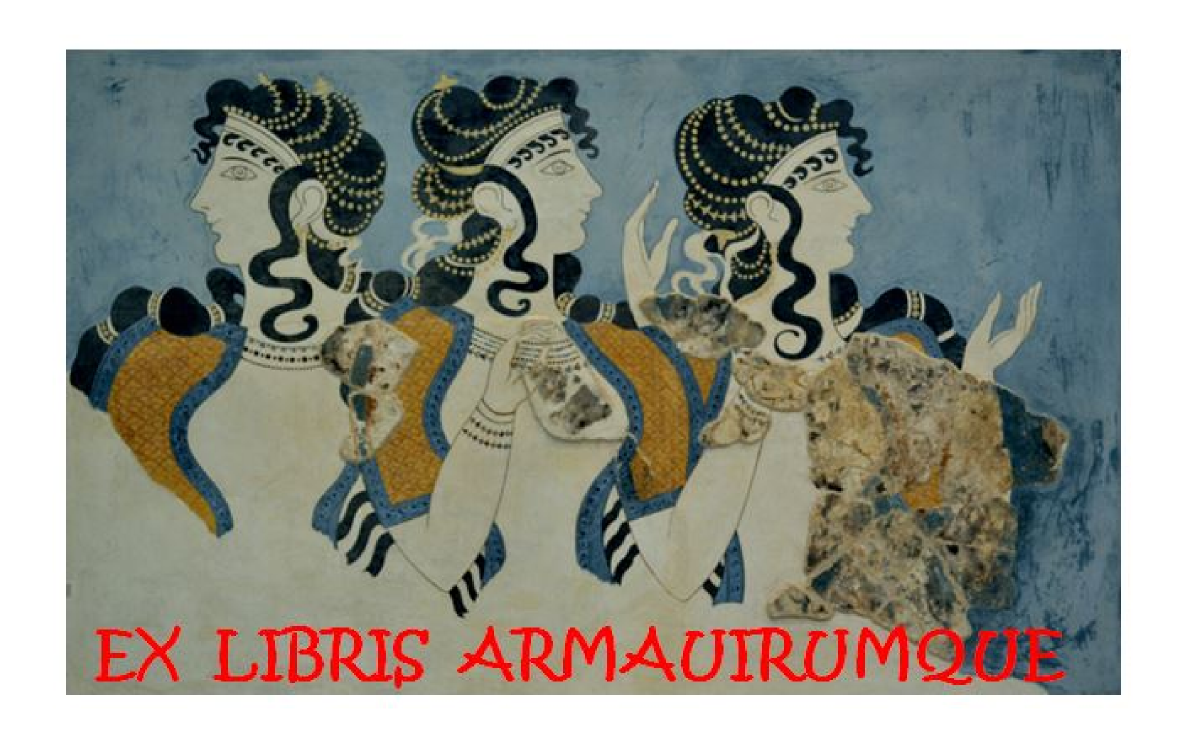
Op. 582-594

Ἦμος δὲ σκόλυμός τ' ἀνθεῖ καὶ ἠχέτα τέττιξ
δενδρέῳ ἐφεζόμενος λιγυρὴν καταχεύετ' ἀοιδὴν
πυκνὸν ὑπὸ πτερύγων, θέρεος καματώδεος ὥρῃ,
τῆμος πιόταταί τ' αἶγες, καὶ οἶνος ἄριστος,
μαχλόταται δὲ γυναῖκες, ἀφαυρότατοι δέ τοι ἄνδρες
εἰσίν, ἐπεὶ κεφαλὴν καὶ γούνατα Σείριος ἄζει,
αὐαλέος δέ τε χρὼς ὑπὸ καύματος· ἀλλὰ τότ' ἤδη
εἴη πετραίη τε σκιὴ καὶ βίβλινος οἶνος
μάζα τ' ἀμολγαίη γάλα τ' αἰγῶν σβεννυμενάων
καὶ βοὸς ὑλοφάγοιο κρέας μή πω τετοκυίης
πρωτογόνων τ' ἐρίφων· ἐπὶ δ' αἴθοπα πινέμεν οἶνον,
ἐν σκιῇ ἑζόμενον, κεκορημένον ἦτορ ἐδωδῆς,
ἀντίον ἀκραέος Ζεφύρου τρέψαντα πρόσωπα.

Las Estaciones. Verano

Cuando el cardo florece, y cuando la cigarra cantarina,
posada sobre un árbol, derrama sin cesar bajo sus alas
en la estación del soporoso estío su canto penetrante,
entonces son las cabras más sabrosas y mejores los vinos,
más lúbricas y ardientes las mujeres, y los hombres más blandos,
porque Sirio les quema la cabeza, y también las rodillas,
y su piel está seca por la flama. Y hay que buscar entonces
vino Biblino, pan de flor de harina, la sombra de una roca
y leche de las cabras que ya comienzan a perder su fuerza,
y carne de ternera, silvestre, no preñada todavía,
y chivo primogénito. Y beber enseguida el rojo vino,
sentados a la sombra, para dejar el corazón saciado
de comida y bebida, volviendo el rostro al favorable Céfiro.

SAFO
(SIGLOS VII-VI A.C.)



Fr. 1

ποικιλόθρον' ἀθανάτ'Αφρόδιτα,
παῖ Δίος δολόπλοκε, λίσσομαί σε,
μή μ' ἄσαισι μηδ' ὀνίαισι δάμνα,
-πότνια, θῦμον,

ἀλλὰ τυίδ' ἔλθ', αἴ ποτα κἀτέρωτα
τὰς ἔμας αὔδας ἀίοισα πήλοι
ἔκλυες, πάτρος δὲ δόμον λίποισα
-χρύσιον ἦλθες

ἄρμ' ὐπασδεύξαισα· κάλοι δέ σ' ἆγον
ὤκεες στροῦθοι περὶ γᾶς μελαίνας
πύκνα δίννεντες πτέρ' ἀπ' ὠράνωἴθε-
-ρος διὰ μέσσω·

Himno a Afrodita

Diosa Afrodita, de irisado trono,
hija de Zeus, enredadora, escúchame:
deja latir mi corazón, oh Reina,
libre de angustias.

Y ven aquí, como viniste un día
en que escuchabas mi llorar de lejos,
y, abandonando la mansión del Padre,
me complaciste.

Rápida unciste tu carroza de oro:
pájaros bellos, a través del aire,
la transportaban a la oscura tierra
desde los cielos.

αἶψα δ' ἐξίκοντο· σὺ δ', ὦ μάκαιρα,
μειδιαίσαισ' ἀθανάτωι προσώπωι
ἤρε' ὄττι δηὖτε πέπονθα κὤττι
-δηὖτε κάλημμι

κὤττι μοι μάλιστα θέλω γένεσθαι
μαινόλαι θύμωι· τίνα δηὖτε πείθω
ἂψ σάγην ἐς σὰν φιλότατα; τίς σ', ὦ
-Ψάπφ', ἀδικήει;

καὶ γὰρ αἰ φεύγει, ταχέως διώξει,
‹αἰ δὲ δῶρα μὴ δέκετ', ἀλλὰ δώσει,›
‹αἰ δὲ μὴ φίλει, ταχέως φιλήσει›
-‹κωὐκ ἐθέλοισα.›

‹ἔλθε μοι καὶ νῦν, χαλέπαν δὲ λῦσον›
‹ἐκ μερίμναν, ὄσσα δέ μοι τέλεσσαι›
‹θῦμος ἰμέρρει, τέλεσον, σὺ δ' αὔτα›
-‹σύμμαχος ἔσσο.›

Raudos llegaron; luego, tú, Dichosa,
con la sonrisa en tu divino rostro,
me preguntaste que por qué quería
        que tú vinieras,

y, en la locura de mi corazón,
qué deseaba más tener: «Ay, Safo,
¿a quién reclamas para tus amores?
        ¿Quién te desaira?

Si ella te esquiva, pronto irá a buscarte;
si no recibe, te dará regalos;
si no te ama, te amará muy pronto,
        aunque no quiera.»

Sí, ven de nuevo: líbrame de angustias,
colma con creces cuanto yo deseo
para colmar mi corazón; tú misma
        sé mi aliada.

FR. 31

φαίνεταί μοι κῆνος ἴσος θέοισιν
ἔμμεν' ὤνηρ, ὄττις ἐνάντιός τοι
ἰσδάνει καὶ πλάσιον ἆδυ φωνεί-
σας ὐπακούει

καὶ γελαίσας ἰμέροεν, τό μ' ἦ μὰν
καρδίαν ἐν στήθεσιν ἐπτόαισεν,
ὠς γὰρ ἔς σ' ἴδω βρόχε' ὤς με φώναι-
σ' οὐδ' εν ἔτ' εἴκει,

ἀλλ' ἄκαν μὲν γλῶσσα †ἔαγε λέπτον
δ' αὔτικα χρῶι πῦρ ὐπαδεδρόμηκεν,
ὀππάτεσσι δ' οὐδ' εν ὄρημμ', ἐπιρρόμ-
βεισι δ' ἄκουαι,

Efectos del amor

Juzgo dichoso como un dios al hombre
que está sentado frente a ti y escucha
el dulce arrullo que, al hablar, despiertas
con tus palabras

y con tu risa encantadora; tiene
mi corazón estremecido, porque
si yo te miro sólo un breve instante,
quedo sin voz:

duerme mi lengua, por mi cuerpo corre
un tenue fuego, de mis ojos huye
toda visión, con mis oídos oigo
sólo un zumbido.

†έκαδε μ' ἴδρως ψῦχρος κακχέεται† τρόμος δὲ
παῖσαν ἄγρει, χλωροτέρα δὲ ποίας
ἔμμι, τεθνάκην δ' ὀλίγω 'πιδεύης
        φαίνομ' ἔμ' αὔται·

ἀλλὰ πὰν τόλματον ἐπεὶ †καὶ πένητα†

Un sudor frío me recubre: tiemblo,
estoy a punto de morir, se tiñe
pronto mi piel de palidez verdosa
        como la hierba.

Todo tendrá que soportarse, porque...

Fr. 34

ἄστερες μὲν ἀμφὶ κάλαν σελάνναν
αἰψ ἀπυκρύπτοισι φάεννον εἶδος,
ὄπποτα πλήθοισα μάλιστα λάμπηι
γᾶν ...

Luna llena

Ya las estrellas su fulgor esconden
alrededor de la preciosa luna,
cuando está llena y a la tierra envía
todos sus brillos...

FR. 105 (A)

οἶον τὸ γλυκύμαλον ἐρεύθεται ἄκρωι ἐπ' ὕσδωι,
ἄκρον ἐπ' ἀκροτάτωι, λελάθοντο δὲ μαλοδρόπηες,
οὐ μὰν ἐκλελάθοντ', ἀλλ' οὐκ ἐδύναντ' ἐπίκεσθαι.

Como dulce manzana

Como dulce manzana que enrojece, en la rama más alta,
en la parte más alta de la rama: van los cosechadores
y la olvidan. ¿La olvidan? Es demasiado alta para ellos.

Píndaro
(518-post 444 a.C.)

P. 3, 61-62

μή, φίλα ψυχά, βίον ἀθάνατον
σπεῦδε, τὰν δ' ἔμπρακτον ἄντλει μαχανάν.

La vida inmortal

Alma mía, no aspires a la vida inmortal;
pero agota las fuentes de todo lo posible.

N. 6, 1-7

Ἓν ἀνδρῶν, ἓν θεῶν γένος· ἐκ μιᾶς δὲ πνέομεν
ματρὸς ἀμφότεροι· διείργει δὲ πᾶσα κεκριμένα
δύναμις, ὡς τὸ μὲν οὐδέν, ὁ δὲ
    χάλκεος ἀσφαλὲς αἰὲν ἕδος
μένει οὐρανός. ἀλλά τι προσφέρομεν ἔμπαν ἢ μέγαν
νόον ἤτοι φύσιν ἀθανάτοις,
καίπερ ἐφαμερίαν οὐκ εἰδότες οὐδὲ μετὰ νύκτας
ἄμμε πότμος
ἅντιν' ἔγραψε δραμεῖν ποτὶ στάθμαν.

Hombres y dioses

Una sola es la estirpe de los hombres
y de los dioses: de una sola madre
recibimos el soplo de la vida;
mas nos separan muy diversos grados
en los poderes: de una parte, nada;
de otra, el cielo de bronce, que permanece siempre
como mansión segura. Pero, con todo, en algo
nos parecemos a los inmortales:
ya en la hondura del alma, ya en la naturaleza;
aunque no conocemos el término al que vamos
corriendo cada día,
y durante las noches,
y nos tiene marcado ya el destino.

I. 5, 1-16

Μᾶτερ Ἀελίου πολυώνυμε Θεία,
σέο ἕκατι καὶ μεγασθενῆ νόμισαν
χρυσὸν ἄνθρωποι περιώσιον ἄλλων·

καὶ γὰρ ἐριζόμεναι
νᾶες ἐν πόντῳ καὶ ‹ὑφ'› ἅρμασιν ἵπποι
διὰ τεάν, ὤνασσα, τιμὰν ὠκυδινά-
    τοις ἐν ἀμίλλαισι θαυμασταὶ πέλονται,

ἔν τ' ἀγωνίοις ἀέθλοισι ποθεινόν
κλέος ἔπραξεν, ὄντιν' ἀθρόοι στέφανοι
χερσὶ νικάσαντ' ἀνέδησαν ἔθειραν
η ταχυτᾶτι ποδῶν.

La vida de la fama

Madre del Sol, Divina, mil veces alabada,
por ti los hombres en el oro encuentran,
más que en cosa ninguna, la fuerza y el poder.

También cuando compiten
las naves en la mar, y los caballos
con sus carros guerreros,
en los concursos de veloces giros,
hacen prodigios por tu honor, oh Reina.

Y, en los combates públicos, la deseada gloria
consigue aquél cuyos cabellos ciñen
ricas coronas, por sus fuertes brazos
o por sus pies ligeros.

κρίνεται δ' ἀλκὰ διὰ δαίμονας ἀνδρῶν.
δύο δέ τοι ζωᾶς ἄωτον μοῦνα ποιμαί-
    -νοντι τὸν ἄλπνιστον, εὐανθεῖ σὺν ὄλβῳ
εἴ τις εὖ πάσχων λόγον ἐσλὸν ἀκούῃ.

μὴ μάτευε Ζεὺς γενέσθαι· πάντ' ἔχεις,
εἴ σε τούτων μοῖρ' ἐφίκοιτο καλῶν.
θνατὰ θνατοῖσι πρέπει.

Pero el valor del hombre depende del destino.
Sólo hay dos cosas que, en verdad, sustentan
las más dulces esencias de la vida:
gozar de una fortuna floreciente
y escuchar los clarines de la fama.

No pretendas ser Zeus: lo tienes todo
si te alcanza una parte de esas dos bendiciones;
que ser mortal es ley de los mortales.

Sófocles
(496-406 a.C.)

ANT. 332-375

Πολλὰ τὰ δεινὰ κοὐδὲν ἀνθρώπου δεινότερον πέλει·
τοῦτο καὶ πολιοῦ πέραν πόντου χειμερίῳ νότῳ
χωρεῖ, περιβρυχίοισιν περῶν ὑπ' οἴδμασιν,
θεῶν τε τὰν ὑπερτάταν, Γᾶν
ἄφθιτον, ἀκαμάταν, ἀποτρύεται,
ἰλλομένων ἀρότρων ἔτος εἰς ἔτος,
ἱππείῳ γένει πολεύων.

Κουφονόων τε φῦλον ὀρνίθων ἀμφιβαλὼν ἄγει,
καὶ θηρῶν ἀγρίων ἔθνη πόντου τ' εἰναλίαν φύσιν
σπείραισι δικτυοκλώστοις περιφραδὴς ἀνήρ·
κρατεῖ δὲ μηχαναῖς ἀγραύλου
θηρὸς ὀρεσσιβάτα, λασιαύχενά θ'
ἵππον ‹ὑπ›άξεται ἀμφίλοφον ζυγὸν
οὔρειόν τ' ἀκμῆτα ταῦρον.

Canto al hombre

Muchos son los portentos; nada tan portentoso como el hombre.
Cruza la blanca mar, llevado por los vientos procelosos,
en medio de las olas prominentes que alrededor restallan.
Y a la Tierra, más alta entre los dioses
-incorruptible, infatigable-, agota
con el rotante arado, año tras año,
laboreando con caballerías.

Y a las bandadas de volubles aves, las envuelve y apresa,
y a los seres marinos, y al tropel de campestres animales,
entre las finas mallas de sus redes: hombre de claro ingenio.
Con sus artes, domina y se apodera
del animal que trepa por los montes,
del corcel cuyo hirsuto cuello doma,
del incansable toro montaraz.

Καὶ φθέγμα καὶ ἀνεμόεν
φρόνημα καὶ ἀστυνόμους ὀργὰς ἐδιδάξατο, καὶ δυσαύλων
πάγων ‹ἐν›αίθρεια καὶ δύσομβρα φεύγειν βέλη
παντοπόρος· ἄπορος ἐπ' οὐδὲν ἔρχεται
τὸ μέλλον· Ἅιδα μόνον φεῦξιν οὐκ ἐπάξεται,
νόσων δ' ἀμηχάνων φυγὰς ξυμπέφρασται.

Σοφόν τι τὸ μηχανόεν
τέχνας ὑπὲρ ἐλπίδ' ἔχων, τοτὲ μὲν κακόν, ἄλλοτ' ἐπ' ἐσθλὸν ἕρπει,
νόμους παρείρων χθονὸς θεῶν τ' ἔνορκον δίκαν
ὑψίπολις· ἄπολις ὅτῳ τὸ μὴ καλὸν
ξύνεστι τόλμας χάριν· μήτ' ἐμοὶ παρέστιος
γένοιτο μήτ' ἴσον φρονῶν ὃς τάδ' ἔρδοι.

La palabra, el alado pensamiento,
el sentido social de las naciones aprende por sí mismo,
y a soslayar los dardos de la lluvia y el frío a la intemperie:
rico en recursos. Sin recursos, nunca le sorprenden los hados.
Sólo contra la muerte, jamás vislumbra escapatoria alguna;
aunque sabe escapar de las enfermedades más tediosas.

Algo sutil -la fuerza de su ingenio:
más de lo imaginable- ya hacia el mal, ya hacia el bien le condiciona.
Si une a la ley terrena la justicia jurada de los dioses,
digno sea en su patria; indigno de su patria el que, arrastrado
por la insolencia, vive en la injusticia: que jamás tome asiento
junto a mi hogar, ni mi sentir comparta nunca quien tal hiciere.

TEÓCRITO
(SIGLO III A.C.)

IDYLLIA 1, 1-28

ΘΥΡΣΙΣ

Ἁδύ τι τὸ ψιθύρισμα καὶ ἁ πίτυς, αἰπόλε, τήνα,
ἁ ποτὶ ταῖς παγαῖσι, μελίσδεται, ἁδὺ δὲ καὶ τύ
συρίσδες· μετὰ Πᾶνα τὸ δεύτερον ἆθλον ἀποισῇ.
αἴ κα τῆνος ἕλῃ κεραὸν τράγον, αἶγα τὺ λαψῇ·
αἴ κα δ' αἶγα λάβῃ τῆνος γέρας, ἐς τὲ καταρρεῖ
ἁ χίμαρος· χιμάρω δὲ καλὸν κρέας, ἔστε κ' ἀμέλξῃς.

ΑΙΠΟΛΟΣ

ἅδιον, ὦ ποιμήν, τὸ τεὸν μέλος η τὸ καταχές
τῆν' ἀπὸ τᾶς πέτρας καταλείβεται ὑψόθεν ὕδωρ.
αἴ κα ταὶ Μοῖσαι τὰν οἴιδα δῶρον ἄγωνται,
ἄρνα τὺ σακίταν λαψῇ γέρας· αἰ δέ κ' ἀρέσκῃ
τήναις ἄρνα λαβεῖν, τὺ δὲ τὰν ὄιν ὕστερον ἀξῇ.

El pastor y el cabrero

Tirsis

Es dulce la cadencia de aquel pino que está junto a la fuente,
con un tenue murmullo; y dulce es la canción de tu zampoña,
cabrero: sólo Pan podrá privarte del más alto trofeo.
Si él se apodera del cornudo macho, tú ganarás la cabra;
si él se lleva la cabra como premio, conseguirás la chiva:
la carne de una chiva buena es hasta el día en que la ordeñas.

Cabrero

Pues tu canto, pastor, es más dulce que el agua resonante,
aquélla que se vierte desde lo alto de la limpia roca.
Si las Musas tomaran una oveja de regalo, tendrías
tú como premio un tierno corderillo. Y si a ellas les plugo
recibir el cordero, te quedarás tú luego con la oveja.

ΘΥΡΣΙΣ

λῆς ποτὶ τᾶν Νυμφᾶν, λῆς, αἰπόλε, τεῖδε καθίξας,
ὡς τὸ κάταντες τοῦτο γεώλοφον αἵ τε μυρῖκαι,
συρίσδεν; τὰς δ' αἶγας ἐγὼν ἐν τῷδε νομευσῶ.

ΑΙΠΟΛΟΣ

οὐ θέμις, ὦ ποιμήν, τὸ μεσαμβρινὸν οὐ θέμις ἄμμιν
συρίσδεν. τὸν Πᾶνα δεδοίκαμες· ἦ γὰρ ἀπ' ἄγρας
τανίκα κεκμακὼς ἀμπαύεται· ἔστι δὲ πικρός,
καί οἱ ἀεὶ δριμεῖα χολὰ ποτὶ ῥινὶ κάθηται.
ἀλλὰ τὺ γὰρ δή, Θύρσι, τὰ Δάφνιδος ἄλγε' ἀείδες
καὶ τᾶς βουκολικᾶς ἐπὶ τὸ πλέον ἵκεο μοίσας,
δεῦρ' ὑπὸ τὰν πτελέαν ἑσδώμεθα τῶ τε Πριήπω
καὶ τᾶν κρανίδων κατεναντίον, ᾇπερ ὁ θῶκος
τῆνος ὁ ποιμενικὸς καὶ ταὶ δρύες. αἰ δέ κ' ἀείσῃς
ὡς ὅκα τὸν Λιβύαθε ποτὶ Χρόμιν ᾆσας ἐρίσδων,
αἶγά τέ τοι δωσῶ διδυματόκον ἐς τρὶς ἀμέλξαι,
ἃ δύ' ἔχοισ' ἐρίφως ποταμέλγεται ἐς δύο πέλλας,
καὶ βαθὺ κισσύβιον κεκλυσμένον ἁδέι κηρῷ,
ἀμφῶες, νεοτευχές, ἔτι γλυφάνοιο ποτόσδον.

Tirsis

¿Quieres, cabrero, quieres, por las Ninfas, venir aquí a sentarte
al pie de la ladera de este monte, junto a los tamarindos,
a tocar la zampoña? Yo cuidaré entretanto de tus cabras.

Cabrero

La Ley, pastor, la Ley no me permite que en pleno mediodía
toque yo la zampoña. Respetemos a Pan, que en este instante
seguramente duerme, cansado de la caza: es irascible,
y una picante bilis en su nariz está constantemente.
Pero tú, Tirsis, ciertamente cantas las tristezas de Dafnis,
y has llegado a las máximas alturas en el arte bucólico.
Sentémonos aquí bajo este olmo, frente por frente a Príapo
y a los manantiales, donde tienen su asiento los pastores
y los árboles crecen. Y si tú cantas como ya cantaste
cuando estuviste compitiendo un día con Cromis, el de Libia,
ordeñarás tres veces una cabra que ha tenido gemelos
y, después de saciar a los dos chivos, llena aún dos cubetas.
Y te daré también un hondo cuenco, de suave cera untado
y con dos asas, de tan fresca talla que aún se huele el cincel.

PSEUDO-ANACREONTE
(ÉPOCA IMPERIAL)

FR. 1

Δότε μοι λύρην Ὁμήρου
φονίης ἄνευθε χορδῆς·
φέρε μοι κύπελλα θεσμῶν,
φέρε μοι νόμους κεράσσας,
μεθύων ὅπως χορεύσω,
ὑπὸ σώφρονος δὲ λύσσης
μετὰ βαρβίτων ἀείδων
τὸ παροίνιον βοήσω·
δότε μοι λύρην Ὁμήρου
φονίης ἄνευθε χορδῆς.

La lira de Homero

Dadme la lira de Homero,
pero sin cuerdas sangrientas.
Tráeme copas rituales,
y haré la debida mezcla.
Bailaré como un beodo,
y, con locura serena,
al son del laúd cantando,
al vino le haré un poema.
Dadme la lira de Homero,
pero sin cuerdas sangrientas.

Fr. 34

Μακαρίζομέν σε, τέττιξ,
ὅτε δενδρέων ἐπ' ἄκρων
ὀλίγην δρόσον πεπωκώς
βασιλεὺς ὅπως ἀείδεις.

σὰ γάρ ἐστι κεῖνα πάντα,
ὁπόσα βλέπεις ἐν ἀγροῖς
†κοπόσα† φέρουσιν ὗλαι.

σὺ δὲ φείδεαι γεωργῶν,
ἀπὸ μηδενός τι βλάπτων·
σὺ δὲ τίμιος βροτοῖσιν,
θέρεος γλυκὺς προφήτης.
φιλέουσι μέν σε Μοῦσαι,
φιλέει δὲ Φοῖβος αὐτός,
λιγυρὴν δ' ἔδωκεν οἴμην·

La cigarra

¡Qué feliz eres, cigarra,
cuando en la copa del árbol
bebes gotas de rocío,
como una reina, cantando!

Tuyos son los nuevos brotes:
todos cuantos dan las plantas
y contemplas en los campos.

Amiga del labrador,
a nadie produces daño.
Apreciada por los hombres,
dulce nuncio del verano,
las Musas te quieren bien,
y el mismo brillante Apolo
te dio el melodioso canto.

τὸ δὲ γῆρας οὔ σε τείρει.
σοφέ, γηγενής, φίλυμνε,
ἀπαθής, ἀναιμόσαρκε·
σχεδὸν εἶ θεοῖς ὅμοιος.

Ese honor es tu custodia,
ser arrullador y sabio.
Eres impasible, etérea,
y casi a un dios te comparo.

FR. 44

Τὸ ῥόδον τὸ τῶν Ἐρώτων
μίξωμεν Διονύσωι·

τὸ ῥόδον τὸ καλλίφυλλον
κροτάφοισιν ἁρμόσαντες
πίνωμεν ἁβρὰ γελῶντες.

ῥόδον ὦ φέριστον ἄνθος,
ῥόδον εἴαρος μέλημα,
ῥόδα καὶ θεοῖσι τερπνά,
ῥόδον ὧι παῖς ὁ Κυθήρης
στέφεται καλοὺς ἰούλους
Χαρίτεσσι συγχορεύων·

στέψον οὖν με, καὶ λυρίξω
παρὰ σοῖς Διόνυσε σηκοῖς

La rosa de los Amores

Enlacemos con Dioniso
la rosa de los Amores.

Con sus pétalos hermosos
adornando nuestras sienes,
bebamos y sonriamos.

Rosa, flor inimitable,
mimo de la primavera,
regocijo de los dioses,
con que el niño de Afrodita
corona su lindo pelo
cuando baila con las Gracias.

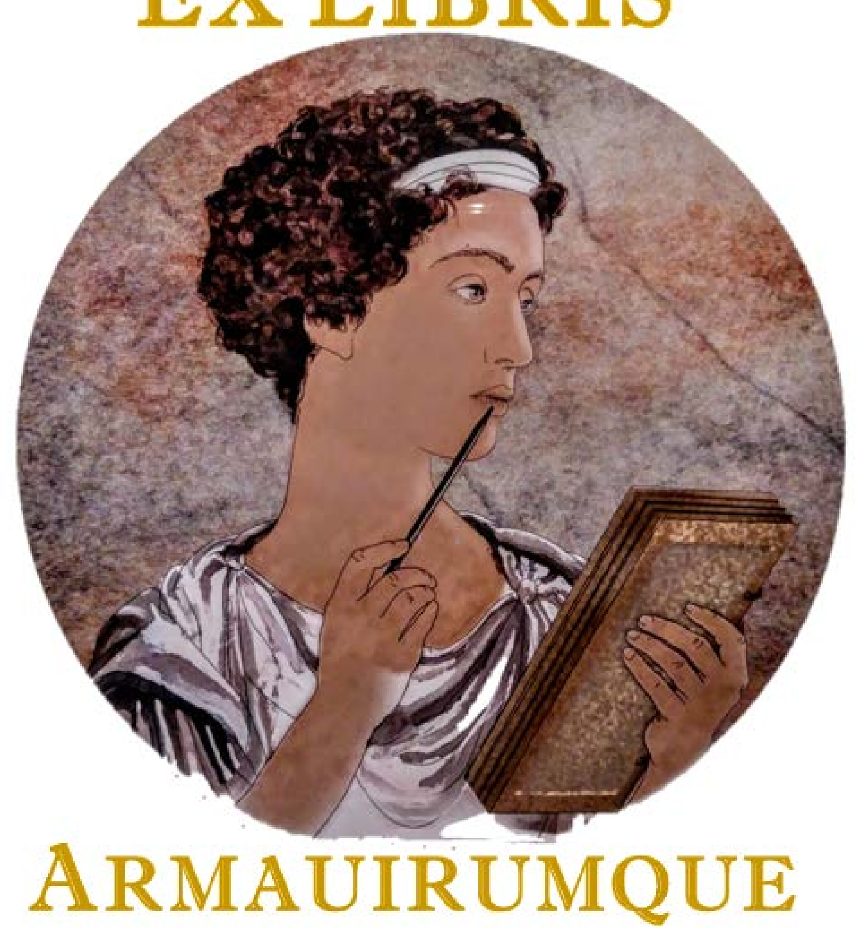
Coróname tú, Dioniso,
mientras canto con mi lira,

μετὰ κούρης βαθυκόλπου
ῥοδίνοισι στεφανίσκοις
πεπυκασμένος χορεύσω.

junto a tu templo, bailando
entre guirnaldas de rosas,
con moza de grandes senos.

Catulo
(c. 87-54 a.C.)





CARM. 3

Lugete, o Veneres Cupidinesque,
et quantumst hominum venustiorum!
passer mortuus est meae puellae,
passer, deliciae meae puellae,
quem plus illa oculis suis amabat:

nam mellitus erat suamque norat
ipsam tam bene quam puella matrem,
nec sese a gremio illius movebat,
sed circumsiliens modo huc modo illuc
ad solam dominam usque pipiabat.

qui nunc it per iter tenebricosum
illuc, unde negant redire quemquam.
at vobis male sit, malae tenebrae
Orci, quae omnia bella devoratis:

El pajarito muerto

Llorad, oh Venus y Cupidos, todos
cuantos tenéis un corazón sensible.
Ha muerto el pajarito de mi amada.
Hacía las delicias de mi amada,
que lo quería más que a sus pupilas.

Era como la miel, y estaba siempre
como una niña con su propia madre:
no se alejaba nunca de sus brazos,
sino que, retozando acá y allá,
sólo a su dueña sin cesar piaba.

Y ahora va por caminos de negrura.
a la región de donde nadie vuelve.
Malditas seáis, negras tinieblas de Orco,
que devoráis todas las cosas bellas.

tam bellum mihi passerem abstulistis.
o factum male, quod, miselle passer,
tua nunc opera meae puellae
flendo turgiduli rubent ocelli!

¡Me arrebatáis un pájaro tan tierno!
¡Ay, qué desdicha, pobrecito pájaro!
Por ti se inflaman y se ponen rojos
de llanto los ojitos de mi amada.

CARM. 5

Vivamus, mea Lesbia, atque amemus,
rumoresque senum severiorum
omnes unius aestimemus assis.
soles occidere et redire possunt:
nobis, cum semel occidit brevis lux,
nox est perpetua una dormienda.
da mi basia mille, deinde centum,
dein mille altera, dein secunda centum,
deinde usque altera mille, deinde centum.
dein, cum milia multa fecerimus,
conturbabimus illa, ne sciamus,
aut nequis malus invidere possit,
cum tantum sciat esse basiorum.

A Lesbia

Ven y vivamos, Lesbia mía, amémonos,
que las censuras de los viejos graves
juntas no tienen ni el valor de un céntimo.
Tras el ocaso, el sol renace; en cambio
tú y yo, tras esta breve luz, tendremos
que dormitar en una eterna noche.
Dame mil besos, luego ciento, luego
otros mil besos, y después cien más;
luego otros mil, y todavía ciento.
Cuando contemos numerosos miles,
olvidaremos para no saberlos
-del maleficio de la envidia a salvo-
cuántos y cuántos fueron nuestros besos.

CARM. 51

Ille mi par esse deo videtur,
ille, si fas est, superare divos,
qui sedens adversus identidem te
spectat et audit

dulce ridentem, misero quod omnes
eripit sensus mihi: nam simul te,
Lesbia, aspexi, nihil est super mi
<vocis in ore;>

lingua sed torpet, tenuis sub artus
flamma demanat, sonitu suopte
tintinant aures geminae, teguntur
lumina nocte.

Imitación de Safo

Parece un dios aquél -y más incluso,
si lo permiten, que los mismos dioses-
que está sentado frente a ti y escucha
y te contempla

cuando sonríes con dulzor, robando
todo el sentido de mi pobre alma;
pues, si te miro, Lesbia, ya no tengo
<voz en la boca,>

duerme mi lengua, por mi cuerpo corre
un tenue fuego, mis oídos zumban,
se extiende el velo de una doble noche
sobre mis ojos.

otium, Catulle, tibi molestumst:
otio exsultas nimiumque gestis:
otium et reges prius et beatas
perdidit urbes.

Catulo, el ocio te dará problemas,
porque te excita demasiado el ocio;
antes que a ti, deshizo el ocio a reyes
        y altas ciudades.

VIRGILIO
(70-19 A.C.)

Ecl. 4. 1-17

Sicelides Musae, paulo maiora canamus!
non omnis arbusta iuuant humilesque myricae;
si canimus siluas, siluae sint consule dignae.

Vltima Cumaei uenit iam carminis aetas;
magnus ab integro saeclorum nascitur ordo.
iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna,
iam noua progenies caelo demittitur alto.
tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
desinet ac toto surget gens aurea mundo,
casta faue Lucina: tuus iam regnat Apollo.

teque adeo decus hoc aeui, te consule, inibit,
Pollio, et incipient magni procedere menses;
te duce, si qua manent sceleris uestigia nostri,
inrita perpetua soluent formidine terras.

La nueva Edad de Oro

¡Oh Musas de Sicilia, cantemos cosas algo más brillantes!
No todos gustan de las arboledas y el tamarindo humilde.
Si cantamos las selvas, que las selvas sean dignas de un cónsul.

La última Edad, según la profecía de Cumas, ha llegado.
La gran hilera de los siglos surge, como por vez primera.
Vuelve también la Virgen. Vuelve también el reino de Saturno.
Se nos envía de los altos cielos una nueva progenie.
A ese niño que nace, con quien terminará la Edad de Hierro
y empezará una nueva Edad de Oro sobre la faz del mundo,
acógelo, casta Lucina, ahora: ya está reinando Apolo.

Es en tu consulado, Polión, justo en el tuyo, cuando llega
tal gloria de los tiempos y empiezan a avanzar los grandes meses.
Bajo tu guía, si es que alguna huella queda de nuestras faltas,
se borrará, librando así a las tierras de su perpetuo espanto.

ille deum uitam accipiet diuisque uidebit
permixtos heroas et ipse uidebitur illis,
pacatumque reget patriis uirtutibus orbem.

Él gozará la vida de los dioses, y verá que los héroes
se mezclan con los dioses; y él, a su vez, será visto por ellos.
Y el orbe regirá, pacificado por la virtud del padre.

GEORG. 1, 125-146

ante Iouem nulli subigebant arua coloni:
ne signare quidem aut partiri limite campum
fas erat; in medium quaerebant, ipsaque tellus
omnia liberius nullo poscente ferebat.
ille malum uirus serpentibus addidit atris
praedarique lupos iussit pontumque moueri,
mellaque decussit foliis ignemque remouit
et passim riuis currentia uina repressit,
ut uarias usus meditando extunderet artis
paulatim, et sulcis frumenti quaereret herbam,
ut silicis uenis abstrusum excuderet ignem.
tunc alnos primum fluuii sensere cauatas;
nauita tum stellis numeros et nomina fecit
Pleiadas, Hyadas, claramque Lycaonis Arcton.
tum laqueis captare feras et fallere uisco
inuentum et magnos canibus circumdare saltus;

Después de la Edad de Oro

Antes de Júpiter, ningún colono laboraba la tierra;
ni tan siquiera dividir los campos o marcarlos con lindes
se permitía: todo era de todos, y hasta el mismo terruño
-sin pedírselo nadie- repartía sus frutos libremente.
Júpiter dio a las tenebrosas sierpes el maligno veneno,
hizo que fuera salteador el lobo, y que el mar se agitara;
desalojó las mieles de las hojas, puso el fuego a recaudo,
y eliminó los vinos que aquí y allá corrían a raudales;
para que, poco a poco, fueran surgiendo las distintas técnicas
tras reflexión y práctica: buscando entre los surcos las espigas,
sacando el fuego en las profundas venas del pedernal oculto.
Empezaron los ríos a recibir los ahuecados álamos,
comenzó el marinero ya a contar, ya a dar nombre a las estrellas:
Pléyades, Híades, brillante Osa Mayor de Licaón.
Se aprendió entonces a cazar con lazos animales campestres,
a engañarlos con liga y a batir grandes sotos con los perros.

atque alius latum funda iam uerberat amnem
alta petens, pelagoque alius trahit umida lina.
tum ferri rigor atque argutae lammina serrae
(nam primi cuneis scindebant fissile lignum),
tum uariae uenere artes. labor omnia uicit
improbus et duris urgens in rebus egestas.

Y unos, buscando el fondo, azotan con la red el ancho río;
y otros del seno de la mar retiran ya sus hilos mojados.
Y entonces descubrieron la dureza del hierro, y la mordida
de la estridente sierra (los primitivos empleaban cuñas);
y las distintas técnicas vinieron. Y el trabajo incansable
lo venció todo, y la escasez que incita cuando el hado es adverso.

GEORG. 2, 458-474

O fortunatos nimium, sua si bona norint,
agricolas! quibus ipsa procul discordibus armis
fundit humo facilem uictum iustissima tellus.

si non ingentem foribus domus alta superbis
mane salutantum totis uomit aedibus undam,
nec uarios inhiant pulchra testudine postis
inlusasque auro uestis Ephyreiaque aera,
alba neque Assyrio fucatur lana ueneno,
nec casia liquidi corrumpitur usus oliui;

at secura quies et nescia fallere uita,
diues opum uariarum, at latis otia fundis,
speluncae uiuique lacus, at frigida tempe
mugitusque boum mollesque sub arbore somni
non absunt; illic saltus ac lustra ferarum

Afortunados labradores

¡Qué dichosos serían los labradores si saber pudieran
todo lo que poseen! Lejos de la discordia de las armas,
con justicia reciben fácil sustento de la tierra misma.

No tienen casas de soberbias puertas, que vomiten ingentes
olas de visitantes matinales por todos los rincones,
ni codician las jambas irisadas de precioso carey,
ni los vestidos recamados de oro, ni los bronces de Éfira,
ni tiñen sus tejidos de alba lana con el pigmento asirio,
ni usan el claro aceite desvirtuándolo con la canela.

Pero la paz tranquila, y una vida que no sabe de engaños,
rica en obras diversas, no les falta; ni el ocio en sus dominios,
ni las cuevas, los lagos de aguas vivas, la frescura del valle,
el mugir de las vacas, los blandos sueños al amor de un árbol.
Allí se encuentran sotos y guaridas de animales campestres,

et patiens operum exiguoque adsueta iuuentus,
sacra deum sanctique patres; extrema per illos
Iustitia excedens terris uestigia fecit.

y una paciente juventud, que sabe de estrecheces y esfuerzos,
sacrificio a los dioses y respeto a los padres. La Justicia,
al marchar de las tierras, dejó en ellos sus últimos vestigios.

AEN. 2, 201-224

Laocoon, ductus Neptuno sorte sacerdos,
sollemnis taurum ingentem mactabat ad aras.
ecce autem gemini a Tenedo tranquilla per alta
(horresco referens) immensis orbibus angues
incumbunt pelago pariterque ad litora tendunt;
pectora quorum inter fluctus arrecta iubaeque
sanguineae superant undas, pars cetera pontum
pone legit sinuatque immensa uolumine terga.
fit sonitus spumante salo; iamque arua tenebant
ardentisque oculos suffecti sanguine et igni
sibila lambebant linguis uibrantibus ora.
diffugimus uisu exsangues. illi agmine certo
Laocoonta petunt; et primum parua duorum
corpora natorum serpens amplexus uterque
implicat et miseros morsu depascitur artus;
post ipsum auxilio subeuntem ac tela ferentem

Laocoonte

Laocoonte, designado sacerdote -por suertes- de Neptuno,
ante el ara solemne sacrificaba un gigantesco toro.
He aquí que, desde Ténedos, atravesando los tranquilos mares
(me horrorizo al narrarlo), dos serpientes, con inmensos anillos,
se tienden sobre el piélago, y juntas se dirigen a la orilla.
El pecho erguido sobre el oleaje, rebasaban las olas
con sus crestas sanguíneas; y la parte de atrás iba enroscándose,
por dentro de las aguas, cuando ondulaban sus inmensos cuerpos.
Suena el agua espumosa: ya habían alcanzado la ribera,
donde, inyectándose de sangre y fuego sus abrasantes ojos,
lamían con sus lenguas tremulentas sus sibilantes bocas.
Ante aquella visión, huimos exangües. Ellas, directamente,
se dirigen al sitio donde estaba Laocoonte, y rodeando
las dos serpientes los pequeños cuerpos de sus dos pobres hijos,
aprietan y devoran de un mordisco sus desgraciados miembros;
y luego se encarnizan en el propio Laocoonte, que con dardos

corripiunt spirisque ligant ingentibus; et iam
bis medium amplexi, bis collo squamea circum
terga dati superant capite et ceruicibus altis.
ille simul manibus tendit diuellere nodos
perfusus sanie uittas atroque ueneno,
clamores simul horrendos ad sidera tollit:
qualis mugitus, fugit cum saucius aram
taurus et incertam excussit ceruice securim.

acudía a ayudarles, y le sujetan con enormes roscas.
Tras de darle dos vueltas por el cuello y otras dos por el torso
con su escamoso cuerpo, se elevan por encima sus cabezas
y sus altas cervices. Él intentaba deshacer los nudos,
y rezumaban sus sagradas cintas baba y negro veneno.
Al mismo tiempo, alzaba hasta los cielos unos gritos horribles,
cual mugidos de un toro vulnerado, que se escapa del ara
mientras sacude de su cuello el hacha que no ha sido certera.

AEN. 4, 682-705

‘exstinxti te meque, soror, populumque patresque
Sidonios urbemque tuam. date, uulnera lymphis
abluam et, extremus si quis super halitus errat,
ore legam.’ sic fata gradus euaserat altos,
semianimemque sinu germanam amplexa fouebat
cum gemitu atque atros siccabat ueste cruores.
illa grauis oculos conata attollere rursus
deficit; infixum stridit sub pectore uulnus.
ter sese attollens cubitoque adnixa leuauit,
ter reuoluta toro est oculisque errantibus alto
quaesiuit caelo lucem ingemuitque reperta.
Tum Iuno omnipotens longum miserata dolorem
difficilisque obitus Irim demisit Olympo
quae luctantem animam nexosque resolueret artus.
nam quia nec fato merita nec morte peribat,
sed misera ante diem subitoque accensa furore,

La muerte de Dido

«Te has dado muerte, y me la das, hermana; y también a tu pueblo,
y a los Padres Sidonios, y a tu ciudad... Dejad que sus heridas
las lave yo con agua: si sobrevuela algún postrer aliento,
lo aspirarán mis labios.» Diciendo así, las altas gradas sube
y cobija a su hermana medio muerta, apretándola fuerte
con un gemido, y con su ropa empapa negros chorros de sangre.
Dido, intentando levantar los ojos, se desmaya de nuevo;
bajo su pecho, la profunda herida suena con estridores.
Tres veces se levanta: se incorpora, se apoya sobre el codo;
tres veces se derrumba sobre el lecho; y, con ojos errantes,
pide una luz al alto cielo, y gime cuando ya la ha encontrado.
Y Juno omnipotente, compadeciéndose de un fin tan duro
y de tan largo sufrimiento, envía desde el Olimpo a Iris
para librar al alma agonizante de los lazos del cuerpo.
Pues ya que no moría por el hado, ni de una muerte justa,
sino infeliz y antes de tiempo, a causa de un arrebato súbito,

nondum illi flauum Proserpina uertice crinem
abstulerat Stygioque caput damnauerat Orco.
ergo Iris croceis per caelum roscida pennis
mille trahens uarios aduerso sole colores
deuolat et supra caput astitit. 'hunc ego Diti
sacrum iussa fero teque isto corpore soluo':
sic ait et dextra crinem secat, omnis et una
dilapsus calor atque in uentos uita recessit.

no le había cortado Proserpina su dorado cabello,
ni consagrado aún al Orco Estigio su cabeza. Volando
a través de los cielos, húmeda de rocío, llega Iris
-sus alas de azafrán del sol sacaban mil diversos colores-
y se detiene sobre su cabeza. «A Plutón te consagro;
y, por orden de Juno, te libro de los lazos de tu cuerpo.»
Así dice, y su mano corta el cabello, y al instante cesa
todo el calor de Dido, y, en el aire, se diluye su vida.

AEN. 8, 585-596

Iamque adeo exierat portis equitatus apertis
Aeneas inter primos et fidus Achates,
inde alii Troiae proceres; ipse agmine Pallas
it medio chlamyde et pictis conspectus in armis,
qualis ubi Oceani perfusus Lucifer unda,
quem Venus ante alios astrorum diligit ignis,
extulit os sacrum caelo tenebrasque resoluit.
stant pauidae in muris matres oculisque sequuntur
pulueream nubem et fulgentis aere cateruas.
olli per dumos, qua proxima meta uiarum,
armati tendunt; it clamor, et agmine facto
quadripedante putrem sonitu quatit ungula campum.

Con trepidante galopar

Ya la caballería atravesaba las puertas: iba al frente
el propio Eneas con el fiel Acates, y otros jefes de Troya
les seguían. Y en medio de las filas iba también Palante,
que la atención llamaba por su clámide y sus pintadas armas,
como cuando saliendo de las aguas del dilatado Océano
la estrella Lucifer, que estima Venus más que a todos los astros,
muestra en el cielo su sagrado rostro, rompiendo las tinieblas.
Tiemblan las madres junto a las murallas, y siguen con los ojos
la polvorosa nube y el escuadrón que fulge con el bronce.
Marchan armados por los matorrales, que acortan el camino.
Pronto surge un clamor. Y los caballos, en fila de combate,
con trepidante galopar golpean el polvoriento campo.

HORACIO
(65-8 A.C.)

CARM. 1, 11

Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi
finem di dederint, Leuconoe, nec Babylonios
temptaris numeros. ut melius, quidquid erit, pati.
seu pluris hiemes seu tribuit Iuppiter ultimam,
quae nunc oppositis debilitat pumicibus mare
Tyrrhenum: sapias, vina liques, et spatio brevi
spem longam reseces. dum loquimur, fugerit invida
aetas: carpe diem quam minimum credula postero.

Carpe diem

No preguntes -no es lícito- los plazos que a ti, que a mí, Leucónoe,
nos han dado los dioses, ni consultes las tablas babilonias.
¡Cuánto mejor es recibir con calma cualquier cosa que ocurra!
Quizás muchos inviernos, o quizás uno solo, guarda Júpiter
para domar en los acantilados al bravo mar Tirreno.
Bebe tu vino, y en el breve espacio de la vida no pongas
una larga esperanza. Mientras hablamos, envidioso, el tiempo
huye: goza el ahora, y no confíes mucho en el mañana.

Carm. 2, 10

Rectius vives, Licini, neque altum
semper urgendo neque, dum procellas
cautus horrescis, nimium premendo
litus iniquum.

auream quisquis mediocritatem
diligit, tutus caret obsoleti
sordibus tecti, caret invidenda
sobrius aula.

saepius ventis agitatur ingens
pinus et celsae graviore casu
decidunt turres feriuntque summos
fulgura montis.

A Licinio

Mejor, Licinio, vivirás, ni siempre
buscando el seno de la mar, ni mientras
temes sus olas, demasiado amando
costas abruptas.

Quien la dorada medianía quiere
vive apartado de ruinoso techo,
y de palacios envidiados huye,
sobrio y seguro.

Con gran frecuencia el orgulloso pino
es por los vientos azotado, y torres
inmensas caen, y los rayos hieren
montes altísimos.

sperat infestis, metuit secundis
alteram sortem bene praeparatum
pectus: informis hiemes reducit
        Iuppiter, idem

submovet; non, si male nunc, et olim
sic erit: quondam cithara tacentem
suscitat Musam neque semper arcum
        tendit Apollo.

rebus angustis animosus atque
fortis adpare, sapienter idem
contrahes vento nimium secundo
        turgida vela.

El corazón disciplinado espera
de adversidad, y de fortuna teme,
suerte distinta; que, aunque crudo invierno
Júpiter trajo,

él se lo lleva. No es igual mañana
que ahora. Sólo alguna vez la cítara
Musas despierta, que no siempre el arco
ténsalo Apolo.

En los agobios animoso muéstrate,
y sabiamente las hinchadas velas
recoge, cuando demasiado sople
próspero viento.

CARM. 2, 14

Eheu fugaces, Postume, Postume,
labuntur anni nec pietas moram
rugis et instanti senectae
adferet indomitaeque morti,

non si trecenis quotquot eunt dies,
amice, places inlacrimabilem
Plutona tauris, qui ter amplum
Geryonen Tityonque tristi

conpescit unda, scilicet omnibus,
quicumque terrae munere vescimur,
enaviganda, sive reges
sive inopes erimus coloni.

A Póstumo

¡Ay, Póstumo, los años se deslizan
sin detenerse, y no podrán las súplicas
retardar las arrugas, ni el asalto
de la vejez, ni la indomable muerte!

Ni con trescientos toros cada día
aplacarás, amigo, al insensible
Plutón, que cerca con su triste lago
al triforme Gerión y al fiero Ticio.

Allí navegaremos sin remedio
todos cuantos tomamos de la tierra
los dulces frutos, ya seamos reyes,
ya solamente pobres campesinos.

frustra cruento Marte carebimus
fractisque rauci fluctibus Hadriae,
frustra per autumnos nocentem
corporibus metuemus Austrum:

visendus ater flumine languido
Cocytos errans et Danai genus
infame damnatusque longi
Sisyphus Aeolides laboris,

linquenda tellus et domus et placens
uxor, neque harum quas colis arborum
te praeter invisas cupressos
ulla brevem dominum sequetur.

absumet heres Caecuba dignior
servata centum clavibus et mero
tinguet pavimentum superbo,
pontificum potiore cenis.

En vano huiremos al sangriento Marte
y al embate feroz del ronco Adriático,
y en vano escaparemos en otoño
al Austro que los cuerpos debilita.

Hemos de ver las perezosas aguas
del errante Cocito, y a la infame
descendencia de Dánao, y al eólida
Sísifo, condenado a esfuerzo eterno.

Dejarás tierra, casa y complaciente
mujer; y ni uno solo de tus árboles
te seguirá, terrateniente efímero,
como no sea algún ciprés odioso.

Tus herederos gozarán un día,
mejor que tú, del bien guardado Cécubo,
regando el suelo con el vino puro
que supera al que ofrecen los pontífices.

CARM. 3, 1

Odi profanum volgus et arceo.
favete linguis: carmina non prius
audita Musarum sacerdos
virginibus puerisque canto.

regum timendorum in proprios greges,
reges in ipsos imperium est Iovis,
clari Giganteo triumpho,
cuncta supercilio moventis.

est ut viro vir latius ordinet
arbusta sulcis, hic generosior
descendat in campum petitor,
moribus hic meliorque fama

Versos nunca oídos

Odio al vulgo ignorante: lo rechazo.
¡Guardad silencio! Versos nunca oídos
yo, sumo sacerdote de las Musas,
canto para los niños y las vírgenes.

Tienen el mando los temibles reyes
sobre su grey; sobre los reyes, Júpiter,
vencedor clamoroso de Gigantes,
que con el ceño mueve todo el orbe.

Los árboles se plantan en los surcos
en formas varias. Hay quien, por nobleza,
es elegible como magistrado;
otro, por sus costumbres y su fama;

contendat, illi turba clientium
sit maior: aequa lege Necessitas
sortitur insignis et imos,
omne capax movet urna nomen.

destrictus ensis cui super inpia
cervice pendet, non Siculae dapes
dulcem elaborabunt saporem,
non avium citharaeque cantus
somnum reducent: somnus agrestium
lenis virorum non humilis domos
fastidit umbrosamque ripam,
non Zephyris agitata tempe.

desiderantem quod satis est neque
tumultuosum sollicitat mare
nec saevus Arcturi cadentis
impetus aut orientis Haedi,
non verberatae grandine vineae
fundusque mendax, arbore nunc aquas
culpante, nunc torrentia agros
sidera, nunc hiemes iniquas.

otro, por la abundancia de clientes.
Pero el destino, con iguales reglas,
sortea a los pequeños y a los grandes:
en su gran rueda están todos los nombres.

Aquéllos sobre cuya nuca impía
pende una espada, ni en los más suaves
manjares de Sicilia hallarán gozo,
ni en el canto del ave ni en la cítara
el dulce sueño. El sueño de los hombres
sencillos no desdeña, sin embargo,
la humilde casa o la ribera umbría,
ni el valle acariciado por los Céfiros.

Al que tan sólo aspira a lo preciso,
no le inquieta la mar tumultuosa,
ni el ímpetu furioso del poniente
y adverso Arturo, o las nacientes Pléyades;
ni el granizo que azota los viñedos,
ni el campo infructuoso por las lluvias
que repudren los árboles, o el clima
de abrasante calor, o el crudo invierno.

contracta pisces aequora sentiunt
iactis in altum molibus: huc frequens
        caementa demittit redemptor
                cum famulis dominusque terrae
fastidiosus; sed Timor et Minae
scandunt eodem quo dominus, neque
        decedit aerata triremi et
                post equitem sedet atra Cura.
quodsi dolentem nec Phrygius lapis
nec purpurarum sidere clarior
        delenit usus nec Falerna
                vitis Achaemeniumque costum,
cur invidendis postibus et novo
sublime ritu moliar atrium?
        cur valle permutem Sabina
                divitias operosiores?

Sienten los peces que la mar se estrecha
por los bloques lanzados sobre el agua.
Allá va la argamasa que le arrojan
los constructores y el señor cansado
ya de la tierra firme. Pero el miedo,
la finta, sube adonde está el señor;
y la negra inquietud, como un jinete,
o como nave de espolón de bronce,
sigue tras él. Y, si ni el mármol frigio,
ni el uso rutilante de la púrpura,
ni los ungüentos persas, ni las vides
falernas dan consuelo a los que sufren,
¿para qué quiero un elevado pórtico
que cause envidia, y en el nuevo estilo?
¿Por qué cambiar mi valle de Sabina
por más riquezas y desasosiegos?

Carm. 3, 30

Exegi monumentum aere perennius
regalique situ pyramidum altius,
quod non imber edax, non aquilo impotens
possit diruere aut innumerabilis
annorum series et fuga temporum.
non omnis moriar multaque pars mei
vitabit Libitinam: usque ego postera
crescam laude recens, dum Capitolium
scandet cum tacita virgine pontifex:
dicar, qua violens obstrepit Aufidus
et qua pauper aquae Daunus agrestium
regnavit populorum, ex humili potens
princeps Aeolium carmen ad Italos
deduxisse modos. sume superbiam
quaesitam meritis et mihi Delphica
lauro cinge volens, Melpomene, comam.

Non omnis moriar

Acabé un monumento más durable que el bronce,
más alto que la cámara real de las pirámides.
Ni la lluvia voraz, ni el aquilón furioso,
ni la hilera infinita de los años -o el tiempo
con su veloz carrera- lograrán derribarlo.
No moriré del todo: lo mejor de mí mismo
burlará a Libitina. Creceré siempre nuevo
en la futura gloria, mientras al Capitolio
con la virgen callada el Pontífice suba.
Me nombrarán por donde bulle el áspero Ofanto
y donde -en tierras áridas, sobre pueblos agrestes-
llegó Dauno a reinar, surgiendo de la nada,
porque he sido el primero que puso el verso eólico
en los moldes latinos. Recibe con orgullo
el fruto de tu esfuerzo, oh Melpómene, y ciñe
benévola mis sienes con el laurel de Apolo.

EPOD. 2

Beatus ille qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium,
paterna rura bobus exercet suis
solutus omni faenore

neque excitatur classico miles truci
neque horret iratum mare
forumque vitat et superba civium
potentiorum limina.

ergo aut adulta vitium propagine
altas maritat populos
aut in reducta valle mugientium
prospectat errantis greges

Beatus ille

Dichoso aquél que vive, lejos de los negocios,
como la antigua grey de los mortales;
y, con sus propios bueyes, labra el campo paterno,
libre del interés y de la usura.

No le despierta el fiero toque de la trompeta,
ni le aterra la mar embravecida;
y esquiva el foro público, y el umbral altanero
de las aristocráticas mansiones.

Enlaza, sabiamente, los elevados álamos
con el pujante brote de las vides;
o, en apartado valle, vigila los rebaños
de las reses que mugen y campean;

inutilisque falce ramos amputans
        feliciores inserit
aut pressa puris mella condit amphoris
        aut tondet infirmas ovis.

vel cum decorum mitibus pomis caput
        Autumnus agris extulit,
ut gaudet insitiva decerpens pira
        certantem et uvam purpurae,

qua muneretur te, Priape, et te, pater
        Silvane, tutor finium.
libet iacere modo sub antiqua ilice,
        modo in tenaci gramine:

labuntur altis interim ripis aquae,
        queruntur in silvis aves
fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
        somnos quod invitet levis.

at cum tonantis annus hibernus Iovis
        imbris nivisque conparat,
aut trudit acris hinc et hinc multa cane
        apros in obstantis plagas

o poda con su hoz las inútiles ramas,
trasplantando las más reverdecidas;
o pone en limpios cántaros las estrujadas mieles,
o trasquila a las tímidas ovejas.

Y cuando alza el otoño su cabeza en los campos,
ornada con los frutos más suaves,
¡cómo goza cogiendo las injertadas peras
y unas uvas más rojas que la púrpura

para obsequiarte a ti, Príapo, y a ti, Padre
Silvano, protector de sus linderos!
Le gusta descansar bajo la vieja encina,
o en el tupido césped de algún prado;

mientras, las aguas corren por sus cauces profundos,
los pájaros se quejan en los bosques
y las fuentes murmuran en sus manantiales,
invitando a una leve somnolencia.

Y cuando el crudo invierno de Júpiter tonante
aguaceros y nieve nos depara,
empuja hacia las redes con una gran jauría,
de aquí y de allá, a los fieros jabalíes;

aut amite levi rara tendit retia
turdis edacibus dolos
pavidumque leporem et advenam laqueo gruem
iucunda captat praemia.

quis non malarum quas amor curas habet
haec inter obliviscitur?
quodsi pudica mulier in partem iuvet
domum atque dulcis liberos,

Sabina qualis aut perusta solibus
pernicis uxor Apuli,
sacrum vetustis exstruat lignis focum
lassi sub adventum viri

claudensque textis cratibus laetum pecus
distenta siccet ubera
et horna dulci vina promens dolio
dapes inemptas adparet:

non me Lucrina iuverint conchylia
magisve rhombus aut scari,
siquos Eois intonata fluctibus
hiems ad hoc vertat mare,

o extiende claras mallas con una breve pértiga
para atrapar a los voraces tordos;
o a la asustada liebre, y a la emigrante grulla,
apresa con el lazo como un triunfo.

Con todas estas cosas, ¿quién hay que no se olvide
de las penosas cuitas del amor?
Es más, si una mujer, atenta y pudorosa,
cuida su casa y a sus dulces hijos,

y, cual una sabina, curtida por el sol
como la esposa de un veloz apulio,
pone los troncos secos en el fuego sagrado
a la llegada del cansado esposo,

y, encerrando el ganado en trenzados apriscos,
deja vacías las repletas ubres,
y, sacando del ánfora más preciada el buen mosto,
le prepara manjares no comprados,

entonces no querrá las ostras del Lucrino,
ni los escaros, ni los rodaballos,
aunque los arrojaran a nuestros propios mares
las tormentas que braman en Oriente;

non Afra avis descendat in ventrem meum,
        non attagen Ionicus
iucundior quam lecta de pinguissimis
        oliva ramis arborum

aut herba lapathi prata amantis et gravi
        malvae salubres corpori
vel agna festis caesa Terminalibus
        vel haedus ereptus lupo.

has inter epulas ut iuvat pastas ovis
        videre properantis domum,
videre fessos vomerem inversum boves
        collo trahentis languido

positosque vernas, ditis examen domus,
        circum renidentis Lares.

haec ubi locutus faenerator Alfius,
        iam iam futurus rusticus,
omnem redegit idibus pecuniam,
        quaerit kalendis ponere.

ni llenarán su vientre las aves africanas,
ni el delicado francolín de Jonia,
ni serán más sabrosos que la fruta escogida
de las cuajadas ramas del olivo,

o plantas de acedera, que crecen en los prados,
y malvas, sanas para el cuerpo enfermo,
o el cordero que inmolan las fiestas Terminales,
o un tierno chivo arrebatado al lobo.

Con esta rica cena, ¡qué grato es contemplar
a las ovejas retornando a casa,
a los pausados bueyes arrastrando el arado
-puesto al revés- con su cansino cuello,

y a los esclavos, signo de una rica familia,
alrededor de los radiantes Lares!

(Cuando dijo estas cosas el usurero Alfio,
que desde ahora un labrador sería,
tomó todo el dinero que recogió en los Idus
y lo prestó de nuevo en las Calendas.)

Tibulo
(c. 55-19 a.C.)

ELEG. 1, 10, 1-16

Quis fuit, horrendos primus qui protulit enses?
　　Quam ferus et vere ferreus ille fuit!
Tum caedes hominum generi, tum proelia nata,
　　Tum brevior dirae mortis aperta via est.
An nihil ille miser meruit, nos ad mala nostra
　　Vertimus, in saevas quod dedit ille feras?
Divitis hoc vitium est auri, nec bella fuerunt,
　　Faginus adstabat cum scyphus ante dapes.
Non arces, non vallus erat, somnumque petebat
　　Securus sparsas dux gregis inter oves.
Tunc mihi vita foret, volgi nec tristia nossem
　　Arma nec audissem corde micante tubam;
Nunc ad bella trahor, et iam quis forsitan hostis
　　Haesura in nostro tela gerit latere.
Sed patrii servate Lares: aluistis et idem,
　　Cursarem vestros cum tener ante pedes.

La paz y la guerra I

¿Quién fue el que levantó por vez primera las terribles espadas?
¡Era también de hierro, y de horrible fiereza!
Con él vinieron guerras y matanzas para el género humano,
y se abrevió el camino de la bárbara muerte.
¿O acaso no es culpable? Torpemente, tal vez, fuimos nosotros
quienes en mal trocamos lo que él nos dio contra salvajes fieras.
Hubo un tiempo sin guerras ni codicias por el oro opulento,
y una copa de haya presidía los sagrados banquetes.
Sin fuertes ni cercados, al sueño salvamente se entregaba
el pastor de la grey, entre ovejas dispersas.
Si viviera esos años, ni las funestas armas de la plebe
ni el sobresalto vil de las trompetas hubiera conocido.
Hoy la guerra me arrastra, y ya quizás un enemigo acecha,
portador de la lanza que ha de clavarse cruel en mi costado.
¡Salvadme, dioses Lares: erais vosotros quienes me cuidabais
cuando, siendo muy niño, a vuestros pies corría!

ELEG. 1, 10, 33-50

Quis furor est atram bellis accersere mortem?
        Inminet et tacito clam venit illa pede.
Non seges est infra, non vinea culta, sed audax
        Cerberus et Stygiae navita turpis aquae;
Illic percussisque genis ustoque capillo
        Errat ad obscuros pallida turba lacus.

Quam potius laudandus hic est, quem prole parata
        Occupat in parva pigra senecta casa.
Ipse suas sectatur oves, at filius agnos,
        Et calidam fesso conparat uxor aquam.

Sic ego sim, liceatque caput candescere canis,
        Temporis et prisci facta referre senem.
Interea pax arva colat. pax candida primum
        Duxit araturos sub iuga curva boves,

La paz y la guerra II

¿Para qué esa locura de incitar con las guerras negra muerte?
Ya está sobre nosotros: con paso quedo viene y a escondidas.
Abajo no hay sembrados, ni fresca vid, sino el feroz Cerbero
y el infame barquero de la laguna Éstige.
Allí, con las mejillas vacías y quemados los cabellos,
vaga por turbios lagos un pálido gentío.

¡Cuánto es más digno de alabanza aquél a quien llega el cansancio
de la vejez en su pequeña choza, junto a sus familiares!
Él va tras sus ovejas, mientras el hijo sigue a los corderos,
y si está fatigado, su mujer le prepara el agua tibia.

Quisiera yo también emblanquecer con canas mi cabeza,
saberme anciano y relatar los hechos de mi vida pasada.
Entre tanto, la paz reine en la tierra: la blanca paz, que puso
bajo sus curvos yugos a los bueyes que aran.

Pax aluit vites et sucos condidit uvae,
    Funderet ut nato testa paterna merum,
Pace bidens vomerque nitent -at tristia duri
    Militis in tenebris occupat arma situs-.

La paz colmó las vides, y reunió los jugos de la uva,
para que, al hijo, el ánfora del padre escanciara su vino.
Brilla en la paz la azada; pero las tristes armas del soldado
yacen entre las sombras, y se velan de herrumbre.

ELEG. 2, 1, 1-20

Quisquis adest, faveat: fruges lustramus et agros,
Ritus ut a prisco traditus extat avo.
Bacche, veni, dulcisque tuis e cornibus uva
Pendeat, et spicis tempora cinge, Ceres.
Luce sacra requiescat humus, requiescat arator,
Et grave suspenso vomere cesset opus.
Solvite vincla iugis: nunc ad praesepia debent
Plena coronato stare boves capite.
Omnia sint operata deo: non audeat ulla
Lanificam pensis inposuisse manum.
Vos quoque abesse procul iubeo, discedat ab aris,
Cui tulit hesterna gaudia nocte Venus.
Casta placent superis: pura cum veste venite
Et manibus puris sumite fontis aquam.
Cernite, fulgentes ut eat sacer agnus ad aras
Vinctaque post olea candida turba comas.

Bendecimos los campos I

Guarden todos silencio: bendecimos las mieses y los campos,
como establece el rito que nos legaron los primeros padres.
Muéstrate, Baco: que la dulce uva se enmarañe en tus cuernos;
y, con espigas de oro, ciñe tus sienes, Ceres.
En el día sagrado, paz a la tierra, paz al labrador;
y, en reposo la esteva, cese el duro trabajo.
Soltad las ataduras de las yuntas: en pesebres repletos
deben pacer, ahora, los bueyes, coronada su cabeza.
Todo sea en honor del dios: ninguna ose poner su mano,
hiladora de lana, sobre la rueca hoy.
Os ordeno también que se mantenga lejos de los altares
aquél a quien, en la pasada noche, goces regaló Venus.
Lo casto agrada a los supremos dioses: con vestidura pura
venid, y en vuestras manos tomad el agua de la fuente viva.
Mirad cómo el cordero consagrado va a los claros altares;
y detrás, con olivo en el cabello, la blanca muchedumbre.

Di patrii, purgamus agros, purgamus agrestes:
        Vos mala de nostris pellite limitibus,
Neu seges eludat messem fallacibus herbis,
        Neu timeat celeres tardior agna lupos.

Bendecimos los campos y bendecimos a los campesinos,
oh dioses patrios: expulsad vosotros el mal de nuestras lindes;
que el terruño no engañe nunca la mies con las falaces hierbas,
ni la tarda cordera tenga temor de los veloces lobos.

Eleg. 2, 1, 37-54

Rura cano rurisque deos. his vita magistris
Desuevit querna pellere glande famem;
Illi conpositis primum docuere tigillis
Exiguam viridi fronde operire domum,
Illi etiam tauros primi docuisse feruntur
Servitium et plaustro subposuisse rotam.

Tum victus abiere feri, tum consita pomus,
Tum bibit inriguas fertilis hortus aquas,
Aurea tum pressos pedibus dedit uva liquores,
Mixtaque securo est sobria lympha mero.

Rura ferunt messes, calidi cum sideris aestu
Deponit flavas annua terra comas.
Rure levis verno flores apis ingerit alveo,
Conpleat ut dulci sedula melle favos.

Bendecimos los campos II

Canto los campos y a sus dioses canto: bajo sus enseñanzas
nos liberamos de calmar el hambre con bellotas de encina.
Ellos, por vez primera, nos enseñaron a entramar los troncos,
y a recubrir la diminuta casa con hojarasca verde.
Ellos también, se dice, quisieron enseñar por vez primera
su tarea a los bueyes, y a colocar la rueda bajo el carro.

No hubo ya más silvestres alimentos: se plantaron frutales,
y las fértiles huertas bebían de las aguas de los riegos.
Pisada en los lagares, daba su mosto la dorada uva,
y se mezclaba luego con agua sobria el enervante vino.

Los campos dan sus mieses en el ardor de la estación estiva,
cuando la tierra inclina sus rubias cabelleras mansamente.
En el campo, la tenue abeja liba flores en primavera,
y ya la dulce miel en sus panales solícita elabora.

Agricola adsiduo primum satiatus aratro
        Cantavit certo rustica verba pede
Et satur arenti primum est modulatus avena
        Carmen, ut ornatos diceret ante deos;

Por vez primera, el labrador, ahíto del arado diario,
cantó con cierto ritmo palabras campesinas;
y, satisfecho, por primera vez, supo entonar un cántico,
con una caña seca, para decirlo ante los bellos dioses.

ELEG. 2, 1, 67-82

Ipse quoque inter agros interque armenta Cupido
Natus et indomitas dicitur inter equas.
Illic indocto primum se exercuit arcu:
Ei mihi, quam doctas nunc habet ille manus!
Nec pecudes, velut ante, petit: fixisse puellas
Gestit et audaces perdomuisse viros.
Hic iuveni detraxit opes, hic dicere iussit
Limen ad iratae verba pudenda senem;
Hoc duce custodes furtim transgressa iacentes
Ad iuvenem tenebris sola puella venit
Et pedibus praetemptat iter suspensa timore,
Explorat caecas cui manus ante vias.
A miseri; quos hic graviter deus urget, at ille
Felix, cui placidus leniter adflat Amor.
Sancte, veni dapibus festis, sed pone sagittas
Et procul ardentes hinc precor abde faces.

Bendecimos los campos III

Hasta el propio Cupido, en medio de los campos y rebaños,
y entre indómitas yeguas, según se dice, tuvo nacimiento.
Allí, por vez primera, se ejercitó en el arco que ignoraba:
¡ay de mí, cuán expertas son ahora sus manos!
Y no animales, como antes, busca: de asaetar muchachas
hace gala, y de haber domesticado a bravíos varones.
Ése arrebató al joven sus riquezas, ése dictó al anciano
ante la puerta de la fierecilla bochornosas palabras.
Bajo su guía, sigilosamente, burlando a los guardianes,
una muchacha, sola, llega en la oscuridad junto a su amado;
sobrecogida por el miedo, explora con sus pies el camino,
y sus manos tantean las tenebrosas calles.
¡Ah, desgraciados los que el dios apremia vivamente, y dichoso
aquél para quien sopla dulcemente el amor!
Augusto ser, ven al festín sagrado; pero deja tus flechas,
y esconde, te lo ruego, lejos de aquí tus férvidas antorchas.

ELEG. 2, 1, 87-90

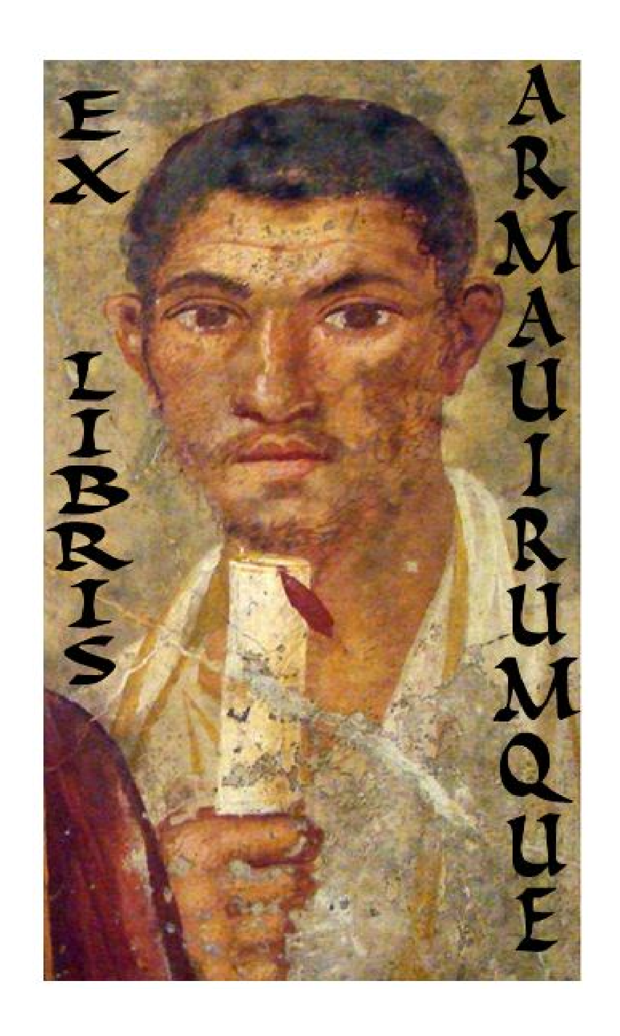
Ludite: iam Nox iungit equos, currumque sequuntur
Matris lascivo sidera fulva choro,
Postque venit tacitus furvis circumdatus alis
Somnus et incerto Somnia nigra pede.

Bendecimos los campos IV

Divertíos: la noche unce ya sus corceles, y persiguen
al carro maternal con loca danza las doradas estrellas.
Y detrás, en silencio y embozado con sus lóbregas alas,
el sueño viene: los ensueños negros, con su paso inseguro.

PROPERCIO

(c. 50-15 a.C.)



ELEG. 2, 27

At vos incertam, mortales, funeris horam
quaeritis, et qua sit mors aditura via;
quaeritis et caelo, Phoenicum inventa, sereno,
quae sit stella homini commoda quaeque mala!
seu pedibus Parthos sequimur seu classe Britannos,
et maris et terrae caeca pericla latent;
rursus et obiectum fles tu caput esse tumultu,
cum Mavors dubias miscet utrimque manus;
praeterea domibus flammam metuisque ruinas,
neu subeant labris pocula nigra tuis.
solus amans novit, quando periturus et a qua
morte, neque hic Boreae flabra neque arma timet.
iam licet et Stygia sedeat sub harundine remex,
cernat et infernae tristia vela ratis:
si modo clamantis revocaverit aura puellae,
concessum nulla lege redibit iter.

Más allá de la muerte, el amor

¡Y preguntáis, mortales, la incierta fecha del cortejo fúnebre,
y por qué vericuetos se acercará la muerte!
¡Y, en el cielo sereno, indagáis con los cálculos Fenicios
cuál es la estrella buena y cuál la estrella mala para el hombre!
Cuando a pie perseguimos a los Partos, y en nave a los Britanos,
duros son y sombríos los caminos del mar y de la tierra.
Y deploramos que nuestra cabeza dependa de las turbas,
cuando entremezcla Marte a los soldados, que confusos contienden.
Y tememos, también, el fuego y la ruina en nuestras casas,
y que llegue a los labios una negra bebida.
Sólo el amante sabe cuándo debe morir, y de qué muerte;
y no teme los soplos del Bóreas ni la guerra.
Y aunque ya esté sentado entre las cañas de la laguna Estigia,
viendo las tristes velas del barco del infierno,
si la voz de la amada le volviera a llamar, retornaría,
recorriendo un camino que la Ley no permite.

ELEG. 3, 2

Carminis interea nostri redeamus in orbem,
gaudeat ut solito tacta puella sono.
Orphea delenisse feras et concita dicunt
flumina Threicia sustinuisse lyra;
saxa Cithaeronis Thebanam agitata per artem
sponte sua in muri membra coisse ferunt;
quin etiam, Polypheme, fera Galatea sub Aetna
ad tua rorantis carmina flexit equos:
miremur, nobis et Baccho et Apolline dextro,
turba puellarum si mea verba colit?
quod non Taenariis domus est mihi fulta columnis,
nec camera auratas inter eburna trabes,
nec mea Phaeacas aequant pomaria silvas,
non operosa rigat Marcius antra liquor;
at Musae comites et carmina cara legenti,
nec defessa choris Calliopea meis.

Más allá de la muerte, la gloria

Volvamos, entretanto, a los dominios de mi propia poesía;
goce ahora mi amada conmovida del son acostumbrado.
Dicen que Orfeo refrenar podía, con su lira de Tracia,
a las fieras salvajes y a los rápidos ríos,
y que, unidas las peñas del Citerón por arte de la música,
formaron por sí solas una muralla en Tebas;
y hasta la esquiva Galatea cantos oyó de Polifemo,
y llevó al pie del Etna sus caballos, salidos de las aguas.
¿Qué de extraño hay entonces en que, si Apolo y Baco son propicios,
un tropel de muchachas admire mis poemas?
Porque mi casa no se apoya en mármoles o columnas de Ténaro,
ni tiene artesonados de marfil entre vigas doradas;
ni mis jardines pueden igualar a los bosques Feacios,
ni el agua Marcia corre por intrincadas grutas;
pero las Musas son mis compañeras, apreciados mis versos,
y se cansa Calíope de danzar en mis coros.

fortunata, meo si qua's celebrata libello!
carmina erunt formae tot monumenta tuae.
nam neque pyramidum sumptus ad sidera ducti,
nec Iovis Elei caelum imitata domus,
nec Mausolei dives fortuna sepulcri
mortis ab extrema condicione vacant.
aut illis flamma aut imber subducet honores,
annorum aut tacito pondere victa ruent.
at non ingenio quaesitum nomen ab aevo
excidet: ingenio stat sine morte decus.

¡Dichosa tú, quienquiera que tú seas, si mi libro te canta!
    Mis poemas serán un testimonio claro de tu figura.
Ni la suntuosidad de las pirámides, alzada a las estrellas,
    ni la mansión de Júpiter en Élide, que es trasunto del cielo,
ni la extrema riqueza del radiante sepulcro de Mausolo
    escapan a la cita postrera de la muerte:
el fuego o la tormenta les robarán un día su arrogancia,
    si al golpe de los años, vencidos por su peso, no se inclinan.
Pero el nombre ganado con el genio no se pierde en el tiempo,
    pues la gloria del genio se prolonga más allá de la muerte.



Ovidio
(43 a.C.-17d.C.)

MET. 1, 89-112

Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo,
sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat.
poena metusque aberant, nec verba minantia fixo
aere legebantur, nec supplex turba timebat
iudicis ora sui, sed erant sine vindice tuti.
nondum caesa suis, peregrinum ut viseret orbem,
montibus in liquidas pinus descenderat undas,
nullaque mortales praeter sua litora norant;
nondum praecipites cingebant oppida fossae;
non tuba derecti, non aeris cornua flexi,
non galeae, non ensis erat: sine militis usu
mollia securae peragebant otia gentes.
ipsa quoque inmunis rastroque intacta nec ullis
saucia vomeribus per se dabat omnia tellus,
contentique cibis nullo cogente creatis
arbuteos fetus montanaque fraga legebant

La Edad de Oro

Vino en primer lugar la Edad de Oro, que, sin garante alguno,
por sí sola, sin leyes, procuraba lo justo y verdadero.
No existían ni el miedo ni el castigo, ni grabadas en bronce
palabras de amenaza; ni temían el rostro de sus jueces
las suplicantes turbas, pues estaban tranquilas, sin garante.
Ningún pino, cortado para explorar países extranjeros,
había descendido aún de los montes a las límpidas aguas,
ni los mortales conocían playas que no fueran las suyas.
Aún no estaban ceñidas las ciudades por escarpados fosos,
y no existía el bronce, curvo o recto, de trompas y trompetas,
ni cascos, ni puñales; y, sin necesidad de gente armada,
podían cultivar sus dulces ocios, sin inquietud, los pueblos.
Y hasta la misma tierra, libre de cargas y jamás herida
por rastrillos y arados, lo regalaba todo por sí sola.
Contentos con los frutos producidos sin exigencia alguna,
tomaban las primicias del madroño, las fresas de los montes,

cornaque et in duris haerentia mora rubetis
et quae deciderant patula Iovis arbore glandes.
ver erat aeternum, placidique tepentibus auris
mulcebant zephyri natos sine semine flores;
mox etiam fruges tellus inarata ferebat,
nec renovatus ager gravidis canebat aristis;
flumina iam lactis, iam flumina nectaris ibant,
flavaque de viridi stillabant ilice mella.

las frutas del cornejo, las moras de los ásperos zarzales
y las bellotas que al azar caían del ancho árbol de Júpiter.
Gozando de una eterna primavera, los apacibles céfiros
con tibia brisa acariciaban flores nacidas sin simiente.
Pero, además, la tierra producía, sin labrar, cereales;
y el campo, sin barbecho, emblanquecía con espigas granadas.
Ya los ríos de leche serpeaban, ya los ríos de néctar;
y rubias mieles iban goteando de la verdosa encina.

Met. 4, 54-166

'Pyramus et Thisbe, iuvenum pulcherrimus alter,
altera, quas Oriens habuit, praelata puellis,
contiguas tenuere domos, ubi dicitur altam
coctilibus muris cinxisse Semiramis urbem.
notitiam primosque gradus vicinia fecit,
tempore crevit amor; taedae quoque iure coissent,
sed vetuere patres: quod non potuere vetare,
ex aequo captis ardebant mentibus ambo.
conscius omnis abest; nutu signisque loquuntur,
quoque magis tegitur, tectus magis aestuat ignis.
fissus erat tenui rima, quam duxerat olim,
cum fieret, paries domui communis utrique.
id vitium nulli per saecula longa notatum
(quid non sentit amor?) primi vidistis amantes
et vocis fecistis iter, tutaeque per illud
murmure blanditiae minimo transire solebant.

Fábula de Píramo y Tisbe

Píramo y Tisbe, el uno el más hermoso de entre todos los jóvenes,
la otra la mejor de las doncellas que tenía el Oriente,
vivían en dos casas contiguas, donde dicen que Semíramis
había rodeado la alta ciudad con muros de ladrillos.
La vecindad les hizo conocerse, dar los primeros pasos.
Luego creció el amor, y se habrían unido legalmente
con la antorcha nupcial. Sus padres lo impidieron; pero nunca
impedir ya podrían que ardieran sus cautivos corazones.
No tienen confidentes: sólo por señas y por gestos hablan;
y, cuanto más lo ocultan, más se enardece el ocultado fuego.
Una delgada grieta, que se había formado al construirse
antaño las dos casas, se interponía en la pared mediana.
Este defecto, que a través de siglos nadie había notado
(¿qué no siente el amor?), a vosotros, amantes, no se oculta.
Vuestras voces hallaron el camino: podían, de este modo,
con un tenue murmullo, pasar a su través vuestros idilios.

saepe, ubi constiterant hinc Thisbe, Pyramus illinc,
inque vices fuerat captatus anhelitus oris,
«invide» dicebant «paries, quid amantibus obstas?
quantum erat, ut sineres toto nos corpore iungi
aut, hoc si nimium est, vel ad oscula danda pateres?
nec sumus ingrati: tibi nos debere fatemur,
quod datus est verbis ad amicas transitus auris.»
talia diversa nequiquam sede locuti
sub noctem dixere «vale» partique dedere
oscula quisque suae non pervenientia contra.
postera nocturnos Aurora removerat ignes,
solque pruinosas radiis siccaverat herbas:
ad solitum coiere locum. tum murmure parvo
multa prius questi statuunt, ut nocte silenti
fallere custodes foribusque excedere temptent,
cumque domo exierint, urbis quoque tecta relinquant,
neve sit errandum lato spatiantibus arvo,
conveniant ad busta Nini lateantque sub umbra
arboris: arbor ibi niveis uberrima pomis,
ardua morus, erat, gelido contermina fonti.
pacta placent; et lux, tarde discedere visa,
praecipitatur aquis, et aquis nox exit ab isdem.
'Callida per tenebras versato cardine Thisbe
egreditur fallitque suos adopertaque vultum

Y, muchas veces, cuando estaban Píramo de un lado y de otro Tisbe,
atesorando mutuamente el hálito de sus bocas, decían:
«Envidiosa pared, ¿por qué te alzas entre los dos amantes?
¿Qué te importa dejar que nos unamos con todo nuestro cuerpo,
o, por lo menos, permitirnos sólo que podamos besarnos?
Pero no somos desagradecidos: por ti, nuestras palabras
han logrado encontrar, lo confesamos, oídos favorables.»
Hablando así, distantes, vanamente, sobrevino la noche;
se dijeron adiós, y cada uno, de una parte y de otra,
lanzó al aire los besos que al otro lado nunca llegarían.
Ya la naciente aurora difuminaba los nocturnos astros,
y el sol secaba la escarchada hierba con sus rayos de fuego,
cuando al lugar acostumbrado fueron a encontrarse. Y entonces,
tras muchas quejas susurradas, piensan burlar a sus guardianes
y salir de sus casas en el silencio de la noche oscura,
y, una vez que estén fuera, salir también de la ciudad; y acuerdan,
para no extraviarse cuando anduvieran por los anchos campos,
darse cita en el túmulo de Nino, y ocultarse a la sombra
del árbol. Era un árbol, lleno de frutos blancos como nieve
(era un alto moral), que estaba cerca de una fresca fontana.
Estos acuerdos toman. Y la luz parecía demorarse;
mas se funde en las aguas, y de las aguas surge al fin la noche.
Hábilmente, a través de las tinieblas, abre la puerta Tisbe.
Sale, burla a los suyos. Rápida, llega hasta la misma tumba,

pervenit ad tumulum dictaque sub arbore sedit.
audacem faciebat amor. venit ecce recenti
caede leaena boum spumantis oblita rictus
depositura sitim vicini fontis in unda;
quam procul ad lunae radios Babylonia Thisbe
vidit et obscurum timido pede fugit in antrum,
dumque fugit, tergo velamina lapsa reliquit.
ut lea saeva sitim multa conpescuit unda,
dum redit in silvas, inventos forte sine ipsa
ore cruentato tenues laniavit amictus.
serius egressus vestigia vidit in alto
pulvere certa ferae totoque expalluit ore
Pyramus; ut vero vestem quoque sanguine tinctam
repperit, «una duos» inquit «nox perdet amantes,
e quibus illa fuit longa dignissima vita;
nostra nocens anima est. ego te, miseranda, peremi,
in loca plena metus qui iussi nocte venires
nec prior huc veni. nostrum divellite corpus
et scelerata fero consumite viscera morsu,
o quicumque sub hac habitatis rupe leones!
sed timidi est optare necem.» velamina Thisbes
tollit et ad pactae secum fert arboris umbram,
utque dedit notae lacrimas, dedit oscula vesti,
«accipe nunc» inquit «nostri quoque sanguinis haustus!»

con el rostro cubierto. Se sienta bajo el árbol convenido.
Alas le dio el amor. Mas he aquí que viene una leona,
con las fauces manchadas por la reciente sangre de unos bueyes,
para apagar su sed cabe las aguas de la fuente vecina.
De lejos, a los rayos de la luna, la babilonia Tisbe
la vio venir, y con medrosos pasos huyó a una oscura cueva,
abandonando al escapar un velo que cayó de su espalda.
Cuando la cruel leona, con el agua abundante, hubo saciado
su sed, regresa al bosque, y halla al azar el delicado velo
sin su dueña, y al punto lo desgarra con su sangrienta boca.
Píramo, que salió más tarde, observa, sobre el espeso polvo,
las huellas de una fiera, y palidece todo su semblante.
Y cuando descubrió también la prenda, teñida en sangre, dijo:
«En una sola noche, perecerán los dos enamorados;
aunque sólo ella era merecedora de una larga vida,
pues mi alma es culpable. Yo te maté, desventurada: hice
que de noche vinieras a estos lugares llenos de amargura,
y no vine el primero. Despedazad mi cuerpo, devorad
a feroces mordiscos mis criminales miembros, oh leones,
todos los que habitáis bajo estas rocas. Pero pedir la muerte
es cosa propia de cobardes.» Luego, toma el velo de Tisbe,
y lo lleva consigo hasta la sombra del árbol convenido.
Y, tras llenar de lágrimas y besos la venerada prenda,
dijo: «Recibe ahora también la bocanada de mi sangre.»

quoque erat accinctus, demisit in ilia ferrum,
nec mora, ferventi moriens e vulnere traxit.
ut iacuit resupinus humo, cruor emicat alte,
non aliter quam cum vitiato fistula plumbo
scinditur et tenui stridente foramine longas
eiaculatur aquas atque ictibus aera rumpit.
arborei fetus adspergine caedis in atram
vertuntur faciem, madefactaque sanguine radix
purpureo tinguit pendentia mora colore.
'Ecce metu nondum posito, ne fallat amantem,
illa redit iuvenemque oculis animoque requirit,
quantaque vitarit narrare pericula gestit;
utque locum et visa cognoscit in arbore formam,
sic facit incertam pomi color: haeret, an haec sit.
dum dubitat, tremebunda videt pulsare cruentum
membra solum, retroque pedem tulit, oraque buxo
pallidiora gerens exhorruit aequoris instar,
quod tremit, exigua cum summum stringitur aura.
sed postquam remorata suos cognovit amores,
percutit indignos claro plangore lacertos
et laniata comas amplexaque corpus amatum
vulnera supplevit lacrimis fletumque cruori
miscuit et gelidis in vultibus oscula figens
«Pyrame,» clamavit, «quis te mihi casus ademit?

Y, con el hierro que llevaba al cinto, perfora su costado,
y lo arranca al instante, moribundo, de la bullente herida,
quedando echado, boca arriba, en tierra. Fuerte la sangre brota,
como cuando una vieja cañería de plomo se quebranta,
y, por sus hendiduras, un estrecho orificio sibilante
lanza chorros de agua, rasgando el aire con sus borbotones.
Los retoños del árbol tomaron con la sangre derramada
unos tintes oscuros; y la raíz, en sangre humedecida,
embarnizó con su color de púrpura a las moras que cuelgan.
He aquí que, con miedo todavía, pero fiel a su amante,
ella vuelve, y al joven con los ojos y con el alma busca,
y arde en deseos de contarle todos los peligros pasados.
Reconoce el lugar, y la forma del árbol; pero duda,
por el color del fruto, y se pregunta si sería ése el árbol.
Y, mientras duda, ve cómo unos miembros temblorosos sacuden
el suelo ensangrentado; da un paso atrás; con palidez verdosa
como el boj en su rostro, siente ya unos temblores semejantes
a los del mar cuando una leve brisa roza su superficie.
Y cuando, recobrándose, reconoce a su amor completamente,
tunde sus brazos con sonoros golpes, creyéndolos indignos;
se mesa los cabellos; abraza el cuerpo amado, y sus heridas
las inunda de lágrimas, mezclando así su llanto con la sangre.
Y, estampando sus besos en aquel rostro helado, gritó luego:
«Ay, Píramo, ¿qué azar o qué destino me ha dejado sin ti?

Pyrame, responde! tua te carissima Thisbe
nominat; exaudi vultusque attolle iacentes!»
ad nomen Thisbes oculos a morte gravatos
Pyramus erexit visaque recondidit illa.
'Quae postquam vestemque suam cognovit et ense
vidit ebur vacuum, «tua te manus» inquit «amorque
perdidit, infelix! est et mihi fortis in unum
hoc manus, est et amor: dabit hic in vulnera vires.
persequar extinctum letique miserrima dicar
causa comesque tui: quique a me morte revelli
heu sola poteras, poteris nec morte revelli.
hoc tamen amborum verbis estote rogati,
o multum miseri meus illiusque parentes,
ut, quos certus amor, quos hora novissima iunxit,
conponi tumulo non invideatis eodem;
at tu quae ramis arbor miserabile corpus
nunc tegis unius, mox es tectura duorum,
signa tene caedis pullosque et luctibus aptos
semper habe fetus, gemini monimenta cruoris.»
dixit et aptato pectus mucrone sub imum
incubuit ferro, quod adhuc a caede tepebat.
vota tamen tetigere deos, tetigere parentes;
nam color in pomo est, ubi permaturuit, ater,
quodque rogis superest, una requiescit in urna.'

Sí, Píramo, respóndeme: es tu adorada Tisbe quien pronuncia
aquí tu nombre, escúchame y levanta tu caída cabeza.»
Justo al nombre de Tisbe, alzó los ojos, gravados por la muerte,
Píramo; y enseguida, después de verla, los cerró de nuevo.
Y cuando ella divisó su prenda y el marfil de la funda,
vacía de su espada, dijo: «¡Tu propia mano te dio muerte:
ella y tu propio amor, desventurado! Tengo yo mano recia,
y también un amor, que me dará mil fuerzas para herirme.
Te seguiré, para que todos digan que he sido yo la causa
más triste -y compañera- de tu muerte. A quien la muerte sólo
-¡ay!- podía arrancarme, ni la muerte podrá ya más quitarme.
Pero una cosa, al menos, os piden nuestras súplicas unidas,
oh desmedidamente desventurados padres, suyo y mío:
que a los que unió un amor inseparable, y la última hora,
no les neguéis que sean sepultados en una misma tumba.
Y tú, árbol que cubres con tus ramas el desgraciado cuerpo,
un solo cuerpo ahora, pero que a dos recubrirás muy pronto,
guarda el signo de nuestro sacrificio: ten siempre negros frutos
y propios para el duelo, como memoria de esta doble sangre.»
Dijo, y poniendo el filo de la espada debajo de su pecho,
se arrojó sobre el hierro, tibio de la otra sangre todavía.
Sus ruegos conmovieron a sus padres, y también a los dioses,
pues el color del fruto, cuando está bien maduro, se oscurece.
Y duerme lo que resta de sus piras en una sola urna.

MET. 12, 39-63

Orbe locus medio est inter terrasque fretumque
caelestesque plagas, triplicis confinia mundi;
unde quod est usquam, quamvis regionibus absit,
inspicitur, penetratque cavas vox omnis ad aures:
Fama tenet summaque domum sibi legit in arce,
innumerosque aditus ac mille foramina tectis
addidit et nullis inclusit limina portis;
nocte dieque patet: tota est ex aere sonanti,
tota fremit vocesque refert iteratque quod audit;
nulla quies intus nullaque silentia parte,
nec tamen est clamor, sed parvae murmura vocis,
qualia de pelagi, siquis procul audiat, undis
esse solent, qualemve sonum, cum Iuppiter atras
increpuit nubes, extrema tonitrua reddunt.
atria turba tenet: veniunt, leve vulgus, euntque
mixtaque cum veris passim commenta vagantur

La Fama

Hay un lugar en medio de los mundos, entre tierras y mares
y la región celeste -en los confines de ese triple universo-,
desde donde, por lejos que se encuentre, se observa lo que ocurre
en cualquier parte: toda voz penetra por sus huecos oídos.
Allí habita la Fama, que en lo más alto su mansión dispuso
y la dotó de miles de aberturas e innumerables puertas,
cuidando que ninguna de sus hojas estuviera instalada.
Abierta noche y día, con sus paredes de sonoro bronce,
toda retumba, reproduce voces, cuanto escucha repite.
Ningún reposo hay dentro, ningún silencio por ninguna parte;
pero tampoco hay gritos, sino murmullos de sonidos tenues,
como el leve ruido de las olas cuando se oye de lejos,
o como los sonidos de los últimos truenos, cuando Júpiter
hace sentir sobre las negras nubes su fuerza arrolladora.
El atrio está ocupado por una muchedumbre. Van y vienen
gentes inquietas. Por doquier, mezclados con la verdad, se agitan

milia rumorum confusaque verba volutant;
e quibus hi vacuas inplent sermonibus aures,
hi narrata ferunt alio, mensuraque ficti
crescit, et auditis aliquid novus adicit auctor.
illic Credulitas, illic temerarius Error
vanaque Laetitia est consternatique Timores
Seditioque repens dubioque auctore Susurri;
ipsa, quid in caelo rerum pelagoque geratur
et tellure, videt totumque inquirit in orbem.

mil invenciones y rumores. Ruedan las confusas palabras.
Unos regalan con sus narraciones los ávidos oídos,
otros repiten lo narrado. Y crece, poco a poco, el tamaño
de la mentira. Y todos, a lo que escuchan, algo nuevo añaden.
Y la Credulidad allí se asienta, y el Error temerario,
y la vana Alegría, los pávidos Temores, la reciente
Sedición, los Susurros, que reconocen un dudoso origen.
Y Ella misma, en persona, busca y contempla por el mundo entero
las cosas que suceden en el mar, en el cielo y en la tierra.

Met. 13, 789-807

Candidior folio nivei Galatea ligustri,
floridior pratis, longa procerior alno,
splendidior vitro, tenero lascivior haedo,
levior adsiduo detritis aequore conchis,
solibus hibernis, aestiva gratior umbra,
mobilior damma, platano conspectior alta,
lucidior glacie, matura dulcior uva,
mollior et cycni plumis et lacte coacto,
et, si non fugias, riguo formosior horto.

Saevior indomitis eadem Galatea iuvencis,
durior annosa quercu, fallacior undis,
lentior et salicis virgis et vitibus albis,
his inmobilior scopulis, violentior amne,
laudato pavone superbior, acrior igni,
asperior tribulis, feta truculentior ursa,

Galatea

Galatea, más blanca que la fronda del nevado aligustre,
más florida que un prado, más espigada que el esbelto aliso,
más brillante que el vidrio, más juguetona que la tierna chota,
más tersa que las conchas esmeriladas por el mar constante,
más agradable que la estiva sombra, que los soles de invierno;
más noble que el manzano, más atrayente que el crecido plátano,
más nítida que el hielo, más deliciosa que la dulce uva,
más blanda que las plumas de los cisnes y la leche cuajada;
y, si tú no me huyeras, más primorosa que un jardín regado.

Y, a la vez, Galatea, más despiadada que un novillo indómito,
más dura que una encina centenaria, más falsa que las olas,
más correosa que las vides blancas y las ramas del sauce,
más insensible que estas firmes rocas, más brusca que un torrente,
más orgullosa que el pavón loado, más punzante que el fuego,
más ruda que un rastrillo, más insociable que una osa encinta,

surdior aequoribus, calcato inmitior hydro,
et, quod praecipue vellem tibi demere possem,
non tantum cervo claris latratibus acto,
verum etiam ventis volucrique fugacior aura.

más sorda que los mares, más desabrida que pisada sierpe;
y, lo que sobre todo quisiera yo poder a ti quitarte,
más huidiza, no ya que el ciervo alzado por los claros ladridos,
sino más todavía que los vientos y que la rauda brisa.

PSEUDO-AUSONIO
(SIGLO IV D.C.)

APPENDIX VERGILIANA: DE ROSIS NASCENTIBUS

Ver erat et blando mordentia frigora sensu
spirabat croceo mane reuecta dies.
strictior Eoos praecesserat aura iugales,
aestiferum suadens anticipare diem.
errabam riguis per quadrua compita in hortis,
maturo cupiens me uegetare die.
uidi concretas per gramina flexa pruinas
pendere aut holerum stare cacuminibus,
caulibus et patulis teretes conludere guttas
... ...
uidi Paestano gaudere rosaria cultu
exoriente nouo roscida Lucifero.
rara pruinosis canebat gemma frutectis
ad primi radios interitura die.
ambigeres raperetne rosis Aurora ruborem
an daret et flores tingeret orta dies.

Sobre la lozanía de las rosas (*Collige, virgo, rosas*)

Era la primavera y, en el amanecer azafranado,
el día respiraba con dulzura tras un frío punzante.
Una atrevida brisa se adelantaba al carro de la Aurora,
queriendo anticipar el caluroso día.
Vagaba yo por las cruzadas sendas de los regados huertos,
deseoso de vida, en las horas primeras.
Vi la escarcha cuajada, colgando de las hierbas que se inclinan,
o reposando encima de las erguidas plantas;
y las redondas gotas jugueteando en una abierta col.
... ...
Y vi las rosaledas, que disfrutaban del primor de Pesto,
cubiertas de rocío, al renacer la estrella mañanera.
Alguna blanca perla, sobre los escarchados matorrales,
se desvanecería con los primeros rayos de la Aurora.
No podría saberse si es la Aurora quien roba su rubor
o se lo da a las rosas, y el día con su luz tiñe las flores.

ros unus, color unus, et unum mane duorum:
sideris et floris nam domina una Venus.
forsan et unus odor: sed celsior ille per auras
difflatur, spirat proximus iste magis.
communis Paphie dea sideris et dea floris
praecipit unius muricis esse habitum.

momentum intererat quo se nascentia florum
germina comparibus diuiderent spatiis.
haec uiret angusto foliorum tecta galero,
hanc tenui filo purpura rubra notat,
haec aperit primi fastigia celsa obelisci,
mucronem absoluens purpurei capitis.
uertice collectos illa exinuabat amictus,
iam meditans foliis se numerare suis.
nec mora: ridentis calathi patefecit honorem,
prodens inclusi stamina densa croci.
haec, modo quae toto rutilauerat igne comarum,
pallida conlapsis deseritur foliis.
mirabar celerem fugitiua aetate rapinam,
et dum nascuntur consenuisse rosas.
ecce et defluxit rutili coma punica floris
dum loquor, et tellus tecta rubore micat.
tot species tantosque ortus uariosque nouatus
una dies aperit, conficit ipsa dies.

Hay un solo rocío, sólo un color, una mañana sólo;
para estrellas y flores, hay una dueña solamente: Venus.
Quizá también es una su fragancia: si aquélla por el aire
se derrama en los cielos, la otra se respira más cercana.
Diosa común de estrellas y de flores, tú, la Reina de Pafos,
dispones que sus ropas estén teñidas con los mismos tonos.

Era el momento justo: los nacientes capullos de las flores
se estaban dividiendo en segmentos iguales.
Una está cobijada por la cubierta de sus verdes hojas,
en otra se perfilan tenues contornos de la roja púrpura.
Ésta entreabre las altivas cumbres del capitel primero,
liberando la punta de su cabeza grana.
Aquélla desplegaba ya sus velos unidos en lo alto,
pensando en numerarlos como sus propias hojas;
Y entonces, de repente, se abrió la gloria del radiante cáliz,
luciendo claramente sus densos granos de azafrán oculto.
Otra, que rutilaba con todo el fuego de su cabellera,
abandonada por sus mustios pétalos, palidece al instante.
Yo me maravillaba de la rapiña del huidizo tiempo,
viendo que, cuando nacen, ya envejecen las rosas.
He aquí que, mientras hablo, se derrumba la roja cabellera
de la flor rutilante, y es la tierra quien brilla con su púrpura.
Tantas figuras, tantos nacimientos, tantos cambios de forma
en un día comienzan, y en ese día acaban.

conquerimur, Natura, breuis quod gratia florum:
    ostentata oculis ilico dona rapis.
quam longa una dies, aetas tam longa rosarum,
    quas pubescentes iuncta senecta premit.
quam modo nascentem rutilus conspexit Eoos,
    hanc rediens sero uespere uidit anum.
sed bene quod paucis licet interitura diebus
    succedens aeuum prorogat ipsa suum.
collige, uirgo, rosas dum flos nouus et noua pubes,
    et memor esto aeuum sic properare tuum.

Siento, Naturaleza, que hayan de ser tan breves tus favores:
    enseñas tu regalo, para quitarlo ante los mismos ojos.
La duración de un día tiene apenas la vida de las rosas:
    la juventud y la vejez se unen en instantes fugaces.
A la que vio nacer una mañana la Aurora reluciente,
    al caer de la tarde la contempla marchita.
Pero no importa: si en tan corto plazo debe morir la rosa,
    prolongará su vida con los nuevos retoños.
Muchacha, coge rosas, fresca tu juventud, fresca la flor;
    y piensa que tus años son también fugitivos.

Notas biobibliográficas



HOMERO

La literatura griega, y con ella las literaturas de Occidente, que en muchos aspectos son continuación de las de Grecia y Roma, tiene su origen en dos extensos poemas épicos, la *Ilíada* y la *Odisea*, cuya autoría se atribuye tradicionalmente a Homero. Considerado como el más grande de todos los poetas, el poeta por antonomasia, nada se sabe sin embargo de su vida y de sus circunstancias históricas, y hasta su misma existencia ha sido puesta en tela de juicio.

La leyenda nos ha transmitido la imagen de un inspirado rapsoda, anciano y ciego, que cantaba sus poemas en fiestas y banquetes. El lugar de su nacimiento habría sido Esmirna, ciudad del Asia Menor, o la isla de Quíos, o cualesquiera otros enclaves de la Grecia continental o insular, que se disputaban el honor de haber sido su cuna. Su vida habría transcurrido en la segunda mitad del siglo VIII a. de C., o tal vez en la primera, o incluso quizás en los años finales del siglo IX.

La investigación filológica ha puesto de manifiesto el carácter oral de la poesía homérica, con sus giros preestablecidos, frases hechas y fórmulas que se repiten y que se habrían ido ensamblando a lo largo de los siglos. Homero podría haber sido el genial reestructurador de toda una serie de poemas preexistentes, que ya venían cantando los aedos desde el siglo XII a. de C. en torno a la guerra de Troya. Pero, junto al hecho innegable de la transmisión oral de estos poemas, hay que tener en cuenta un acontecimiento de importancia decisiva para su fijación y preservación: por las mismas fechas en que Homero llevaba a cabo su gigantesca labor de creación -o recreación- del gran monumento épico, culminaba un proceso de reconstitución de la escritura, adaptándose el alfabeto consonántico fenicio a un nuevo sistema que incluía las vocales. Esto posibilitaba que la literatura de tradición oral diera paso a una nueva forma de expresión poética, que se basaba ahora en la palabra escrita. Los exactos y estilizados hexámetros de Homero quedaron así

grabados para siempre, con la misma seguridad que los motivos ornamentales -humanos, animales y geométricos- que decoran los grandes ejemplares de la cerámica griega del siglo VIII.

Su perfección formal es realmente asombrosa. Sirva de ejemplo el pasaje de la *Ilíada* que narra la muerte de Patroclo, concretamente el hexámetro 116 del canto 23, cuyo rítmico comienzo *«Pol-lă d'ănanta kătanta părantă»* da título a un libro del poeta nicaragüense José Coronel Urtecho, y cuya traducción representa un verdadero reto. Las imágenes, fundamentalmente visuales, pero a veces también sinestésicas, en donde se mezcla el color con el olor, el sabor, el tacto y el sonido, son asimismo sorprendentes: véanse los versos del episodio de Ulises y las Sirenas (*Odisea*, 12, 170-172), cuando los marineros recogen las velas y, sentados sobre los bancos de la fina nave, «emblanquecían el agua», agitándola con sus remos de labrado pino. Un tercer fragmento, que, como los anteriormente citados, se incluye en la presente selección, es la bellísima descripción del palacio de Alcínoo, pieza encantadora que constituye una de las páginas más brillantes de la literatura universal.

HESÍODO

Comparte con Homero la gloria de ser los dos grandes iniciadores de la literatura griega. Generalmente se cree que la vida de Hesíodo transcurre en la segunda mitad del siglo VIII a. de C., mientras que a Homero se le suele situar en fechas anteriores: a principios del siglo VIII, o incluso a finales del siglo IX. Ambos cultivan una admirable poesía narrativa, escrita en esmerados hexámetros; pero, en cualquier caso, su actividad es totalmente independiente, ya que la poesía homérica se desarrolla en Jonia, y la de Hesíodo, en Beocia.

Las escasas noticias que tenemos sobre su vida se reducen, en la práctica, a las que él mismo nos proporciona en sus dos obras principales: la *Teogonía* y los *Trabajos y Días*. Su padre era un emigrante de Asia, que, a su muerte, legó a sus hijos Hesíodo y Perses el lote de tierra que había conseguido. Los dos hermanos mantuvieron un pleito a causa de la herencia (*Trabajos*, 27-41), y Hesíodo, que salió perjudicado y consideraba injusta la sentencia, aconseja a Perses que siga el camino de la *justicia* y considere el *trabajo* como el único medio legítimo para eludir la pobreza y el hambre. Él mismo daba ejemplo, compaginando las labores de pastor con las actividades literarias, y así nos confiesa que su iniciación poética tuvo lugar en las laderas del monte Helicón, mientras cuidaba sus rebaños (*Teogonía*, 22-24): las Musas se dirigieron a él y le otorgaron el don de la poesía, entregándole una rama de laurel a

modo de cetro, que simboliza la misión profética que le encomendaban. En otro lugar (*Trabajos*, 657-659), nos refiere cómo había dedicado a las Musas el trofeo logrado en los certámenes de Calcis: «me llevé un trípode de asas: lo dediqué a las Musas del Helicón, donde me iniciaron en el melodioso canto.»

De los dos poemas citados, el más antiguo es la *Teogonía*, que viene a ser una historia de los dioses, en una evolución progresiva que va del caos a la ordenación del mundo. En el principio alentaba Caos, personificación de la nada, anterior a toda existencia. Inmediatamente después de Caos, nació Gea (la Tierra), que engendró por sí sola a Urano (el Cielo), y unida a éste, a los Cíclopes y otros seres monstruosos, y a los Titanes, entre ellos Crono, padre de Zeus. Con Zeus, árbitro supremo del orden y de la justicia, dispensador de bienes y de males, que castiga la soberbia de los poderosos, culmina el proceso cosmogónico y teogónico.

En los *Trabajos y Días*, el poema más indiscutiblemente hesiódico, Zeus es también el garante de la justicia. A través de una serie de mitos -el robo del fuego por parte de Prometeo, los males contenidos en la caja de Pandora, la degradación de las Edades: de Oro, de Plata, de Bronce, de Hierro-, se plantea el problema de la existencia del mal en el mundo, que tiene sus raíces en la propia naturaleza humana, y que sólo se resolverá cuando Zeus imponga *justicia* definitivamente entre los hombres. Entretanto, el *trabajo* es el mejor remedio para vivir en paz y con honor, y para ello es preciso conocer el curso de las estaciones, los ciclos agrarios; esto es, las distintas posibilidades que nos ofrece la misma naturaleza. Las pinceladas con que Hesíodo describe cada una de las estaciones -en los fragmentos que se recogen en la presente selección- son, sin duda alguna, de una belleza inigualable.

Safo

En la isla de Lesbos, cercana al Asia Menor, se desarrolló por primera vez la *monodia*, esto es, el canto para una sola voz, como ampliación de las intervenciones individuales en la lírica coral. Alceo y Safo, que florecieron alrededor del año 600 a. de C., son sus máximos reprentantes.

Safo, a quien el propio Alceo habría de invocar en un famoso fragmento (384), llamándola «coronada de violetas, sacra, de sonrisa de miel», nació probablemente hacia el 630 en Éreso, aunque la mayor parte de su vida transcurrió al parecer en Mitilene, ciudades ambas de la isla de Lesbos. Se sabe que Safo -pequeña y morena- perteneció a una familia aristocrática, que estuvo casada, que fue madre al menos de una hija, llamada Cleis, y que sufrió el destierro en Sicilia entre los años 604 y 595.

Educada en el lujo y en el culto a la belleza y al refinamiento, fundó en su propia casa -la «casa de las servidoras de las Musas»- una especie de escuela o tertulia erótico-literaria a la que acudían muchachas nobles, no sólo de Lesbos, sino también de la vecina Jonia. Sus más íntimos sentimientos -el amor, los celos, la añoranza-, relacionados casi siempre con las jóvenes de su entorno, son los motivos que fundamentalmente inspiran su exquisita poesía.

De su dilatada obra, que comprendía unos 12.000 versos, nos han llegado diversos fragmentos; pero sólo uno representa un poema completo: el «Himno a Afrodita» (Fr. 1), preservado por el texto de Dionisio de Halicarnaso (*De compositione verborum*, 173-9). La estructura de esta composición tuvo una gran influencia en la historia universal de la poesía, ya que introduce la que habría de ser denominada *oda sáfico-adónica*, formada por estrofas que constan de tres endecasílabos sáficos y un pentasílabo adónico, y que sería imitada en la literatura latina por poetas de la relevancia de Catulo (*Carm. 51,* «Imitación de Safo», que vierte a la lengua latina el Fr. 31) y Horacio (*Carm. 2, 10,* «A Licinio»), y también en las literaturas modernas, entre ellas la española, a partir de Esteban Manuel de Villegas.

El poema más conocido es el que describe los «Efectos del amor» (Fr. 31), transmitido por el Pseudo-Longino (*Sobre lo sublime*, 10), que está redactado asimismo en estrofas sáfico-adónicas. El Pseudo-Longino, al estudiar la selección y la acumulación de los rasgos descriptivos como medio para conseguir la elevación del estilo, cita como ejemplo el poema de Safo, y se admira de «la habilidad con que sabe seleccionar y combinar los síntomas más intensos y sorprendentes». Safo, en efecto, describe perfectamente los síntomas fisiológicos de la pasión que siente cuando ve que su amada está charlando y riendo en compañía de un hombre: se le ahoga la voz, la visión se le nubla, le zumban los oídos, palidece, siente frío y calor a un mismo tiempo. «Todos los enamorados experimentan estos síntomas -escribe el autor del tratado *Sobre lo sublime*-; pero la elección de los más destacados, como antes decía, y su reunión en un todo, han conseguido una obra maestra.»

PÍNDARO

El más célebre representante de la lírica coral griega nació en Cinoscéfalas, Beocia, cerca de Tebas, hacia el año 518 a. de C., y murió en Atenas a una edad avanzada (después del 444). La mayor parte de los datos biográficos de que disponemos son puramente legendarios, pro-

cedentes de las diversas *Vitae* del poeta, o inventados a partir de sus propios textos.

En la *Vita* del códice Ambrosiano se nos dice que, cuando estaba cazando en el monte Helicón, cayó rendido por el cansancio y, mientras dormía, una abeja se posó en su boca y fabricó un panal de miel, claro símbolo de su dedicación a la poesía. Lo cierto es que gozó en su época de los favores de la fama, en los más dilatados ámbitos geográficos, ya que sus actividades de poeta panhelénico se extendían desde Tesalia a Cirene y desde Egina a Sicilia. En las ciudades de Argos, Corinto, Ténedo, Abdera, Delfos, Esparta, Tebas, Atenas, resonaron sus *Epinicios* o cantos de victoria.

Sus poemas más conocidos están relacionados con alguno de los cuatro Juegos o certámenes religioso-deportivos de Grecia: *Olímpicos*, en Olimpia, Peloponeso, en honor de Zeus; *Píticos*, en Delfos, en el santuario de Apolo; *Ístmicos*, en el istmo de Corinto, dedicados a Posidón; y *Nemeos*, en Nemea, ciudad cercana a Corinto, consagrados al héroe-dios Heracles y al propio Zeus. De ahí que, desde la época alejandrina, los *Epinicios*, es decir, las odas escritas en honor de los vencedores en los Juegos, hayan venido recibiendo los nombres de *Olímpicas, Píticas, Ístmicas* y *Nemeas*. Aunque se trata, obviamente, de poemas de encargo, están realizados con lenguaje poético de una extraordinaria riqueza.

Casi todas las odas pindáricas constan de un *mito* como elemento fundamental, alrededor del cual se desarrollan los elogios al triunfador, a su familia y a su patria; pero su estructura, tanto en lo que atañe al contenido como al andamiaje métrico, ha sido muy discutida. A decir verdad, es muy difícil, y a veces imposible, seguir el hilo de su pensamiento. Es una poesía brillante y extraña, de altísima calidad, pero que ha venido siendo frecuentemente tildada de oscura, e incluso incoherente, lo cual no ha impedido que las imitaciones de Píndaro en las lenguas modernas hayan sido numerosas, desde Ronsard a Hölderlin. En España, Fray Luis de León consiguió una espléndida recreación de la *Olímpica* I, utilizando el armazón métrico de la silva.

Ya en el mundo clásico, el poeta Horacio, que tan bien conocía la lengua y el entorno cultural de Píndaro, llegó a decir (*Carm*. 4, 2) que a quien pretendiera emular a Píndaro le ocurriría lo mismo que a Ícaro, el hijo de Dédalo, que quiso elevarse con alas de cera, y cayó al mar; porque su poesía es como un torrente que, henchido por las lluvias, desciende de los montes desbordando su cauce natural. Píndaro -escribe Horacio-crea nuevos giros y palabras: *numerisque fertur / lege solutis*, «y se expresa con ritmos libres de toda regla» (vv. 11-12). En la presente selección, se incluyen algunos fragmentos del poeta tebano, que distan

mucho de la oscuridad y la incoherencia, donde se nos hace ver la frontera que existe entre la frágil vida de los hombres y el «cielo de bronce» de los dioses inmortales.

SÓFOCLES

Con Esquilo y Eurípides, forma la tríada estelar de la tragedia griega. Nació en Colona, cerca de Atenas, en el año 496 a. de C., y su vida se prolonga hasta el 406, ocupando por tanto casi la totalidad del siglo V a. de C., esto es, el Siglo de Pericles, que constituye la etapa más gloriosa de la historia ateniense. Participó activamente en las actividades públicas de la ciudad, donde desempeñó altos cargos políticos, y llegó a ejercer el generalato junto al propio Pericles.

Hombre feliz, triunfador, que supo vivir en franca sintonía con el espíritu de su pueblo, fue autor de una extensa obra, que supera con mucho el centenar de piezas, si bien no hemos conservado de ellas más que una décima parte, y sólo siete tragedias completas: *Áyax, Antígona, Traquinias, Edipo Rey, Electra, Filoctetes* y *Edipo en Colono*. Del éxito alcanzado por sus tragedias da fe el hecho de que, en los concursos dramáticos, nunca quedara relegado a los últimos puestos. Al parecer, en las fiestas de las Dionisias, obtuvo el primer premio dieciocho veces, y como quiera que se presentaban tetralogías, hemos de suponer que hubieron de ser setenta y dos las piezas coronadas, sólo en este concurso.

El texto seleccionado es un fragmento del canto coral de la *Antígona*. Según Aristóteles (*Poética*, 1456 a, 25), el coro de Sófocles viene a ser como uno más de los actores, y es por tanto una parte esencial de la totalidad de la tragedia. Una vez que el coro entraba en la *orquestra*, o lugar comprendido entre el *proscenio* de los actores y las *gradas* del público espectador, se iniciaba un canto coral con versos líricos, denominado *estásimo*. El primer estásimo de la *Antígona* consta de dos estrofas, con sus correspondientes antiestrofas, de estructura simétrica, donde se canta el misterio del hombre, su ingenio y su capacidad de *decisión*, que es precisamente el elemento fundamental de la tragedia griega.

En la decisión que ha de tomar Electra, hija del rey Edipo, entran en litigio las *leyes humanas* y las *leyes eternas*. Tras la muerte de Edipo, sus dos hijos, Polinices y Etéocles, se habían disputado el reino de Tebas. Enfrentados, habían muerto ambos. Creonte, tío de los contendientes, que a la sazón había empuñado el cetro, concede honores y sepultura a Etéocles, y se los niega a Polinices, que había solicitado ayuda extranjera para luchar contra su patria. La ley humana de Creonte no carecía, en

realidad, de fundamentos religiosos, ya que la tradición prohibía dar sepultura a los traidores. Pero Antígona consideraba un deber sagrado el otorgar las honras fúnebres a los muertos, tratándose además, como se trataba, de su propio hermano.

El tema de Antígona, como el de Edipo, como el de Electra, trasciende las circunstancias concretas de la tragedia griega y se convierte en una figura universal, en un mito perenne de toda la humanidad. Y, más allá del contenido mítico, el «Canto al hombre» de Sófocles constituye formalmente una de las expresiones más logradas de la mejor poesía.

Teócrito

Se discute a veces el papel que desempeña Teócrito, el célebre autor de los *Idilios*, como fundador de la poesía «bucólica»; pero nadie pone en tela de juicio la atractiva sencillez de sus temas y la exquisita música de sus versos -los mismos hexámetros épicos que la tradición homérica unía a la lengua de Jonia, aunque escritos ahora en el dialecto dórico, al servicio de la canción lírica-, que le hacen acreedor al más eminente puesto en la poesía griega dentro de su etapa helenística.

Nació en Siracusa, Sicilia, en los últimos años del siglo IV a. de C., y floreció en el entorno de la Olimpiada 124, es decir, entre los años 284 y 281. No parece que existan dudas sobre su estancia en la isla de Cos y en la ciudad de Alejandría, centros de apogeo cultural y político. En Alejandría, que llegó a ser la primera gran urbe de la antigüedad, con su famosa biblioteca, pudo gozar del mecenazgo de Ptolomeo Filadelfo, a quien dedica hacia el año 270 el idilio XVII, que constituye un acabado encomio de aquel rey de Egipto, «el más sobresaliente de los hombres» y descendiente del propio Heracles. En Sicilia, pocos años antes, había redactado asimismo un elogio para Hierón de Siracusa, el idilio XVI, aunque al parecer sin los resultados apetecidos.

Los idilios más propiamente bucólicos, o pastoriles, son el I y los que van del III al XI. En el VI, y especialmente en el XI, aparece la figura del gigante Polifemo, que tanta resonancia habría de tener en la poesía latina (Ovidio, sobre todo) y en las literaturas modernas (ante todo, Góngora). El idilio I, cuyas secuencias iniciales se recogen en la presente obra, es una de las composiciones más logradas de Teócrito. A través del diálogo entre el pastor Tirsis y un cabrero, se lleva a cabo la exaltación de la vida bucólica y del paisaje -el rumor de la fuente, el murmullo de los árboles, el dulce son de la zampoña-, con un trasfondo mítico en el que distintas divinidades -Pan, Príapo, las Ninfas- alientan en el latir oculto de la naturaleza. Tirsis es el cantor de las tristezas de Dafnis, el vaquero que

fue seducido por una princesa siciliana, rompiendo así el juramento de fidelidad prestado a la ninfa Nomia, la cual se vengó de él dejándole ciego.

Este espíritu pastoril es el que informará, en el mundo helénico tardío, ya en tiempos del Imperio romano, la novela *Dafnis y Cloe* de Longo; y, antes, en la literatura propiamente latina, las *Bucólicas* de Virgilio. Siglos después, reaparecerá en el *Admeta* de Bocaccio, en la *Arcadia* de Sannazaro, en la *Diana* de Montemayor, o en *Pablo y Virginia* de Bernardin de Saint-Pierre, por recordar solamente algunos de los ejemplos más ilustres.

PSEUDO-ANACREONTE

Anacreonte, altísimo exponente de la monodia jonia, nació en Teos, ciudad del Asia Menor, alrededor del año 570 a. de C., y murió hacia el 485. Su nombre va siempre unido a la idea de frívolas y bellas canciones de vino y de amor, en la alegría sensual de los banquetes.

Pero, de las obras del verdadero Anacreonte, sólo quedan cortos pasajes de transmisión indirecta y dos papiros con varios fragmentos, ninguno de ellos dotados de una extensión suficiente. Sin embargo, a través de las *Anacreónticas*, colección de imitaciones que se encuentran en la llamada *Antología Griega* o *Palatina*, ha sido notable la influencia ejercida sobre las literaturas europeas, sobre todo en el siglo XVIII.

La primera edición de los poemas de este Pseudo-Anacreonte -que podemos centrar en los siglos del Imperio Romano, pero que son datables desde el siglo III a. de C. hasta fechas bizantinas-tuvo lugar en París, en el año 1554. La edición estuvo a cargo de Henri Estienne (Stephanus), que atribuyó al auténtico Anacreonte esa serie de cancioncillas desenfadadas y pintorescas. Su carácter claramente epigonal y su exigua calidad poética no impidieron que fueran traducidas o parafraseadas por autores de la talla de Ronsard, Quevedo o Goethe. Por limitarnos al ámbito de la literatura española, anacreónticos son entre otros Esteban Manuel de Villegas, Ignacio de Luzán, José Cadalso, Gaspar Melchor de Jovellanos, Juan Meléndez Valdés, Manuel María de Arjona, Alberto Lista y Francisco Martínez de la Rosa.

El género anacreóntico no aparece, por otra parte, como un fenómeno independiente, sino que está en cierto modo relacionado con el gusto por una bucólica que a veces se basa en los apócrifos de Teócrito. Su prestigio y su influencia en las literaturas occidentales modernas serían, *mutatis mutandis*, superponibles a los de la poesía pastoril o la novela bizantina. Son, así, razones fundamentalmente culturales e históricas las

que han motivado la inclusión de algunas composiciones del Pseudo-Anacreonte -entre ellas, la conocida canción de «La cigarra» (Fr. 34), no exenta de una delicada y candorosa belleza-en la presente selección de poemas clásicos.

Catulo

Gayo Valerio Catulo nació en Verona, ciudad de la alta Italia, el año 87 a. de C., y murió en plena juventud hacia el 54. Pertenecía a una de las más ricas y distinguidas familias de la región, con excelentes relaciones políticas y sociales, ya que entre los amigos de su padre figuraba el propio Julio César. En fechas tempranas se trasladó a Roma, en donde fijó su residencia habitual, según el mismo Catulo refiere en uno de sus poemas (68, 34-35): «allí está mi casa, allí está mi sitio, allí transcurre mi vida».

Aunque en alguna de sus canciones pueda aflorar una cierta nostalgia por su ciudad natal, la vida y la obra de Catulo están enteramente ligadas a la gran urbe, por razones no sólo literarias -allí tiene contacto con el mayor orador de Roma, Marco Tulio Cicerón; con el famoso historiador Cornelio Nepote; con los poetas Cinna y Cornificio-, sino también extraliterarias: en Roma residía su amada Lesbia, que en realidad se llamaba Clodia y era la esposa de Q. Metelo Céler, que llegó a obtener el consulado en el año 60 a. de C.; también era hermana de P. Clodio Púlcer, tribuno de la plebe. Esta Lesbia-Clodia, mujer cultivada, de singular hermosura y de temperamento sensual y fogoso, fue el principal motivo de inspiración para Catulo, y acicate para el florecimiento de una lírica subjetiva y sentimental, de carácter decididamente erótico.

Los *Poemas* o *Carmina* de Catulo gozaron de una gran celebridad en su época, si bien permanecieron desconocidos durante siglos, hasta que a comienzos del XIV se descubre en Verona un ejemplar completo de su obra, el llamado *Catulli Veronensis liber*, que va encabezado por una dedicatoria a Cornelio Nepote -aunque Catulo realmente sólo le había dedicado un librito, o *libellus*, de *nugae* o «bagatelas»- y del que han llegado hasta nosotros algunas copias.

En la obra de Catulo cabe distinguir dos aspectos: por una parte, las composiciones estrictamente líricas, relacionadas con la persona del poeta y sus amores; por otra, los poemas narrativos y las elegías, mucho más elaborados y artificiosos, de inspiración alejandrina. De la primera categoría, que es la que mejor refleja la auténtica creatividad del poeta, se han seleccionado aquí tres poemas, dirigidos todos a Lesbia. En uno de ellos podemos ver cómo, tras el sentimiento amoroso, se esconde una

delicada percepción de la fugacidad de la vida: «Tras el ocaso, el sol renace; en cambio / tú y yo, tras esta breve luz, tendremos / que dormitar en una eterna noche» (*Carm.* 5, 4-6). El poema 51 es, por su parte, una espléndida imitación de los «Efectos del amor» (Fr. 31) de Safo. En especial, la tercera estrofa constituye un verdadero modelo de traducción poética: *lingua sed torpet, tenuis sub artus / flamma demanat, sonitu suopte / tintinant aures geminae, teguntur / lumina nocte,* «duerme mi lengua, por mi cuerpo corre / un tenue fuego, mis oídos zumban, / se extiende el velo de una doble noche / sobre mis ojos» (*Carm.* 51, 9-12). No sólo se reproduce literalmente el contenido de las palabras, sino que también se recrea la misma forma de la oda sáfica: tres perfectos endecasílabos sáficos con la rotunda cadencia *-lumina nocte-* de un pentasílabo adónico. Catulo, antes que Horacio, fue de hecho el primero en verter en los moldes latinos la estrofa sáfico-adónica. Su admiración por la lesbia Safo explicaría el fingido nombre de Lesbia, que preside toda su obra lírica.

VIRGILIO

Publio Virgilio Marón nació en Andes, lugar cercano a Mantua, en la campiña del Po, el año 70 a. de C.; y murió en Brindis, Calabria, el año 19 a. de C., al regreso de un viaje a Grecia. Su sepulcro estaba en Nápoles, y en tiempos de Marcial tenía la siguiente inscripción: *Mantua me genuit, Calabrae rapuere, tenet nunc / Parthenope; cecini pascua, rura, duces,* «Mantua me engendró, Calabria me arrebató, ahora me tiene / Nápoles; canté a los pastos, los campos, los caudillos», en franca alusión al mundo pastoril de las *Bucólicas*, al agrario de las *Geórgicas* y al heroico de la *Eneida*, las tres grandes obras por las que Virgilio ha pasado a la posteridad.

Era hijo de un acomodado labrador, quien le envió a estudiar a Cremona y a Milán. Luego marchó a Roma, donde disfrutó de la amistad y los favores de Mecenas y de Octavio, el que había de llegar a ser *César Augusto*. A Mecenas están dedicadas precisamente las *Geórgicas*, obra didáctica que trata de la agricultura en cuatro libros: sobre los cultivos, los árboles, los ganados y las abejas.

La *Eneida*, la grandiosa epopeya nacional romana, viene a ser una glorificación o justificación mítica del propio Octavio César Augusto. Pero, por encima de las circunstancias y de las ataduras históricas, Virgilio es el mayor virtuoso del hexámetro latino y un laborioso continuador de la mejor tradición lírica y narrativa de Grecia y Alejandría. Su profundo sentido lírico y su oído impecable están desde luego presentes en las

Bucólicas, o *Églogas* -esto es, «Selecciones»-, en las que se exalta la naturaleza y la vida amorosa de los pastores; aunque también alienta ese mismo espíritu de armonía y dulzura en aquellos otros poemas que son estructuralmente épicos o didácticos. Más de un siglo después de la muerte de Virgilio, Quintiliano recoge el testimonio del orador Domicio Áfer, según el cual el poeta ocuparía, después de Homero, el segundo lugar; aunque puntualiza: *propior tamen primo quam tertio*, «pero más cerca del primero que del tercero» (*Inst. Or.*, 10, 1, 86).

La égloga cuarta, de la que se ofrecen aquí los versos iniciales, es un encendido canto de esperanza en los tiempos venideros, escrito seguramente en el año 40 a. de C., bajo el consulado de Polión, que había intervenido en la paz de Brindis, acuerdo político entre Octavio y Antonio. La célebre égloga está consagrada al nacimiento de un niño divino, un semidiós, que habría de instaurar en el mundo una nueva Edad de Oro. Son muchas las conjeturas que se han venido haciendo sobre esta profecía -que incluso se llegó a relacionar con el advenimiento de Cristo-y sobre la identidad de ese niño, posiblemente un hijo de Octavio o, con mayor probabilidad, de una hermana de éste, Octavia, y del entonces poderoso Antonio. Otros de los fragmentos seleccionados pertenecen a las *Geórgicas*, y se refieren a los logros del ingenio humano después de la Edad de Oro, y a las ventajas de la vida rústica -*O fortunatos*-. La *Eneida*, por su parte, está representada por los famosos pasajes del dolor de Laocoonte y la muerte de Dido, así como por el episodio que termina con el memorable hexámetro 596 del libro octavo, con el que Virgilio imita magistralmente el estruendoso galopar de los caballos: *quădripe/dānte pu/trēm soni/tū quatit / ŭngula / cāmpum*, «con trepidante galopar golpean el polvoriento campo».

Horacio

Hijo de un liberto, Quinto Horacio Flaco habría de llegar a ser el laureado poeta oficial de la Roma de Augusto. A través de la *Vita Horatii* de Suetonio, y también por la información que nos suministran sus propias obras, disponemos de datos suficientes para reconstruir con un cierto rigor su biografía.

Nació el año 65 a. de C. en la ciudad de Venusia, Apulia (englobada por decreto de Augusto en la región de Calabria); y murió el año 8 a. de C., poco después que Mecenas. Los sepulcros de ambos, amigos entrañables, estaban uno al lado del otro en el extremo más alejado del Esquilino. El padre de Horacio había puesto sin duda un especial empeño en la educación de su hijo, y a tal efecto había procurado que reali-

zara sus estudios en Roma, y posteriormente en Atenas. En las provincias griegas, fue nombrado *tribunus militum* del ejército republicano de Bruto, y participó en la batalla de Filipos en el año 42; tras la derrota, regresó a Roma, acogiéndose a la amnistía general, y obtuvo el cargo de *scriba quaestorius*. Por mediación de Virgilio, conoció a Mecenas, con quien entabló una profunda y duradera amistad. La finca del valle de Sabina, a la que alude el poeta (*Carm*. 3, 1, 47-48), fue un regalo que le hizo Mecenas hacia el año 33.

El año 17, el propio Augusto le encargó la composición del *Carmen saeculare*, lo que supuso su definitiva consagración como primer poeta de Roma. El Canto Secular -una oda impregnada de sentimientos patrióticos, en donde se pide a los dioses riqueza y toda suerte de honores para el linaje de Rómulo- fue entonado en la sagrada colina del Palatino, ante el templo de Apolo, como culminación de los Juegos Seculares. El poeta no sólo actuó entonces como tal, sino también como compositor y director del coro. En realidad, todas las odas de Horacio, con su peculiar disposición en estrofas de cuatro versos, revelan la existencia de una estructura propicia para ser cantadas. El papel de la música en sus odas, y no ya sólo el aspecto puramente métrico, es el que justificaría su pretensión de haber sido «el primero que puso el verso eólico en los moldes latinos» (*Carm*. 3, 30, 13-14).

Sin olvidar sus *Sátiras* y sus *Epístolas*, una de las cuales es la conocida como *Ars poetica* -la famosa *Epistula ad Pisones*, de tanta repercusión en la teoría literaria del clasicismo y del neoclasicismo-, puede afirmarse que Horacio es fundamentalmente el poeta de las *Odas*, o *Carmina* («Canciones»), y de los *Épodos*. De ahí arranca la tradición horaciana en España, que va de Fray Luis de León a los hermanos Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola, desde Fernando de Herrera hasta Manuel María Arjona. Su poesía es el más fiel espejo del equilibrio clásico, de la perfección formal, de la proporción y la mesura. Utilizó, magistralmente, los metros y los ritmos más variados: la oda sáfico-adónica (*Carm*. 2, 10), las estrofas alcaicas (*Carm*. 2, 14, y 3, 1), los dísticos formados por senarios y cuaternarios yámbicos (*Epod*. 2). Ejemplos de todas estas formas métricas, así como de los célebres temas del *Carpe diem*, el *Beatus ille*, el *Non omnis moriar*, aparecen seleccionados en la presente colección de poemas.

TIBULO

Muy escasos son los datos biográficos del poeta elegíaco Albio Tibulo, cuyo *praenomen* se desconoce y cuyo *nomen*, Albio, ha llegado hasta

nosotros a través de una carta de Horacio (*Epist.* 1, 4). Nació posiblemente en Gabios, antigua ciudad del Lacio, alrededor del año 55 a. de C., y murió poco después del 19 a. de C., año de la muerte de Virgilio. Gozó de la protección de Valerio Mesala Corvino, que, con Mecenas, Asinio Polión y el propio Augusto, fue una de las grandes personalidades impulsoras de las ciencias y las artes en la época augústea.

Albio Tibulo llegó a ser, sin duda, el poeta más importante del amplio círculo cultural romano de Mesala. Del actual *Corpus Tibullianum*, que no es probablemente más que una antología de poemas escritos por miembros de este círculo, sólo los dos primeros libros, redactados en impecables dísticos elegíacos, son atribuibles con seguridad a Tibulo. Un tercer libro contiene una corona de elegías, cuyo autor se llama Lígdamo, nombre que encubre tal vez al hijo mayor de Mesala, Mesala Mesalino; siguen a estos poemas un largo y erudito panegírico a Mesala, en hexámetros, y una serie de composiciones breves, algunas de las cuales parecen ser del propio Tibulo.

El libro I está articulado en torno a la figura de la amada, *Delia*, que en realidad se llamaba Plania y cumple en la poesía de Tibulo un papel análogo al de la *Lesbia* (Clodia) de Catulo, o la *Cintia* (Hostia) de Propercio. En el libro II aparece un nuevo amor, *Némesis*, nombre de una divinidad y también de una abstracción, que significa «indignación» y «venganza». Tras el ciclo de Delia, viene así el de Némesis, que era no era quizá más que una cortesana, surgida como respuesta a la infidelidad de Delia.

Pero la poesía de Tibulo no se agota con la encendida expresión de unos sentimientos eróticos. Existen otros motivos de inspiración en sus elegías, tales como la exaltación de la tranquila vida campesina, o la execración del espíritu bélico. El libro I termina, en efecto, con un hermoso canto de añoranza a la antigua Edad de Oro, cuando aún no se conocían las guerras ni la codicia, y con un himno fervoroso al triunfo de la paz: «Brilla en la paz la azada; pero las tristes armas del soldado / yacen entre las sombras, y se velan de herrumbre» (*Eleg.* 1, 10, 49-50). El libro II comienza con un bellísimo poema en el que, tras la invocación ritual a los legendarios dioses del campo, se hace una clamorosa invitación a la vida, antes de que tenga lugar la temida llegada del sueño de la muerte,»embozado en sus lóbregas alas», y de «los ensueños negros, con su paso inseguro» (*Eleg.* 2, 1, 89-90). Para Quintiliano, de los cuatro grandes poetas elegíacos romanos -Cornelio Galo, Tibulo, Propercio y Ovidio-, era Tibulo «el más castizo y elegante», *tersus atque elegans maxime* (*Inst. Or.* 10, 1, 93).

PROPERCIO

Propercio es el *nomen*, esto es, el nombre gentilicio o de familia, del más difícil, oscuro y refinado de los poetas augústeos. Su *cognomen* nos es totalmente desconocido, y sabemos que su *praenomen* era Sexto por una cita del poeta que hace Donato en su *Vita* de Virgilio.Sexto Propercio nació alrededor del año 50 a. de C. en la región de Umbría, con toda probabilidad en la ciudad de Asís; y murió a la edad de 35 años aproximadamente, es decir, hacia el año 15 a. de C. Gozó, como Virgilio y como Horacio, de la protección del poderoso Mecenas, a quien llama en sus *Elegías* «envidiable esperanza de nuestra juventud», *nostrae spes invidiosa iuventae* (*Eleg*. 2, 1, 73), y «caballero de la estirpe de los reyes etruscos», *eques Etrusco de sanguine regum* (*Eleg*. 3, 9, 1). Se negó, sin embargo, a cumplir los deseos de su protector, en el sentido de orientar su poesía lírica hacia la exaltación de las gestas de Roma, alegando que, del mismo modo que Mecenas había rehuido la gloria del foro y de las armas, él también renunciaba a seguir el brillante camino de la poesía épica.

Los cuatro libros en los que Propercio distribuye sus *Elegías* son, fundamentalmente, la expresión lírica de su amor por *Cintia*, que en realidad se llamaba Hostia: *Cynthia prima suis miserum me cepit ocellis*, «Cintia me cautivó la primera, pobre de mí, con sus ojitos» (*Eleg*. 1, 1, 1). Propercio forma parte, con Catulo y Tibulo, de los grandes «triunviros del amor» mencionados por Goethe en las elegías romanas. Pero el sentimiento amoroso no está reñido con las más profundas reflexiones sobre la muerte y la incertidumbre del destino del hombre (*Eleg*. 2, 27), o sobre la eternidad de los logros poéticos y la vida durable de la fama (*Eleg*. 3, 2), que son los pensamientos que alientan en la presente selección.

Entre los traductores e imitadores españoles de Propercio, se encuentran poetas de la talla de Lope de Vega y Francisco de Quevedo. Fernando de Herrera, en sus *Anotaciones* al Soneto VII de Garcilaso de la Vega, encomia y transcribe la versión que hizo Francisco de Medina de la elegía 12 del libro II; y, en el comentario a la Elegía Primera de Garcilaso, sitúa en el mismo nivel a Propercio y a Tibulo, porque «ambos han estado hasta ahora tan iguales en el grado, que ninguno de los antiguos osó determinar quién era superior», si bien distingue al primero por su «grande copia de erudición poética», así como por «el resplandor y limpieza de las palabras».

OVIDIO

Junto con Virgilio y Horacio, es uno de los más grandes poetas de Roma, y una de las figuras más insignes de la literatura universal. Publio

Ovidio Nasón nació en Sulmona, en territorio peligno, la antigua región del Lacio llamada ahora de los Abruzos, en el año 43 a. de C. De noble familia, fue enviado a Roma para estudiar retórica, completándose después su formación en Atenas. En el año 8 d. de C., cuando ya había llegado a la cumbre de su carrera literaria, fue desterrado por orden de Augusto a Tomis, la actual Constantsa, ciudad de Rumanía, en los últimos confines del Imperio, a orillas del Mar Negro: el *Ponto Euxino*. Allí escribió sus elegías *Tristes* y *Pónticas*, así como la invectiva poética *Ibis*, y allí le sobrevino la muerte en el año 17 d. de C.

Sus poemas, en especial los de su juventud, están dominados por el tema del amor, desde el primerizo fruto elegíaco *Amores*, hasta las tres obras de poesía didáctica amorosa que llevan los expresivos títulos de *Ars amatoria* («Arte de amar»), *Remedia amoris* («Remedios contra el amor») y *Medicamina faciei feminae* («Cuidados del rostro de la mujer»).

Otros escritos de Ovidio que han llegado hasta nosotros son una colección de epístolas mitológicas, las *Heroidas*, y una descripción del calendario romano y las fiestas del año, los *Fasti* («Fastos»). Pero su obra maestra son, sin duda alguna, los quince libros de las *Metamorfosis*, redactados en metro épico, esto es, en hexámetros, en contraste con el metro de los poemas anteriormente citados, todos ellos en dísticos elegíacos. Ovidio se consideraba a sí mismo como un poeta elegíaco, y como tal se incluye en una relación (*Trist*. 4, 10) en la que figuran también Cornelio Galo, Tibulo y Propercio. En otro lugar (*Rem. am*. 395-396), asegura que la elegía estaba en deuda con él tanto como la epopeya con Virgilio: *tantum se nobis elegi debere fatentur / quantum Vergelio nobile debet epos*. Sin embargo, el deseo de perpetuarse en una obra imperecedera, perteneciente al *genus nobile* de la epopeya, le lleva a escribir los quince libros de las *Metamorfosis*, grandioso poema de unos doce mil hexámetros, que constituyen una perfecta y melodiosa antología de mitos y leyendas.

En la presente selección, se recogen unos exquisitos fragmentos, referentes al mito de la Edad de Oro (*Met*. 1, 89-112) y a la alegoría de la Fama (*Met*. 12, 39-63), así como al célebre canto de Polifemo a Galatea (*Met*.13, 789-807) y a la cautivadora fábula de Píramo y Tisbe (*Met*. 4, 54-166), que es un claro antecedente de *Romeo y Julieta*.

Pseudo-Ausonio

En la *Appendix Vergiliana* aparece el delicioso poema *De rosis nascentibus*, que fue relacionado con Ausonio por Jerónimo Aleander en su edición parisina de 1511. Está redactado en impecables dísticos

elegíacos, cuya calidad es ciertamente digna de Virgilio, a quien fue en un tiempo atribuido. Sin embargo, los estudios filológicos lo sitúan en el siglo IV, en la época de Ausonio. Es más, el empleo de ciertos términos y construcciones parecen confirmar la autoría de este célebre poeta del Bajo Imperio.

Décimo Magno Ausonio nació en el año 310 d. de C., en Burdeos, y murió en esta misma ciudad, o en sus inmediaciones al sur de la Galia, entre los años 393 y 394. Durante más de treinta años ejerció como profesor de gramática y retórica en su ciudad natal, y durante más de quince permaneció ligado a la corte imperial, desde que fuera llamado hacia el año 367 como preceptor de Graciano, hijo de Valentiniano I, al palacio de Tréveris. Desempeñó altos cargos en la vida pública, llegando a ser prefecto pretoriano en las Galias el año 378, y cónsul el 379.

Escribió la mayor parte de sus obras en los últimos lustros de su vida. Algunas de ellas contienen abundantes datos autobiográficos, en especial la primera de las *Praefationes* («Introducciones»), la *Gratiarum actio* («Acción de gracias») y las *Epistulae* («Cartas»). De estas últimas, las dirigidas a Paulino de Nola nos muestran a un Ausonio que sabe invocar al Padre y al Hijo de Dios, *genitor natusque dei (Epist.* 23, 33), de acuerdo con su condición de creyente cristiano, lo que se manifiesta con toda claridad en las oraciones contenidas en *Ephemeris* («Diario») y en *Versus Paschales* («Versos de Pascua»).

Sus escritos, en todo caso, siguen inspirándose en las ideas y en las imágenes del paganismo clásico tradicional. En general, se trata de una poesía alambicada y erudita, de interés más documental e histórico que propiamente estético y literario. El *Ordo urbium nobilium* es, como su título indica, una «Clasificación de las ciudades ilustres», que comienza con Roma y termina con Burdeos, pasando por Atenas, Constantinopla, Alejandría. Entre las veinte ciudades evocadas, figuran Tarragona, Córdoba y Sevilla: *Hispalis, aequoreus quam praeterlabitur amnis*, «Sevilla, a la que baña un río semejante a un mar» (*Ord. urb. nob.* 11, 2). Similares enumeraciones ofrecen *Parentalia* y *Commemoratio professorum Burdigalensium*, dedicados respectivamente a los familiares muertos y a los profesores de Burdeos.

Mayor entidad tiene *Mosella* -el río Mosela-, extenso poema que ensalza la paz romana de Valentiniano I, al modo de los cantos de Virgilio a la Roma de Augusto. Y, de ser cierta la atribución a Ausonio del poema *De rosis nascentibus*, ésta sería su obra maestra. El poema, el último de cuyos dísticos comienza por el famoso «*collige, virgo, rosas*», representa lo más granado de la tradición horaciana del «*carpe diem*». Su influjo llega en España hasta Garcilaso, Fray Luis de León, Lope de Vega, Góngora,

Rioja, Calderón de la Barca. Herrera, en sus *Anotaciones* al Soneto XXIII de Garcilaso, lo comenta y lo traduce en tercetos encadenados.

Glosario onomástico y mitológico

ACATES. Héroe troyano, fiel amigo de Eneas, a quien acompaña en sus viajes hacia Italia, según la leyenda que recoge Virgilio en la *Eneida*.

AFRODITA. Diosa del amor. Safo la llama «hija de Zeus»; pero otras leyendas la consideran hija de Urano, de cuyos órganos genitales, que cayeron al mar cuando fueron amputados por Crono, habría surgido esta diosa, «nacida de las olas», o «nacida del semen del dios». Recién salida de las aguas, sería transportada por Céfiro a la isla de Citera. De sus amores con Hermes, o con Ares, habría de nacer el niño-dios Eros. Sus animales favoritos eran las aves. Un tiro de palomas, o de gorriones, arrastraban su carro.

AGAMENÓN. Es el rey de reyes, comandante supremo del ejército destinado a atacar Troya. En la *Ilíada*, aparece como rey de Argos, aunque otras versiones lo consideran rey de Micenas, o de Lacedemonia.

ALCÍNOO. Rey de los feacios, pueblo mítico que fue visitado por Ulises en su viaje de regreso a Ítaca, tras la guerra de Troya. La isla de los feacios, a la que Homero da el nombre de Esqueria, se identifica generalmente con Corcira (Corfú). El palacio de Alcínoo, tan bellamente descrito en la *Odisea*, estaba rodeado por un maravilloso jardín, donde crecían árboles diversos, que florecían y daban frutos durante todo el año.

ALFIO. Apellido romano, utilizado sin duda por Horacio como nombre de un personaje de ficción.

ANFIDAMANTE. Héroe de Opunte, en la región de Lócride. Es el padre de Clesónimo, el niño que mató accidentalmente Patroclo, cuando también era un niño, durante un juego de tabas.

APOLO. Dios de la música, el vaticinio, la inspiración y la poesía. Representa la proporción de las formas, la claridad, la perfección, la belleza «apolínea», frente al desenfreno apasionado, desmedido, «dionisíaco», que preside el dios Dioniso, o Baco, con quien comparte Apolo la función inspiradora. Como Dioniso, Apolo es hijo del propio Zeus,

que le dio como regalos una mitra de oro, una lira y un carro tirado por cisnes. Cuando inventó Hermes la flauta, Apolo se la compró, dándole a cambio una vara de oro: el «caduceo», que figura a partir de ese momento entre los atributos de aquel dios. Según otra leyenda, la flauta habría sido inventada por Palas Atenea, quien, al ver en un arroyo cómo se deformaban sus mejillas al tocarla, la arrojó lejos de sí. La flauta fue encontrada por Marsias, que tuvo el atrevimiento de retar al dios Apolo a producir con su lira un sonido comparable. Marsias fue vencido por Apolo, y sufrió el terrible castigo de ser desollado vivo. Entre las múltiples aventuras amorosas del bello dios Apolo, se cuenta la ocurrida con la ninfa Dafne, hija de Peneo, dios-río de Tesalia. Para que pudiera escapar al acoso de Apolo, fue convertida por su padre en laurel, que no es otro el significado de «Dafne» en griego. El laurel vino a ser la planta apolínea por excelencia. Otro de sus atributos es el delfín, animal marino cuyo nombre está emparentado con Delfos, el principal santuario de Apolo, a los pies del monte Parnaso. Tras el reinado invernal de Dioniso, Apolo regresa cada año a Delfos en la estación veraniega, precedido por el dulce canto de las cigarras y los ruiseñores.

AQUILES. Héroe central de la guerra de Troya, hilo conductor de la *Ilíada*, que canta precisamente «la cólera de Aquiles». Era hijo del rey Peleo y de la nereida Tetis, y fue bañado por su madre en las aguas de la laguna Estigia, que tienen el poder de hacer invulnerables a todos cuantos se sumergen en ellas. El único punto del cuerpo de Aquiles que siguió siendo vulnerable fue el talón por el que su madre lo sostenía, ya que no fue tocado por el agua. Según otra leyenda, la diosa Tetis, que deseaba liberar a sus hijos de la condición humana y mortal, heredada de Peleo, los había ido sometiendo uno por uno a la acción del fuego, sin conseguir otra cosa que su destrucción. Pero cuando nació Aquiles, su padre Peleo trató de impedir que Tetis llevara a cabo sus propósitos, y logró al fin salvarlo de las llamas: sólo los labios de Aquiles y el hueso calcáneo de su pie derecho llegaron a sufrir quemaduras. Entonces Peleo requirió los auxilios médicos del centauro Quirón, el cual sustituyó el hueso quemado por otro proveniente de la exhumación de los restos del gigante Dámiso, que había sido en vida el más veloz de los corredores. Esto explicaría la extraordinaria agilidad de Aquiles, «el de los pies ligeros».

ARTURO. Estrella de la constelación del Boyero. Su orto acrónico, esto es, su aparición a la puesta del sol, tiene lugar en los primeros días de marzo. Es entonces, al llegar la primavera, cuando la estrella «se eleva

radiante», en palabras de Hesíodo. Arturo pasó a ser el Guardián de la Osa Mayor, desde que Zeus convirtiera en constelaciones al joven Árcade, hijo del propio Zeus, y a su madre, la ninfa Calisto.

AURORA. Personificada con el nombre de Eos, la Aurora, de «rosados dedos» en los versos homéricos, es hija del titán Hiperión y de la titánide Tea (la Divina). Es hermana de Helios (el Sol) y Selene (la Luna), y madre de los Vientos: Céfiro, Bóreas y Noto.

AUSTRO. Viento que sopla de la parte del sur, asimilado por tanto al Noto, que, como divinidad, es hijo de Eos (la Aurora), y hermano de Céfiro y de Bóreas.

BABILONIOS. Habitantes de Babilonia, antigua capital de los caldeos. Se les atribuía, al igual que a los asirios y a los fenicios, un gran dominio en los conocimientos astrológicos y en el arte de la adivinación.

BACO. Es el nombre por el que también se conoce a Dioniso, dios del vino y del delirio orgiástico.

BIBLINO. De la ciudad fenicia de Biblos. El «vino biblino», de excelente calidad, también ha sido atribuido a Biblia, en Tracia.

BÓREAS. Viento del norte. Como divinidad, es hijo de Eos (la Aurora), y hermano de Céfiro, dios del viento de poniente, y de Noto, dios del viento del sur.

BRITANOS. Habitantes de Bretaña, la actual Inglaterra.

CALÍOPE. Una de las Musas, a la que generalmente se le atribuye el dominio de la poesía épica.

CÉCUBO. De Cécuba, lugar de la Campania célebre por sus excelentes vinos.

CÉFIRO. Viento del poniente y, en general, todo viento que sopla apaciblemente. Como divinidad, es hijo de Eos (la Aurora), y hermano de Bóreas y de Noto.

CERBERO. Es el terrible perro, el «cancerbero», que guarda la mansión de la muerte, el imperio de Hades. Se le representa como un ser monstruoso, con tres cabezas de perro, varias más de serpiente sobre el dorso, y cola de reptil. Se encuentra encadenado a las puertas del infierno, para impedir la entrada de los vivos y, en especial, la salida de los muertos.

CERES. Nombre romano de la diosa griega Deméter. Desde épocas muy remotas -Tibulo hace mención del «rito que nos legaron los primeros padres»- se habían introducido en Roma los cultos de Dioniso (Baco) y Deméter (Ceres). Como hija de Crono y de Rea, y hermana por tanto de los más grandes dioses del Olimpo, Deméter (Ceres) desciende directamente de Gea, la madre Tierra. Como ella, es diosa de la tierra, pero no ya en su aspecto cosmogónico, sino en cuanto que

es una tierra cultivada, una tierra de «cereales»: especialmente el trigo, con sus «espigas de oro».

CIRCE. Hija del Sol, o del Océano, que habitaba en la isla de Ea. Ulises, por inspiración del dios Hermes, descubre el secreto -la planta *moly*- para escapar a los hechizos de la maga Circe, que convertía en animales a quienes poco antes habían sido sus invitados. De este modo, no sólo logra pasar con ella una larga temporada de felices relaciones amorosas, sino que también recibe las instrucciones pertinentes para librarse del encantamiento de las Sirenas.

CITERÓN. Monte de Beocia. Desde él, fueron atraídas las piedras, a los sones de la lira de Anfión (o de Orfeo, según Propercio), para construir por sí solas las murallas de Tebas.

COCITO. Afluente del río Aqueronte, cuyas aguas corren por los infiernos, al igual que la laguna Estigia. Estas aguas han de ser atravesadas por las almas de los muertos para llegar al reino de Hades.

CUMAS. Ciudad de Italia meridional, donde habría vivido la Sibila, profetisa de Apolo. Se decía que algunos de sus oráculos se conservaban aún en los «libros sibilinos», que llegaron a ejercer una gran influencia en la Roma de la República hasta la época de Augusto. Existían otras Sibilas, nombre que en general se aplicaba a todas las profetisas inspiradas por el dios. La más célebre de las Sibilas helénicas fue la de Eritras, en Lidia, que llegó a vivir según la leyenda nueve vidas humanas, de ciento diez años cada una. Se aseguraba que la Sibila de Cumas era la misma que la de Eritras.

CUPIDO. Niño-dios del amor, versión latina del Eros griego. Pasa por ser hijo de Venus (Afrodita), diosa del amor, y de Mercurio (Hermes), dios del comercio y mensajero de los dioses; o bien hijo de Venus y de Marte (Ares), dios de la guerra. Se divierte lanzando antorchas encendidas, que inflaman los corazones de los hombres y de los dioses, o flechas que los traspasan. Según otras leyendas, Eros (Cupido) habría sido engendrado por el Caos primitivo, o producido por la Noche, o creado por la unión de Poros (el Recurso) y Penía (la Pobreza) en el jardín de los dioses. En cualquier caso, representa una fuerza natural, agreste, que tuvo nacimiento, según refiere Tibulo, en medio de los campos y los rebaños.

DAFNIS. Semidiós siciliano, perteneciente al ciclo bucólico. Era hijo del dios Hermes y de una ninfa, y murió en plena juventud a causa de unos desgraciados amores con la ninfa Nomia, la Pastora. Dafnis, embriagado por la hija de un rey de Sicilia, le fue infiel a la Pastora, y ésta se vengó de él privándole de la vista. Desde entonces, y hasta su muerte, el ciego Dafnis cantaba tristes canciones.

Dánao. Rey de Argos, ciudad del Peloponeso. Sus hijas, las Danaides, sufrieron en los infiernos el castigo de tener que llenar eternamente un tonel sin fondo. Todas las Danaides, con excepción de Hipermnestra, habían matado a sus maridos la noche de bodas por instigación de su padre.

Dauno. Río de Apulia, patria de Horacio. Dauno es también el nombre de un antepasado de Turno, héroe itálico, rey de Apulia.

Dido. Reina de Cartago, ciudad que ella misma fundó. Enamorada de Eneas, y abandonada por éste, se quita la vida. Pero, al tratarse de una muerte inesperada, que no era consecuencia directa de la justicia o del destino, no se cumplían los ritos necesarios para la entrada de su alma en el reino de Plutón, y su agonía se hacía así interminable. Al fin, interviene la diosa Juno, que había sido la instigadora de los amores de Eneas y Dido, y pone fin a sus terribles sufrimientos.

Dioniso. Dios del vino, la inspiración y el delirio místico. Dioniso, llamado también Baco, es el contrapunto de la serenidad y la mesura que representa Apolo. Dioniso es hijo de Zeus y de Sémele, que a su vez era hija de Cadmo y Harmonía. En sus fiestas, las Bacanales, se formaban largos cortejos de enfervorizadas muchedumbres, especialmente integradas por mujeres, que portaban máscaras y proferían gritos rituales de carácter orgiástico. Ya en su infancia, Dioniso fue criado por las Ménades, ninfas posesas, bacantes divinas, que, adornadas con ligeros velos y una corona de hiedra, se entregaban a danzas desenfrenadas.

Divina. Traducción de la diosa Tea, o Tía, hija del Cielo (Urano) y «madre del Sol (Helios)», que es el apelativo que recibe por parte de Píndaro, en la *Ístmica V.*

Éfira. Antiguo nombre de Corinto.

Élide. Región del Peloponeso, en la que se sitúa la ciudad de Olimpia. El santuario de Zeus (Júpiter) en Olimpia, donde estaba la estatua de marfil labrada por Fidias, era comparable a la mansión celestial de los dioses.

Eneas. Héroe troyano, que interviene en los combates que se libran en torno a Troya. Sus viajes hacia Italia constituyen el hilo conductor de la *Eneida.* Tras los diversos episodios que se van desarrollando, tales como su llegada a la costa cartaginesa y sus amores con la reina Dido, o la visita a la Sibila de Cumas y el descenso a los infiernos, Eneas remonta el río Tíber hasta la colina del Palatino, donde un día habría de levantarse la ciudad de Roma. Apoyado por el rey Evandro, padre del legendario Palante, consigue la victoria sobre Turno, rey de los rútulos.

ÉSTIGE. La Éstige, o laguna Estigia, es la más antigua de las oceánides, hijas del titán Océano y la titánide Tetis. Se encuentra en los infiernos, y sus aguas, al igual que las del río Aqueronte y su afluente Cocito, han de ser atravesadas por las almas de los difuntos para llegar al reino de los muertos. Un barquero, Caronte, el «infame barquero» al que alude Tibulo, es el encargado de pasar las almas de una a otra orilla. Las aguas de la laguna Estigia tenían propiedades mágicas: en ellas sumergió la nereida Tetis, esposa de Peleo, a su hijo Aquiles para hacerle invulnerable.

ETIOPÍA. El país del Sol, en las leyendas antiguas. Los etíopes pasaban por ser un pueblo muy piadoso, cuyos sacrificios agradaban a los dioses, y en especial a Zeus.

FALERNO. Territorio de la Campania, famoso por sus vinos.

FEACIOS. Pueblo mítico, visitado por Ulises en su viaje de regreso a Ítaca, tras la guerra de Troya. La isla de los feacios se identifica generalmente con Corcira (Corfú).

FENICIOS. Habitantes de Fenicia, fundadores de Cartago. Por extensión, los pueblos sirios, o asirios. Se les atribuía la invención de la astronomía y el arte de la adivinación.

GALATEA. Es una nereida, una blanca ninfa que habitaba en el mar de Sicilia. El gigante Polifemo, Cíclope que apacentaba sus rebaños en la isla, se enamoró perdidamente de ella, sin ser correspondido.

GEA. Sófocles, en la *Antígona*, considera a Gea (la Tierra) como la más antigua y venerable de todas las diosas. Según Hesíodo, nació inmediatamente después de Caos, que es la personificación de la Nada, el Vacío anterior a toda existencia. Engendró por sí sola a Urano (el Cielo), y unida a éste, a los seis Titanes (Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto y Crono), a las seis Titánides (Tea, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis), a los Cíclopes (gigantes que tenían un solo ojo) y a los Hecatonquiros (seres monstruosos, dotados de cien brazos y cincuenta cabezas).

GERIÓN. Gerión, o Geriones, era un gigante de tres cabezas y tres troncos, con sus correspondientes brazos, que habitaba en la isla de Eritria, identificada generalmente con España. Fue muerto por Heracles (Hércules).

GIGANTES. Seres monstruosos que nacieron de Gea (la Tierra) y de la sangre de Urano (el Cielo), cuando éste fue mutilado por su hijo Crono. Tras la lucha por la conquista del poder, entablada por Zeus y los dioses olímpicos contra Crono y los titanes, aquéllos hubieron de emprender una nueva guerra contra los gigantes: la Gigantomaquia.

Zeus, dios omnipotente, señor del trueno y del rayo, resulta una vez más vencedor.

GRACIAS. Las Gracias, o Cárites, son divinidades de la belleza, y forman parte del séquito de Apolo. Acompañan también a Dioniso, a Afrodita y a Eros, y a veces a Palas Atenea, en su papel de diosa virgen e impulsora de las labores femeninas.

HADES. Dios de los muertos y de los infiernos. Era hijo del titán Crono y de la titánide Rea, y hermano de los dioses olímpicos Zeus y Posidón, y de las diosas Hera, Hestia y Deméter. Ayudó a Zeus en su lucha contra Crono y los demás titanes. Tras la victoria, Hades se atribuyó el poder de las profundidades de la tierra, esto es, los infiernos; mientras que Posidón reinaría sobre el mar, y Zeus, sobre los cielos.

HELIOS. Hijo del titán Hiperión y de la titánide Tea (la Divina), y hermano de Selene (la Luna) y Eos (la Aurora). Precedido por el carro de la Aurora, Helios (el Sol) recorre el cielo cada día con su radiante cabellera de oro.

HÍADES. Constelación de estrellas, que anteriormente habían sido ninfas, hermanas de las Pléyades.

HIPERIÓNIDA. Hijo de Hiperión, que a su vez lo es de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra).

IDOMENEO. Rey de Creta, nieto del legendario Minos. Figura entre los pretendientes de Helena, y participa activamente en la guerra de Troya al mando de la poderosa armada cretense.

IRIS. Hija de Taumante y Electra. Por línea paterna, es nieta de Ponto (el Mar) y de Gea (la Tierra), y por la materna, es nieta de Océano. Simboliza así la unión de las tierras y las aguas, los dioses y los hombres, la tierra y el cielo. El arco iris es el atributo de esta diosa alada, que a su paso arranca del sol todos los colores del espectro. Iris es, como Hermes, mensajera de los dioses, y está en especial al servicio de Zeus y de Hera: en la *Eneida*, recibe de Juno (diosa romana asimilada a Hera) la orden de liberar a Dido de las ataduras de su cuerpo. Atiende también las súplicas de los mortales: en la *Ilíada*, escucha las plegarias de Aquiles y avisa a los Vientos para que acudan a avivar la pira de Patroclo.

JUNO. Diosa romana identificada con Hera, hermana y esposa de Zeus. Junto con Minerva (Palas Atenea), forma parte de la Tríada que preside Júpiter (Zeus), entronizada en el Quirinal y después en el Capitolio. Víctima de las infinitas infidelidades de su esposo, aparece en muchas ocasiones como una diosa celosa y vengativa; pero, en cualquier caso, es la más grande de las diosas del Olimpo y tiene a su cargo la protección de las mujeres, en especial las legítimamente casa-

das. Toda mujer, e incluso toda diosa, tenía su propia «Juno» protectora, que venía a ser una especie de «doble» divino e inmortal, equivalente femenino del «genio» peculiar que acompañaba a los hombres y a los dioses.

JÚPITER. Dios romano identificado con Zeus. Preside la Tríada que fue honrada en el Quirinal, y luego en el Capitolio, de la que también formaban parte Juno (Hera) y Minerva (Palas Atenea).

JUSTICIA. Como divinidad personificada, la Justicia hubo de abandonar la Tierra tras los crímenes cometidos por la humanidad. Desde entonces, habita en los cielos, bajo la apariencia de la constelación de la Virgen.

LAOCOONTE. Fue el sacerdote al que los troyanos encargaron de ofrecer sacrificios a Neptuno (Posidón), cuando los griegos simularon retirarse dejando un caballo de madera en la playa. Pretendían así los troyanos que el dios hiciera zozobrar las naves de los griegos. Pero cuando Laocoonte, que precisamente se había opuesto a que el caballo fuese introducido en la ciudad, se encontraba ante el altar iniciando el sacrificio de un gigantesco toro, dos enormes serpientes surgieron de las aguas y se enroscaron en sus dos hijos, a los que devoraron, y a continuación atenazaron al propio Laocoonte. El dolor de Laocoonte, paradigma del más grande sufrimiento, ha quedado plasmado con una tremenda belleza en el grupo escultórico de este nombre.

LARES. Dioses romanos, de origen etrusco, protectores de las casas y las encrucijadas.

LESBIA. Nombre de mujer: la amada de Catulo, que preside toda su obra lírica. Es un nombre fingido, según el mismo Ovidio se encarga de revelarnos (*Trist.* 2, 427), y que probablemente encubría a un personaje real: una Clodia, o Claudia, de singular hermosura y licenciosas costumbres.

LEUCÓNOE. Lleva este nombre una de las hijas del mítico Minias, descendiente de Posidón y rey de Orcómeno, en Beocia. Obviamente no es ésta la Leucónoe a quien dedica Horacio los famosos versos del *carpe diem*, y que sin duda se trata de un personaje de ficción.

LIBITINA. Diosa romana de la muerte y de sus rituales.

LICAÓN. Rey del país que habría de llamarse Arcadia. Es el padre de Calisto, la ninfa que fue transformada por Zeus en constelación con el nombre de Osa Mayor. De la unión de Zeus con Calisto había nacido Árcade, que asimismo fue metamorfoseado en la estrella Arturo y convertido en Guardián de la Osa.

Licinio. Apellido de una noble familia romana, en la que destacan el orador C. Licinius Crassus y el pretor M. Licinius Crassus. En la oda 2, 10 («A Licinio») de Horacio, puede también tratarse de Licinio Varrón Murena, que era hermano de Terencia, la esposa de Mecenas.

Lucifer. Versión latina del griego Fósforo, o Heósforo, lucero de la mañana, que «trae la luz» y anuncia la Aurora.

Lucina. Es el nombre con el que es conocida Juno, diosa romana asimilada a Hera, en su papel de protectora de los nacimientos.

Lucrino. Lago, en la Campania, famoso por sus ostras.

Marcia. El agua «marcia» se distribuía por la ciudad de Roma y por los jardines privados a través de un famoso acueducto, construido a mediados del siglo II a. de C. por el pretor Quinto Marcio.

Marte. Dios romano de la guerra, asimilado al Ares griego. Del mismo modo que Ares era tenido por hijo de Zeus y Hera, Marte pasaba por ser hijo de Júpiter y Juno.

Mausolo. Rey de Caria, país de Asia, cuyo suntuoso sepulcro fue considerado como una de las maravillas del mundo antiguo.

Melpómene. Una de las Musas, a la que generalmente se le asigna la inspiración de la tragedia.

Menecio. Hijo del héroe tesalio Áctor y de la ninfa Egina, que a su vez era hija del río Asopo. Menecio es el padre de Patroclo, el amigo inseparable de Aquiles. La ninfa Egina, antes de casarse con Áctor, había sido raptada por Zeus, y tuvo con él un hijo, Éaco, que habría de ser el padre de Peleo y abuelo por tanto de Aquiles.

Meriones. Es, en palabras de Homero, «fiel compañero del valeroso Idomeneo» en la guerra de Troya. Con él dirige las tropas cretenses, y es el encargado de recoger leña para la pira de Patroclo.

Musas. Divinidades cantoras, cuyos coros e himnos deleitan a los dioses. El primer canto de las Musas fue para celebrar la victoria de Zeus y los dioses olímpicos sobre Crono y los demás titanes. Son consideradas como hijas de Zeus y Mnemósine, o de Urano y Gea, o de la diosa Harmonía. Habitaban en las laderas del Helicón, en Beocia, o en el país de Pieria, en Tracia, cerca del Olimpo, recibiendo en este caso el nombre de Piérides. Existían también en otros países, como es el caso de las Musas de Sicilia, a las que invoca Virgilio en la *Bucólica IV*. Es variable el número de las Musas, aunque la cifra más comúnmente aceptada es la de nueve, con una función determinada para cada una de ellas: Calíope es la Musa de la poesía épica; Clío, de la historia; Polimnia, de la pantomima; Euterpe, de la flauta; Terpsícore, de la danza y la poesía ligera; Erato, de la lírica coral; Melpómene, de la tragedia; Talía, de la comedia; Urania, de la astronomía.

NEPTUNO. Versión romana del dios griego Posidón, señor del mar. Como hijo de Crono (Saturno) y Rea (Cibeles), Posidón (Neptuno) es hermano de Zeus (Júpiter), a quien ayudó en la lucha contra su padre Crono y los demás titanes. Tras la victoria, Posidón se atribuyó el dominio de los mares, mientras que Hades habría de reinar en las profundidades de la tierra, y Zeus, el más poderoso de los dioses olímpicos, en el cielo.

NINFAS. Espíritus femeninos de los bosques y las aguas. Reciben nombres diversos: las Melíades son ninfas de los fresnos; las Hamadríades, de las encinas y otros árboles; las Náyades, de las aguas corrientes; las Nereidas, de la mar en calma.

NINO. Mítico fundador de la ciudad de Nínive y del imperio babilónico. Casó con Semíramis, que le sucedió en el trono y mandó construir en su memoria un espléndido mausoleo en la llanura del Éufrates. Es en este túmulo de Nino donde se dan cita los amantes Píramo y Tisbe, según la fábula tan bellamente narrada por Ovidio.

OCÉANO. Como divinidad, es el padre de todos los ríos. Él mismo es un río inmenso, una «sagrada corriente» en palabras de Hesíodo, que circula alrededor de la redonda superficie, plana, de la Tierra. Océano es el primogénito de los titanes, hijos de Urano (el Cielo) y de Gea (la Tierra). Con su hermana la titánide Tetis engendró a los Ríos y a las Oceánides, esto es, los arroyos y las fuentes.

OFANTO. Río de Apulia, patria de Horacio.

OLIMPO. Monte del norte de Grecia, en los confines de Macedonia y Tesalia, en donde tenían su morada Zeus y los demás dioses «olímpicos». Existían otros montes denominados Olimpo en el Peloponeso y en el Asia Menor; pero, gradualmente, se va perdiendo la idea de una ubicación concreta, y por Olimpo se entiende simplemente la región celeste donde residen los dioses.

OPUNTE. Ciudad de Lócride, región de Grecia.

ORCO. Es el demonio de la muerte, o el lugar donde habitan los muertos. A veces se identifica con el mismo Hades (Plutón), dios de los infiernos. Por sus relaciones con la laguna Éstige, recibe también el nombre de Orco Estigio.

ORFEO. Rey de Tracia, cantor por excelencia, poeta y músico. Toca la lira y la cítara, de la que él mismo pasa a veces por ser inventor, o al menos el que la perfeccionó. Sus cantos son tan dulces y suaves que amansan a las fieras y los seres humanos más hostiles. Los mismos árboles se inclinan al sentir su voz, y hasta los ríos refrenan sus tumultuosas aguas. Según Propercio, Orfeo es también artífice de una hazaña que generalmente se le atribuye a Anfión: atraer con los

sones de su lira las piedras del monte Citerón, que por sí solas levantaron las murallas de Tebas.

Osa. Según la leyenda, Zeus transformó a la ninfa Calisto y a su hijo Árcade en constelaciones: la Osa Mayor y la estrella Arturo.

Pafos. Ciudad de la isla de Chipre, célebre por su culto a Venus.

Palante. Compañero de Eneas en la guerra contra Turno, rey de los rútulos, pueblo de Italia central, que se había opuesto a la inmigración de los troyanos. Palante era hijo del arcadio Evandro, que se había establecido en la orilla izquierda del Tíber, en la colina del Palatino. Evandro ayudó a Eneas contra los rútulos, aportando un contingente al mando de su propio hijo Palante.

Pan. Dios de los pastores y los rebaños, las fuentes y los bosques. Lleva dos cuernos en la frente, y sus miembros inferiores son los de un macho cabrío. Dotado de una desmedida capacidad sexual, persigue constantemente a las Ninfas, a las que espía oculto entre la maleza; allí gusta también de dormir la siesta, sin tolerar que nadie le perturbe. Sus atributos son una zampoña, un cayado de pastor y una corona o un ramo de pino. En Roma, fue asimilado al dios Fauno y a Silvano, divinidad de los bosques.

Pandiónida. Hija de Pandión, rey de Atenas. El texto de Hesíodo alude al mito de Procne y Filomela, hijas de Pandión. Este legendario rey de Atenas había concedido la mano de Procne a Tereo, rey de Tracia, por la ayuda prestada en la guerra contra Tebas. De este matrimonio nació Itis. Pero Tereo se enamoró de Filomela, a la que violó y cortó luego la lengua para que no pudiera delatarle. Ella, sin embargo, pudo dar noticia de la afrenta, bordando lo sucedido en una tela. Entonces su hermana Procne, indignada, inmoló a Itis y se lo dio a comer cocido a Tereo. Cuando éste supo lo ocurrido, persiguió a las dos hermanas armado con un hacha. Rogaron ellas a los dioses, y éstos, para salvarlas, las transformaron en pájaros: a Filomela, en golondrina, y a Procne, en ruiseñor. En épocas posteriores, los papeles aparecen invertidos: Filomela sería la esposa de Tereo, y se convertiría en ruiseñor; y Procne, en golondrina.

Partos. Habitantes de la Partia, país de Asia. Por extensión, los pueblos de Persia.

Patroclo. Es, en la *Ilíada*, el amigo inseparable de Aquiles. Patroclo era hijo de Menecio, que lo era a su vez de Áctor y de Egina. Ésta se había casado con Áctor después de haber tenido un hijo con Zeus: Éaco, padre de Peleo, que a su vez lo es de Aquiles. Entre Patroclo y Aquiles existía por lo tanto un parentesco, ya que eran respectivamente nieto y biznieto de la misma Egina. Menecio, que vivía en

Opunte, había enviado a la casa de Peleo, en Ptía, a su hijo Patroclo, cuando éste mató accidentalmente en un acceso de ira, durante un juego de tabas, a Clesónimo, hijo de Anfidamante. Peleo acogió entonces a Patroclo y lo educó junto a su hijo Aquiles, según detalla Homero, siendo éste el origen de la amistad entre ambos.

PELEO. Rey de Ptía, en Tesalia. Era hijo de Éaco, que lo era a su vez de Zeus y de Egina. Peleo casó con la nereida Tetis, y de esta unión nacería Aquiles.

PLÉYADES. Constelación de estrellas, que primitivamente habían sido siete hermanas. Las Pléyades, junto con sus hermanas las Híades, habrían sido transformadas en estrellas tras la muerte de su hermano Hiante.

PLUTÓN. Es el sobrenombre más frecuente de Hades, dios de los infiernos. Este apelativo, que significa «ocultador de tesoros», alude a las grandes riquezas que se encierran en las entrañas de la tierra.

POLIFEMO. Es un Cíclope, hijo de Posidón, que en la *Odisea* aparece como un terrible gigante, dotado de un solo ojo y de una enorme fuerza, salvaje y antropófago. Como protagonista de la aventura amorosa con la nereida Galatea, que recoge Ovidio, es un ser deforme y agreste, pero animado de humanos sentimientos.

POLIÓN. Apellido romano. En la *Bucólica IV*, Virgilio se refiere a Asinio Polión, prohombre de los círculos culturales romanos de la época augústea, que, con Mecenas, Mesala y el propio Augusto, fue uno de los grandes protectores de sabios y poetas.

PÓSTUMO. Sobrenombre romano, que algunos atribuyen a Julius Florus, a quien Horacio dirige una de sus epístolas (*Epist.* 3, lib. 1).

PRÍAPO. Divinidad de las viñas y los vergeles, dotado de un enorme miembro viril como símbolo de la fecundidad.

PROSERPINA. Diosa romana de los infiernos, asimilada a la Perséfone griega, compañera de Hades.

SABINA. Región de Italia, al nordeste de Roma, entre el Tíber y los Apeninos.

SATURNO. Versión itálica del dios griego Crono, padre de Zeus (Júpiter). En el reinado de Saturno no existían aún las leyes, ni los mortales estaban sujetos a la necesidad del trabajo. Era la Edad de Oro, en la que, según refiere Ovidio, la tierra lo producía todo por sí sola.

SEMÍRAMIS. Reina de Babilonia, que mandó construir una nueva ciudad en la llanura del Éufrates, rodeada de una enorme muralla de ladrillos, con torres, puentes y castillos fortificados. En la ciudadela de uno de estos castillos, hizo instalar los famosos jardines colgantes.

SILVANO. Dios romano de las «selvas», de los bosques. Se confunde a veces con Fauno, dios protector de rebaños y pastores, o se identifica con el dios griego Pan.

Sirenas. Deidades marinas, mitad de mujer, mitad de ave. A veces se representan con busto de mujer y medio cuerpo de pez. Se las consideraba como hijas de Melpómene, musa de la tragedia, o de Terpsícore, musa de la danza y la poesía ligera. Atraían a los navegantes con su exquisita música hacia los acantilados, donde acababan por naufragar y perecer. Por consejo de Circe, Ulises tapona con cera los oídos de los marineros y se hace atar al mástil con fuertes ligaduras, para así poder escuchar sin riesgo alguno su maravilloso canto.

Sirio. La estrella más brillante de la constelación del Can Mayor. Sirio, que significa en griego «ardiente», pasa por ser la causa de los días más calurosos del año. Su orto helíaco, es decir, su aparición en la hora anterior a la salida del sol, tiene lugar en los primeros días de julio. Es entonces, en pleno verano, cuando «quema la cabeza», según refiere Hesíodo. En el otoño, en cambio, «aprovecha las sombras de la noche» y camina por el cielo varias horas antes del amanecer.

Sísifo. Hijo de Eolo, mítico rey de Magnesia, región de Tesalia. El «eólida» Sísifo es considerado como el fundador de Corinto. Cierta vez, cuando Zeus pasó por Corinto después de haber raptado a Egina, hija del dios-río Asopo, fue sorprendido por Sísifo, que no tardó en comunicárselo al propio dios-río. Zeus, irritado, condenó a Sísifo al famoso suplicio: empujar una enorme roca hasta la cima de una montaña, de donde volvía a caer, por lo que Sísifo tenía que volver a empezar una y otra vez, eternamente.

Tea. La diosa Tea, o Tía, la Divina, es una de las titánides, hijas de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra). Tuvo tres hijos con Hiperión: Helios (el Sol), Selene (la Luna) y Eos (la Aurora).

Ténaro. Promontorio de Laconia y ciudad del mismo nombre, en el Peloponeso, famosos por la calidad de sus mármoles.

Ténedos. Isla de Tróade, país de Frigia, en Asia Menor.

Terminales. Fiestas en honor del dios romano Término, divinidad agrícola que se identifica con las lindes de los campos.

Ticio. Gigante, hijo de Zeus, que se enfrentó a Leto, a la que quiso violar por instigación de Hera. Zeus lo castigó lanzándolo a los infiernos, donde dos águilas, o dos serpientes, devoraban eternamente su hígado, que se regeneraba con las fases de la luna.

Troya. Ciudad de Frigia, que constituye, en la *Ilíada*, el telón de fondo sobre el que se desata la cólera de Aquiles.

Ulises. *Oulixes* (Ulises) es la forma cretense del héroe *Odysseus*, que da nombre a la *Odisea*. Ulises, hijo de Laertes y Anticlea, nació en Ítaca, isla griega del mar Jónico. Recibió de su padre el trono de Ítaca, y participó activamente en la guerra de Troya, tema central de la *Ilíada*.

Las peripecias de su vuelta a la patria y a su casa, donde le aguardaba su fiel esposa Penélope, son narradas minuciosamente en la *Odisea*.

VENUS. Antigua divinidad latina, que a partir del siglo II a. de C. fue asimilada a la griega Afrodita, diosa del amor.

VIRGEN. La constelación de la Virgen fue la forma que adoptó en los cielos la Justicia, como divinidad personificada, cuando hubo de huir de la Tierra tras los crímenes cometidos por la humanidad después de la Edad de Oro.

ZEUS. El más poderoso de los dioses helénicos, árbitro supremo del orden y de la justicia, dispensador de bienes y de males. Se le sitúa habitualmente en las cumbres del monte Olimpo, en los confines de Macedonia y Tesalia. Pero existían otros montes, denominados también Olimpo, en Arcadia y Élide (Peloponeso), Cilicia y Misia (Asia Menor). Poco a poco, la mansión de Zeus se va desligando de la idea de un lugar concreto, y el término Olimpo viene a designar la región celestial donde residen los dioses. Zeus exhibe, como atributos físicos de su poder, la lluvia, el trueno, el rayo y el relámpago. Era hijo del titán Crono y de la titánide Rea, hijos a su vez de Urano (el Cielo) y de Gea (la Tierra). Del mismo modo que Crono se había alzado contra su padre Urano, Zeus se levantó contra Crono y los demás titanes, a los que venció en una guerra que duró diez años, con el apoyo de sus hermanos Posidón y Hades, y sus hermanas Hera, Hestia y Deméter. Tras la victoria, los tres hermanos se repartieron el dominio del Universo: Zeus se atribuyó los cielos; Posidón, el mar, y Hades, los infiernos o mundo subterráneo. Zeus hubo de luchar también contra los gigantes (Gigantomaquia) y contra el monstruo Tifón, hijos todos ellos de la Tierra. Las uniones del «Padre» Zeus fueron múltiples y por lo demás pintorescas. Con Metis, hija del Océano, engendró a Palas Atenea; con Dione, una de las titánides, a Afrodita; con Mnemósine, otra titánide, a las Musas; con Leto, hija del titán Ceo, a Apolo y Ártemis. Contrajo, en fin, nupcias solemnes y sagradas con su propia hermana Hera, con los siguientes frutos: Hebe, personificación divina de la Juventud; Ilitía, genio femenino que preside los alumbramientos; Ares, dios de la guerra; y, según algunas tradiciones, Hefesto, dios del fuego y de las fraguas.

Se acabó de imprimir este libro, *La poesía de Grecia y Roma: Ejemplos y modelos de la cultura literaria moderna,*
el día 29 de Julio, festividad de Santa Marta y de
Santa Beatriz, en los talleres de Beltrán S.L.,
estando al cuidado de su edición
el Servicio de Publicaciones
de la Universidad de
Huelva.


CSIC


Universidad
de Huelva